

*Selecta*

NADIA NOOR

EN TU  
MUNDO

ENTRE DOS MUNDOS



En tu mundo  
Entre dos mundos 2

*Nadia Noor*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

A todos aquellos que dejaron su mundo por amor.

## Prólogo

**M**urat Dogan, el máximo responsable del pueblo Kays, observaba satisfecho a los cuatrocientos súbditos que aguardaban expectantes para conocer a su primer hijo. Murat, en calidad de agá, tenía la obligación de presentarlo ante su pueblo antes de que el pequeño cumpliera su primer año de vida.

A su lado se encontraba su esposa, Hazan, quién contemplaba a la multitud con gesto triunfante. Vestida con un caftán impresionante, largo y vaporoso de color rojo intenso con bordados plateados, hacía alarde de su rango poderoso ostentando multitud de joyas caras en las muñecas y alrededor del cuello. Su gran sonrisa revelaba que se hallaba, sin lugar a dudas, ante el mejor día de su vida. Dos años después de haberse casado con el poderoso agá Dogan, había conseguido cumplir con su mayor obligación: dar a luz a un varón que asegurase a esa pequeña zona de Capadocia la continuación de sus tradiciones.

Para la presentación del pequeño eligieron un esplendoroso valle rocoso, adornado de picos afilados de alturas asimétricas y formaciones puntiagudas propias de un cuento de hadas.

Instantes después, un paje vestido con unos holgados pantalones babucha de color dorado y chaqueta adornada con varios lazos multicolores, se acercaba con paso ceremonioso a la pareja, portando en sus manos una canasta de paja, cubierta por un manto de terciopelo. La llegada del bebé representaba el punto culminante de la ceremonia y, en su honor, comenzó a sonar la melodiosa zurna, un instrumento de viento de lengüeta doble, que llenó de emoción a los asistentes.

Cuando faltaba un corto tramo para llegar hasta los sonrientes padres del pequeño, el paje midió sus pasos hasta detenerse ante ellos. Acto seguido, depositó la canasta en los brazos del padre justo cuando el sonido de la canción llegaba a sus notas más altas. Murat lo obsequió con una sonrisa cargada de agradecimiento y, apartando la manta, sacó al bebé con gesto solemne del interior del cesto.

El pequeño, a pesar de su corta edad, vestía un precioso caftán de seda satinado, bordado en los flancos principales con hilo de oro.

El poderoso agá lo contempló satisfecho, dejándose empapar por ese glorioso momento que llevaba años aguardando. Cuando la emoción se fue apaciguando, levantó el cuerpo de su hijo lo más alto que pudo y exclamó, orgulloso:

—Queridos míos, agradezco de todo corazón vuestra presencia en este día tan memorable para nuestra comunidad y mi familia. Lo que mis manos sostienen ahora es apenas un bebé de meses, pero tened por seguro que, muy pronto, crecerá y se convertirá en un hombre de bien, en una persona respetada y admirada por todos nosotros. Os presento a mi hijo, Emir Dogan, el próximo agá de Kays. ¡Que Dios lo proteja y lo cuide!

—¡Que Dios lo proteja en su santa gloria! —respondieron los asistentes al unísono, contagiados por el orgullo y la afectación que mostraba el líder.

Tras los vítores de rigor, Murat hizo una seña conciliadora con la mano y el zumbido de voces se fue apagando. A continuación, colocó con gesto ceremonioso en el cuello del pequeño un collar de plata con un colgante redondo.

—Cuando yo tenía su misma edad, mi padre me regaló esta joya sagrada que lleva más de mil años de antigüedad en nuestra familia. Se trasmite de padre a hijo, junto al título de agá. Ha llegado mi turno para seguir con la tradición. Mientras esta alhaja exista, nuestros valores y costumbres perdurarán y se transmitirán a las futuras generaciones.

Ovaciones de alegría y satisfacción llenaron el valle para darle la bienvenida al pequeño Emir, que lo contemplaba todo desde los brazos de su padre, con una serenidad muy poco habitual en un bebé de cuatro semanas. Un bebé que, al haber nacido en el seno de una familia turca importante y tradicional, tenía el destino sellado desde la cuna.

## Capítulo 1

Emir Dogan, uno de los hombres más influyentes de Turquía, se agachó y besó con afecto la mano de su madre, Hazan. Después, se la llevó a la frente, haciendo el gesto sagrado de respeto hacia los mayores de la casa, pidiéndole su bendición. Ella le sonrió complacida, agitando sus manos cargadas de multitud de joyas caras.

—¡Que Dios te bendiga, hijo! —exclamó en tono afectado, enjugándose con gesto petulante unas cuantas lágrimas imaginarias. Él sonrió condescendiente, sabiendo que, en la mentalidad de su madre, las lágrimas, fingidas o no, eran obligadas ante una despedida.

Cuando el ego de su progenitora se dio por alimentado, Emir se giró hacia su hermana mayor, Mavi, y se despidió de ella con un abrazo cariñoso. Una vez cumplidas las despedidas, el empresario vistió su abrigo de corte impecable, color gris oscuro, y se enrolló alrededor del cuello una bufanda suave, conjuntada con su traje elegante hecho a medida. Salió de la casa con las dos mujeres pegadas a sus talones y, nada más acceder al patio, fue saludado por los agentes de seguridad que custodiaban la entrada principal de la casa. Emir les devolvió el saludo con cortesía, avanzando con seguridad hacia el exterior de la propiedad, donde lo esperaba su chófer, quien, al percatarse de su presencia, se apresuró a abrirle la puerta, deseoso de ser útil.

Antes de entrar en el coche, lanzó una última mirada a la casa y se topó en su campo visual con una mujer joven que se acercaba con paso ágil, sosteniendo en sus brazos un bebé de cerámica envuelto en una manta infantil. Le sonrió y, retrasando el momento de su partida, se dispuso a esperarla.

—Emir, te dejaste tu amuleto de la suerte —se justificó ella desde la lejanía, como si el hecho de haberlo entretenido necesitara de una explicación.

Ante el gesto comprensivo de Emir, la joven se acercó y depositó en la palma de su mano un collar de plata provisto de un colgante redondo que llevaba incrustadas varias formas geométricas. Él lo aceptó de buena gana y, en señal de agradecimiento, le apretó con afecto la mano entre las suyas, lo que provocó que sus mejillas se encendieran de placer y un intenso brillo resplandeciera en su mirada almendrada.

—Gracias por preocuparte, Umay. —Emir la contempló un segundo y los recuerdos del pasado compartido le provocaron añoranza. Y, también, tristeza.

Umay, la mujer que había sido su esposa durante cinco años, asintió complacida y en su rostro

encendido floreció una amplia sonrisa. Una ráfaga de aire desordenó sus mechones largos y cobrizos, que ondearon alrededor de su cara y le ofrecieron un aspecto melancólico y triste. La joven sujetaba con mimo en sus brazos el bebé de cerámica como si fuese uno de verdad y, advirtiendo el vendaval, lo arropó entre las mantas con sumo cuidado. Emir ignoró el gesto cargado de ternura hacia el muñeco, pero no pudo reprimir un sentimiento de profunda lástima; Umay era todavía muy joven y bonita, no era posible que su vida acabase de ese modo. Necesitaba encontrar una solución para ella.

«Cuando regrese de Alemania, pensaré en algo. Solo tiene veintiocho años. Esta no es vida para ella y es del todo injusto que pague un precio tan alto por un problema que no es solo suyo».

Mientras intentaba dominar la preocupación, Emir cruzó un gesto inquieto con su madre, quién le guiñó un ojo, señal de que cuidaría de su exnuera en su ausencia. Aliviado, saludó con la mano a las tres mujeres y se montó en el asiento de atrás de un potente BMW color oscuro. Lanzó una última mirada a través del espejo retrovisor observando cómo su madre arrojaba detrás del coche una jarra de agua, hecho que significaba que alejaba los males y le despejaba el camino. Emir sabía que se trataba de costumbres antiguas sin ningún fundamento, pero estaba tan acostumbrado a ellas que no imaginaba salir de viaje sin disfrutar de ese ritual.

—Señor Dogan, ¿adónde vamos? —lo preguntó el chófer, mientras se incorporaba a la carretera principal que trascurría en paralelo con el mar Bósforo. El paisaje, normalmente idílico, estaba empañado aquel día por unas nubes grises y las juguetonas olas del mar se golpeaban con fuerza contra la orilla desierta. Unas gaviotas que rondaban en círculos sobre la superficie lisa del agua interrumpían con sus chillidos el silencio de la mañana.

—Al aeropuerto —contestó de inmediato—. En menos de dos horas, tomaré un vuelo para Hamburgo. A partir de ahora, cada lunes haremos el mismo recorrido, puesto que me han contratado para dar un curso de economía en una prestigiosa universidad. Pero antes pasaremos por la empresa, es preciso que deje algunas instrucciones a mi secretaria.

—¡Enhorabuena, señor! —lo felicitó el chófer, visiblemente impresionado por la trayectoria profesional de su jefe, al que conocía desde que era un niño—. El señor Murat debe estar muy orgulloso.

El rostro de Emir se oscureció al escuchar el nombre de padre. El patriarca de los Dogan había sufrido cinco meses atrás un repentino ataque cerebral que lo había condenado a vivir en una silla de ruedas. Los intentos de los médicos fueron insuficientes ante los daños que sufrió su cerebro y, en consecuencia, el poderoso agá de Kays quedó totalmente incapacitado, hasta el punto de no poder comunicarse. Por suerte, conservaba algo de sensibilidad en los dedos de la mano derecha, por lo que le habilitaron en la silla de ruedas un botón con dos mandos básicos. Si alguien le formulaba una pregunta a la que él deseaba contestar con un «sí» apretaba el botón una vez; si, por el contrario, su respuesta era negativa, pulsaba dos veces. De esa manera, su familia conseguía comunicarse con él a través de preguntas sencillas.

Aminorando la marcha, el coche se alineó al tráfico denso de Estambul, y Emir aprovechó ese

momento para verificar su documentación. Tras comprobar que llevaba el pasaporte y sus credenciales, rebuscó en su bolso y sacó la invitación del rector de la Universidad de Hamburgo, que lo requería para impartir un curso en el Postgrado Universitario de Economía Internacional y Desarrollo. Se sintió invadido por una buena dosis de orgullo, puesto que su vertiginoso ascenso en el mercado otomano había provocado su reconocimiento internacional. Todavía le costaba acostumbrarse a su fulminante éxito, que había llamado la atención en las universidades. En breve, licenciados en Economía y empresariales de toda Europa y Estados Unidos lo escucharían a «él» y desearían poner en práctica «sus consejos».

Hermoso. Inaudito. Bien merecido.

Ante esa gloriosa perspectiva, el empresario abrigó unos reconfortantes sentimientos de ilusión, plenitud y satisfacción, aun cuando una pequeña parte de sí mismo estaba empañada por dudas e intranquilidad. Emir se consideraba un hombre listo, al que se le daba bien cerrar tratos y obtener acuerdos ventajosos; su mente era veloz y rápida, y las bombillas de su cerebro permanecían casi siempre encendidas. Todas esas cualidades habían influido para que algunos de sus socios comerciales lo llamasen con el sobrenombre «el Lince». Decían que su mirada era capaz de ver más allá y podía ver a través de lo humano.

«Soy bueno en lo que hago, de eso no hay duda; si bien es cierto que nunca he dado clases ni he hablado en público de mis métodos. Además, no tengo necesidad ni tiempo de hacer esto. Podría contactar al rector e inventarme algún pretexto. Cualquiera. Sin embargo, no lo haré. Mi orgullo necesita reconocimiento y el lince que vive dentro de mí lo está deseando».

—¿Señor?

Al notar que el coche se había detenido, Emir desechó sus pensamientos y miró a través de la ventanilla. Observó una flamante bandera verde que ondeaba al viento, con el nombre Dogan Holding impreso sobre ella, señal de que había llegado a la sede de las oficinas de su imperio. Su empresa se había convertido en tiempo récord en la mayor distribuidora de frutas y verduras de Turquía.

El empresario salió del coche alisando con la mano la tela de su traje hecho a medida. Levantó un poco la manga de su camisa para echar una ojeada al reloj y, al percatarse de que ni siquiera eran las nueve de la mañana, se relajó.

Pisó el suelo con determinación, devolviendo el saludo al vigilante de seguridad que le dio una calurosa bienvenida apresurándose en abrirle la puerta de acceso. Una vez en el interior del edificio acristalado, cuadró los hombros, encaminando sus pasos hacia el ascensor principal, al que detuvo en la quinta planta, donde se encontraba su despacho. Pidió un té cargado a su secretaria y, mientras se lo tomaba, le dio algunas instrucciones de último minuto.

—Mañana por la tarde estaré de vuelta —anunció mientras firmaba un último documento que ella le había entregado para revisar. La esfera blanca brillante de su reloj, repleta de números negros y elegantes, le indicaba que debía apresurarse para no perder el vuelo—. Cualquier cosa, por favor, manténgame informado, estaré comunicado en todo momento.

—Desde luego, señor Dogan, intentaré no molestarlo si no es algo realmente urgente —le aseguró su eficiente secretaria al tiempo que le entregaba otro documento que necesitaba su firma.

Unos instantes más tarde se despedía de su equipo y tomaba la dirección al aeropuerto. Tres horas después, Emir pisaba el suelo de Hamburgo envuelto en su abrigo de lana inglesa, de tajo impecable y picos laterales cortados al estilo clásico, que le llegaban hasta las rodillas. Tras recoger su pequeña maleta de la cinta transportadora, se apresuró a llegar a la zona externa del terminal, en donde evitó pisar con sus lustrados zapatos los charcos formados por las gotas de lluvia que caían en forma de densa cortina desde el cielo cargado de enormes nubes oscuras. El tiempo era fresco y húmedo, y la lluvia espesa amenazaba en convertirse en una tormenta en toda regla.

Emir sintió una buena dosis de alivio al encontrar un taxi disponible que lo llevó a la universidad.

## Capítulo 2

Eva subía los peldaños que unían la planta baja con el piso superior, comprobando con gesto atento el plano del edificio. Se detuvo en el rellano para orientarse, esbozando una sonrisa comprensiva a los dos estudiantes franceses que la seguían como una sombra. Se encontraban igual de perdidos que ella y, en vez de mirar el plano y buscar las aulas por sí mismos, habían elegido seguirla. La joven siguió avanzando hasta llegar a un pasillo largo y, examinando la ubicación exacta en el mapa, deseó no sentirse presionada por partida doble: necesitaba encontrar cuanto antes la sala donde se impartía el siguiente curso por ella y por sus dos seguidores.

«Hombres», suspiró resignada. «Bueno, hombres, no; más bien, chicos». Un hombre de verdad lideraba. Y ayudaba a una mujer, no la dejaba sola ante aquellos pasillos que no parecían tener fin. No era que ella fuese una damisela desamparada que no sabía cuidar de sí misma, pero le molestaba que, en vez de ayudarla, sus compañeros se conformaban con un sutil y, más que confortable, segundo plano.

Con esos pensamientos en la cabeza, Eva retomó la marcha y, tras doblar una esquina, descubrió otro corredor largo y estrecho que trascurría al lado de unos enormes ventanales que daban al patio interior de la universidad. Una luz grisácea y apagada se filtraba a través de los cristales y, sobre el alféizar de las ventanas, descansaban unas macetas con plantas que, en su día, debieron ser hermosas, pero que con la llegada del invierno se habían marchitado y ofrecían un aspecto lamentable.

La estudiante consultó el reloj y suspiró. En menos de cinco minutos comenzaría la primera clase y todavía no había decidido qué asignatura elegir. De las materias alternativas, podría optar a una de las siguientes: La metodología de la economía aplicada, Métodos cuantitativos para la economía aplicada y Pautas y métodos para las finanzas Internacionales. Sonaban todas muy parecidas, además de estar escondidas en los rincones más alejados del edificio.

Al final del pasillo, Eva divisó un grupo masivo de personas que se apresuraban a entrar en un aula. Aceleró el paso, alisándose con las manos los mechones rebeldes que se habían salido de su coleta baja. Un letrero grande indicaba que, en aquella sala, el profesor Emir Dogan impartiría el curso Métodos para las finanzas internacionales. No sabía quién era ese profesor puesto que no le había dado tiempo para estudiarse todo el programa que la universidad le había facilitado. Preguntó con la mirada a los dos componentes de su escolta personal, que le indicaron con un

gesto que tampoco habían leído el programa.

La joven estuvo a punto de pasar de largo y seguir con la búsqueda del siguiente curso, del que sabía que lo impartía un reputado economista inglés, cuando una voz potente y profunda llamó con potestad su atención. Se asomó, indecisa, y su interés aumentó de forma considerable al percatarse de que apenas quedaban unos pocos asientos libres en los bancos del anfiteatro. Los estudiantes que habían elegido el curso del profesor Dogan vestían bien, parecían la gran mayoría ejecutivos y gente importante.

Eva contempló con gesto crítico sus tejanos descoloridos y la sudadera sin forma que llevaba puesta. Sin saber por qué se sintió intimidada y deseó que el eslogan «hoy soy una persona importante» no estuviera impreso en la parte frontal de su camiseta. Definitivamente, ese curso no era para ella. Al intentar darse la vuelta, en su campo visual apareció el poseedor de la voz que le había llamado la atención. Lo primero que observó fue su espalda: ancha y recta, envuelta en una elegante americana color gris petróleo, que no formaba ni una sola arruga en torno a sus hombros. Un pantalón del mismo tono se amoldaba a sus piernas largas y Eva calculó que el profesor debía medir sobre uno ochenta y cinco, como mínimo.

Atraída como un imán por lo que estaba viendo, no advirtió que sus piernas habían cobrado vida propia y se adentraban en la sala. Cuando se percató de que estaba avanzado en una dirección que había decidido que no tomaría, quiso retroceder, pero su cuerpo chocó con su escolta personal y, entre los tres, provocaron las risas de los asistentes. Eva les lanzó a los franceses una mirada cargada de reproches porque lo último que necesitaba el primer día de clase era quedar en evidencia.

No pudo evitar convertirse en el centro de atención y su gran timidez hizo que la preocupación creciera en su interior a pasos agigantados. La ropa que llevaba era informal y totalmente inapropiada, y los mechones de su pelo se soltaron de la coleta negligente y bailaban de cualquier forma alrededor de su cara encendida. Enterró azorada el plano del edificio en la mochila y, cuando encontró el suficiente valor para enfrentarse al mundo, levantó la vista y su mirada chocó con la de él. Los ojos del profesor eran oscuros y profundos y emitían unos atrayentes destellos brillantes. La estudiante se sintió paralizada y, por un breve espacio de tiempo, no fue capaz de reaccionar. Notó los colores abandonar su cara y sus piernas flaquear. En la sala se instauró el silencio, que lejos de ayudarla empeoró la situación.

—Dado que es usted una persona importante hoy, estaré encantado de contar con su presencia en mi humilde curso. —En la mirada del profesor apareció un brillo burlón y, al mismo tiempo, amistoso. Le hizo un gesto cortés con la mano, invitándola pasar.

Por lo regular, Eva era poseedora de una mente avispada y rápida que encontraba réplicas sagaces ante cualquier situación. Rebuscó dentro de su cerebro algo coherente, pero para su sorpresa no encontró nada que decir.

«Una persona importante, ¿a qué se refiere?».

Ante su mirada confusa, el profesor miró con intención la inscripción de la parte frontal de su

sudadera y Eva logró descifrar el sentido de sus palabras. Comprendió que estaba haciendo un ridículo espantoso ante él y el resto de los estudiantes justo el primer día de clase. Balbuceó algo que ni ella misma comprendió y se refugió en la segunda fila, donde encontró una silla disponible. Cayó en la cuenta de que no había elegido aquella asignatura, sino que esta la había escogido a ella. Y, en consecuencia, a los chicos franceses, también.

Cuando el alboroto se hubo apaciguado, el profesor consultó su reloj y cerró la puerta del anfiteatro con gesto decidido.

—Parece que estamos todos. Me llamo Emir Dogan, soy licenciado en Ciencias Económicas y Administración de Empresas por la Universidad de Estambul. Actualmente, dirijo una de las compañías más importantes de Turquía y estoy aquí para hablarles de mi método, pautas y otras técnicas empleadas en las finanzas internacionales. A causa de mi apretada agenda, estaré a vuestra disposición el primer día de la semana. El curso es de dos a cuatro de la tarde y, de cinco a ocho, permaneceré en el claustro, trabajando. Quien me necesite, que pida tutoría. ¿De acuerdo?

Eva no fue capaz de despegar la vista de su profesor y no tardó mucho en comprender que ese hombre era un líder nato. No sabía si era por su presencia, por la forma de llevar su traje —que tenía un corte perfecto y se amoldaba a todas las partes de su anatomía sin apreciarse sobre la tela arruga alguna— o por la forma de andar: tangible y firme. Podría ser su voz y su impecable dicción, o el poder de la oración, que el profesor turco dominaba a la perfección. La joven reflexionó que no se cansaría de escucharlo ni le importaría que el curso durase varias horas seguidas. El discurso del señor Dogan era ameno, fluido, salpicado de sarcasmo y bromas de buen gusto. Contenía información del ámbito económico, pero la manera de introducirla era tan sutil que transformaba su oración en una amena charla de amigos.

A continuación, siguieron las presentaciones de los estudiantes, en bloques por países. Cada uno debía hacer una exposición escueta sobre sí mismo y los estudios cursados hasta la fecha. Los que ya estaban activos en el mercado laboral añadían detalles sobre los cargos que ostentaban en distintas empresas y los que no trabajaban debían exponer sus expectativas laborales. Como era de esperar, una gran parte de los asistentes eran alemanes: veinticuatro personas y la gran mayoría trabajan como ejecutivos en empresas privadas. El segundo país mejor representado era Italia, que aportaba dieciséis personas. Seguía Polonia, con catorce; Francia, con doce; Rumania, con ocho; Portugal, con seis y República Checa, con cinco. Desde Turquía asistían dos personas y, al llegar el turno de Estados Unidos, la única que se puso de pie fue Eva.

«No es de extrañar», reflexionó para sus adentros, «Hamburgo queda muy lejos de casa y hace bastante frío». Para no hablar que el alemán espantaba bastante, aun cuando la mayoría de las clases se impartían en inglés.

—Me llamo Eva Turner, vengo de Huston, Texas, y tengo veinticuatro años.

Arrugó el entrecejo al escuchar algunos carcajeos y la palabra «vaquera» salpicada por un par de «olé». Juzgó aquellos comentarios superficiales y fuera de contexto, considerando injusto clasificar a un país en base a un par de tópicos. Alzó su voz más de lo necesario porque no

pensaba dejarse intimidar. Ella no era menos que nadie, aun cuando no desempeñaba un cargo importante en ninguna empresa, ni vestía ropa de marca o zapatos con estilo.

—Soy licenciada en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Pública de Houston y estoy opositado para el puesto de inspectora de Hacienda. Asisto a este posgrado para completar mi formación académica y sumar puntos. He quedado tercera en la convocatoria de este año y tengo muchas probabilidades de ser nombrada inspectora el próximo otoño.

Las risas cesaron y los asistentes la miraron por primera vez con interés. Eva sintió un regocijo en su interior y se armó de valor para levantar la vista hacia el profesor. Sabía que era bastante joven, su pelo no estaba recogido en un moño estricto detrás de la nuca, ni tenía la manicura cubierta por una capa de porcelana reluciente; no obstante, su currículum era igual de completo que la mayoría de los asistentes a ese curso.

El profesor Dogan la estudió con atención y, cuando sus miradas se encontraron, repuso en tono alegre:

—La mayoría de nosotros trabajamos en el sector privado, así que debemos esforzarnos por tener a la señorita Turner contenta. En el futuro ella representará los intereses del estado por lo que, en más de una ocasión, y esto lo digo por propia experiencia, será nuestra pesadilla.

La sala estalló en aplausos y Eva se dejó caer en la silla aturdida. No sabía si el profesor le había hecho un cumplido o se había limitado a tomarle el pelo.

## Capítulo 3

Umay vistió el bebé de porcelana con unos holgados pantalones de seda, bordados con hilo de plata. Le puso una camisa blanca inmaculada y en los pies le colocó unas zapatillas de piel suave. Lo peinó con mimo y, por último, lo roció con una cara colonia de bebé. Al finalizar el acicalamiento, se dedicó a contemplarlo.

—Ahora estás perfecto. Esta noche, papá cenará en casa y tenemos que lucir presentables. Los dos. ¿De acuerdo?

Él bebé no movió ni un músculo y ese silencio fue interpretado por la joven como un asentimiento.

—Hm... ya veo. —Umay le acarició la mejilla con dulzura, hablándole en un tono bajo que rozaba el misterio—. Estás impaciente por verlo, ¿cierto? ¿Me puedes guardar un secreto?

Los ojos azules del bebé la miraron con atención y, en la mente de Umay, eso se tradujo como una muestra de máxima atención. Bajó la cabeza y, acercando los labios a la oreja del muñeco, dijo con suavidad:

—Yo también lo echo de menos. Mucho. Por cierto, ¿qué te parece el vestido que llevo puesto?

En cuánto hizo la pregunta, la joven giró sobre sus talones y, dando una amplia voltereta, puso en evidencia su esbelta figura, enfundada en un precioso vestido color ciruela que le llegaba hasta la mitad de las rodillas. La manga francesa dejaba parte de sus brazos descubiertos, evidenciados por varias pulseras que tintineaban cada vez que se movía. Su generoso trasero tensaba la tela del vestido de forma evidente, a pesar de su intento de hacerlo encajar lo mejor posible dentro del vestido. Umay reprimió el malestar provocado por aquella parte de su anatomía que la tenía descontenta y a la que no lograba dominar. A lo largo de los años había procurado poner en práctica multitud de dietas y cambios alimenticios, sin lograr que su trasero redondo y generoso disminuyera ni un centímetro.

La mujer suspiró resignada y, aproximándose al espejo, estudió de cerca su cara perfectamente maquillada; los ojos grandes, nítidos, enmarcados con lápiz oscuro, parecían tener vida propia y lucían contentos. Se repasó otra vez los labios y, por último, se cepilló el pelo con mucha energía. Sus pensamientos volaron de nuevo a su exmarido.

«Emir. El amor de mi vida. El padre de mi hijo».

Su voz interior despertó ante esa reflexión, y le arrojó en pleno rostro una buena dosis de

amargura.

«Emir. El que se ha divorciado de ti. Él no es el padre de tu hijo porque eres estéril y jamás tendrás hijos».

Umay sintió la rabia recorrerle la sangre y un intenso color rojo se apoderó de sus ojos. Cerró los puños con la vista puesta en su bebé, que parecía sonreír de un modo burlón. Su cruda realidad era demasiado evidente para soportarla. Y, mucho menos, asumirla.

«Tú no eres un bebé de verdad. ¡Eres un maldito muñeco de porcelana!».

Lo cogió con cuidado y, tras unos instantes de meditación, lo tiró con brusquedad al suelo estallando en un sonoro llanto. Se dejó caer sobre la alfombra persa que cubría gran parte del suelo de su dormitorio y, entre lágrimas y suspiros, perdió la noción del tiempo. Más tarde, escuchó cómo la puerta de su cuarto se abría y Hazan se acercaba a ella. Tomándole las manos con suma delicadeza, la levantó del suelo con cuidado. Entonces, la abrazó con cariño, tranquilizándola con dulces palabras:

—Mi querida niña, no llores, algún día tendrás en tus brazos a un bebé de verdad.

—No, *anne*. —Umay recalcó la palabra madre con una necesidad desgarradora—. No lo tendré. Los médicos fueron tajantes, sabes tan bien como yo que nunca podré tener hijos. Y, sin hijos, jamás recuperaré a mi marido. La familia necesita un heredero y yo no puedo dárselo. ¡No puedo, mamá!

Sobre su rostro angelical comenzaron a brillar unas lágrimas generosas, que provocaron que el rímel se esparciera sobre sus mejillas y los labios quedasen hinchados por el llanto.

—Ya basta de lamentaciones, quiero que te tranquilices y te limpies la cara —le ordenó Hazan con voz glacial—. He prometido ayudarte y lo haré. Llevas divorciada de mi hijo tres años, pero sigues en la casa y él no tiene a otra. ¿Cierto? No sé cómo lo haré, pero prometo poner algún día en tus brazos un niño de verdad. Tú eres nuestra nuera, la mujer perfecta para Emir. Jamás aceptaré a otra, te lo dije en muchas ocasiones. Tienes que ser fuerte y confiar, encontraremos la manera.

Las palabras de Hazan fueron recibidas por Umay con mucho anhelo. Asintió, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano, visiblemente aliviada por el mensaje tranquilizador de su exsuegra. A continuación, encaminó sus pasos al cuarto de baño con la intención de reconstruirse el maquillaje y borrar de su rostro las huellas de la desesperación. Minutos después, regresó con la cara resplandeciente. Arrepentida, se agachó y recogió a «su hijo» del suelo, para acunarlo luego con delicadeza en sus brazos.

—Perdóname, querido —se lamentó en un susurro con los labios pegados a la frente del muñeco—. Tú no tienes la culpa. Solo eres un bebé inocente.

Hazan la miró con gesto exasperado y, esforzándose en mantener su paciencia a raya, la empujó hacia la salida.

Cuando Umay accedió al salón donde se servía la cena, su humor mejoró claramente. Sus nervios se templaron, invadidos por el calor que desprendía la chimenea central, que

proporcionaba un ambiente agradable y relajado. La gran mesa rectangular donde la familia Dogan acostumbraba a cenar estaba repleta de platos de porcelana, perfectamente ordenados y conjuntados entre sí. El lugar principal situado en la cabecera estaba ocupado por Emir, el hijo mayor de la familia Dogan. A su lado se encontraba el patriarca de la familia, el señor Murat, que iba sentado en una silla de ruedas. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y en su rostro apagado lucía una mirada ausente. Hazan se sentó junto a él y, acomodándole la cabeza en posición vertical, le enviaba señales de ánimo con los ojos.

Umay saludó a los dos hombres con un gesto, mientras se acercaba con paso vacilante, arrojando en sus brazos al bebé de porcelana. Emir se entristeció sobremedida al observar cómo ella se preocupaba de sentar bien al bebé en una sillita pediátrica y le lanzó una mirada tolerante cargada de lástima.

«Umay no está bien. No es sano que una mujer joven cargue con un bebé de cerámica y lo trate como si fuera humano. Algo tengo que hacer con ella. ¿Pero qué? ¿Debería ingresarla de nuevo en la clínica psiquiátrica?».

Las reflexiones de Emir fueron interrumpidas por la llegada de Mavi, su hermana, seguida de Mesut, su marido, y la hija de ambos, Aysel. Los tres ocuparon sus lugares habituales bajo la mirada represiva de la matriarca, que desaprobaba los retrasos en las cenas o comidas familiares.

Cuando el clan Dogan al completo se encontraba listo para cenar, Lana, la mujer encargada de servirles, cortó un buen trozo de carne de pavo asado y lo depositó en el plato de Emir. Después, roció la carne con una cantidad generosa de salsa de mostaza y miel con especias. Repartió el resto en los demás platos y dejó las sobras en el centro de la mesa, junto a varias bandejas repletas de berenjenas rellenas con verdura y muslos de pollo marinados. Por último, llenó los vasos con cremoso *ayran*, una mezcla de agua, yogur y sal y, apartándose de forma discreta, permaneció silenciosa en el salón por si los comensales necesitaban en algún momento sus servicios.

Los Dogan solían cenar en silencio y, esa noche, no fue una excepción. Lana se sorprendió al escuchar a la nuera de la familia pedir *ayran* para su bebé.

—Podéis traer otro vaso, ¿por favor? —preguntó con educación Umay y aclaró con una sonrisa tímida—: Para mi bebé.

Emir se quedó con el tenedor en el aire, a medio camino del plato y su boca. La estudió, perplejo, pensando que Umay se encontraba peor de lo que había supuesto en un principio. Hazan captó el mensaje angustiado de su mirada y se apresuró a quitar importancia al problema.

—Vamos, querida, te acompañó a tu cuarto, debes estar muy cansada.

En los ojos de Umay brilló un atisbo de incompreensión. Tensó los hombros como si se hubiera preparado para defenderse, aunque recapacitó y obedeció la orden. Se levantó despacio de la silla y recogió al bebé de la trona. Su mirada perdida le rompió el corazón a Emir. Aquella mujer había sido su prometida desde la niñez. El matrimonio de ambos, pactado por sus respectivas familias, se había convertido en realidad cuando la novia cumplió la mayoría de edad. Emir le sacaba diez

años y, de haber querido, hubiera podido negarse a casarse de esa forma. Pero no lo hizo puesto que le fue imposible rechazar a la melancólica Umay, capaz de derretir con solo una mirada el corazón de cualquier hombre. Le tenía un cariño especial, atraído por la dulzura de su rostro y su carácter amable. Era el tipo de mujer que inducía a un hombre a creerse fuerte y protector. Emir se preguntaba, a veces, si llegó a enamorarse de ella o, simplemente, se limitó a aceptar la situación.

No estaba arrepentido de haberse casado con una mujer elegida por su familia. Umay había sido una esposa perfecta, cumpliendo a la perfección con lo que se esperaba de ella. Emir recordó con nostalgia los primeros años de su matrimonio, cuando ella lo ayudaba a escoger la corbata por la mañana y lo esperaba vestida de manera impecable para cenar juntos. Hacía preguntas cuando él tenía ganas de hablar y se quedaba callada cuando Emir estaba de mal humor. Se desnudaba cuando él se lo pedía y accedía a hacer el amor como a él le gustaba. Nunca se mostraba enfadada ni en desacuerdo con su marido y, por mucho que él había intentado, no consiguió verla completamente relajada en su presencia ni le hizo saber sus propios gustos y deseos.

A pesar de su gran timidez y recato, Emir consideró los primeros años de su matrimonio felices. No vivía grandes emociones al lado de Umay, simplemente, su vida en común fluía como un riachuelo tranquilo. No obstante, ante la ausencia de un embarazo, las dos familias comenzaron a hacer preguntas. Al principio, no se preocupó, Umay era muy joven y cada mujer tenía su propio reloj biológico. Sin embargo, los años vacíos lo obligaron a tomar en cuenta la posibilidad de acudir a un médico. Y no visitaron a uno, sino a decenas. Se sometieron juntos a las pruebas pertinentes; Emir no era hipócrita y, por lo tanto, tomó en cuenta la posibilidad de ser parte del problema. Al final, las peores premociones resultaron ser ciertas: Umay no podía tener hijos. Aquel hecho cayó como un jarro de agua fría sobre su plácido matrimonio. Tras meses de pruebas médicas fallidas, Emir cedió a las presiones de su familia y se divorció de ella. Todos buscaron el bienestar del clan Dogan dejando de lado a Umay, quien se convirtió de la noche a la mañana en un ser poco deseado. En consecuencia, ella sucumbió a una fuerte depresión y se trastornó de tal manera que se marido se vio obligado a ingresarla en una clínica psiquiátrica para ayudarla a recuperarse.

## Capítulo 4

Desde el inicio de las clases, Eva consideraba el lunes el mejor día de la semana. Tras sentir el reflejo de un rayo tímido de luz posarse sobre su cara, estiró los brazos por encima de su cabeza y se levantó de la cama. Compartía habitación con una chica polaca llamada Joanna, pero su compañera tenía novio y casi nunca dormía en el campus.

La estudiante se apresuró a ducharse puesto que los radiadores viejos de su cuarto apenas emanaban calor y, envuelta en una gruesa toalla de algodón, se plantó delante del armario. Buscó y rebuscó algo apropiado para ponerse, aunque, aparte de unos cuantos suéteres, camisetas juveniles y pantalones vaqueros, no encontró nada más. Ese día tenía previsto asistir al curso del profesor Dogan y le hubiese gustado no desentonar con la mayoría e ir vestida de manera elegante, sofisticada o, por lo menos, correcta. Tras algunos momentos de reflexión delante de su escueto vestuario, llegó a la conclusión de que, por mucho que mirase su ropa, no cambiaría por arte de magia.

Consultó el reloj. Era muy temprano y faltaban todavía dos horas antes del comienzo de las clases de ese día. Un pitido en el móvil le indicó que tenía una videollamada de su madre. La cogió enseguida y, tras pulsar la tecla de «acepto», se sorprendió al observar en la pantalla la cara de su madre, Ina, rodeada por una mata de rizos color caoba rojizo.

—¡Mamá! —exclamó, con alegría—. Tienes el pelo muy... ¡rojo!

—La última tendencia, mi amor —respondió su progenitora con un deje de orgullo en la voz. Sacó de la tabaquera un cigarrillo largo de color blanco, con bordes dorados, lo encendió e inspiró una honda calada—. Ya sabes que una peluquera no puede desatender los estilos.

—Cierto, mamá —rio Eva, mientras se sentaba en actitud relajada en el sillón orejero situado al lado de la ventana—, aunque alguna tendencia podrías saltarte, en tu peluquería hay una nueva cada semana.

—¿Qué haces? —se interesó su madre, dejando de lado su atrevido cambio de *look*—. Observo que no estás vestida todavía y debe ser tardísimo en Hamburgo.

—Me acabo de despertar. Estoy muy contenta de recibir tu llamada, aun cuando no sé qué haces despierta a las dos de la mañana. Necesito pedirte un favor, ¿podrías enviarme algo de dinero? Esto... no es la universidad y me acabo de dar cuenta de que no tengo ropa adecuada para ir a clases.

—¡Aleluya! —Ina alzó la voz con satisfacción indisimulada—. Te lo dije. Te advertí de que no podías ir a Europa con tres vaqueros y cuatro sudaderas, pretendiendo seguir vistiendo como una estudiante de quince años.

—Cierto, mamá, me lo dijiste. —Eva le dio la razón con cierta petulancia, al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Siento no haberte hecho caso.

—Si es que se veía venir —continuó sermoneándola Ina, si bien, ante el silencio y la resignación de su hija, se reprimió. Dio otra larga calada al cigarrillo y preguntó mientras apartaba el humo de su cara—: ¿Cuánto necesitas?

—No sé, mamá, la ropa aquí es muy cara. Y tengo clases durante todo el día. ¿Me harías el favor de comprarme algo y mandarme un paquete? Tampoco te emociones mucho, unas cuantas camisas formales, un traje pantalón, un vestido o dos, algo que pueda servirme... ¡ah! y necesito un bolso.

—¡Estaré encantada! Ya verás las maravillas que voy a comprar. Al fin mi hija se convertirá en una mujer. El de arriba ha escuchado mis ruegos. Ahora falta que conozcas y te enamores perdidamente de algún miembro de la realeza europea.

Eva meneó la cabeza, divertida ante las aspiraciones de su progenitora.

—Mamá, no te emociones, te aseguro que los príncipes no abundan en Europa. No pienses que andan sueltos por el campus para que la americana de turno vaya a cazarlos. Siento desilusionar tus expectativas, pero, el tiempo que permanezca aquí, no es probable siquiera que conozca a uno.

—Eres muy poco romántica. —Ina soltó un suspiro teatral y apagó el cigarrillo de mala gana en un cenicero repleto de restos de tabaco—. Me da mucha rabia que no heredaras mis genes: divertida, soñadora y ambiciosa. Has salido sería, pragmática y aburrida como tu padre.

—Solo soy realista, mamá —se defendió Eva, resuelta a no dejarse atrapar en una disputa que tenía perdida de antemano—. Ah, y hablando de ropa, no me compres cosas raras, ni tampoco demasiado coloridas, por favor. Acuérdate de que no sean escotadas en exceso, sabes que yo tengo mucho pecho. Además, en esta época del año hace mucho frío.

La ventisca que se divisaba a través del ventanal la hizo apretujarse la toalla alrededor del cuerpo y friccionarse con energía para infundirse algo de calor. Un par minutos después, se despidió de su madre, contenta de haberse librado de la fastidiosa tarea de ir de compras porque era una actividad que odiaba. Se mareaba al imaginarse las grandes superficies llenas de tiendas que ofrecían el mismo género, disfrazadas en etiquetas y marcas llamativas. Eva nunca había echado en falta un envoltorio bonito para llamar la atención. Hasta la fecha, su cerebro la había ayudado a encajar bien en cualquier situación. Nunca había tenido la necesidad de parecerse al resto, simplemente, porque sabía que era diferente, una chica inteligente, de ideas claras. Quizá, en algún momento de su vida, deseó una apariencia despampanante y exuberante, pero no le había causado ningún drama su aspecto desenfadado, ni se había molestado en mejorarlo. Se sorprendió al darse cuenta de que, de repente, le importaba el envoltorio y quería parecerse al resto.

Volvió a estudiar con gesto crítico el contenido de su armario, rozando con los dedos las telas

poco agradables al tacto. Eligió un suéter de cuello vuelto de color negro, que supuso que le daría un aire más formal, y lo conjuntó con unos tejanos oscuros. Tuvo que esforzarse para que sus curvas generosas encajasen dentro de ellos, ya que se habían contraído con el lavado. Encogió el estómago y, corriendo la cremallera con gesto triunfante, ignoró la molestia que le producían alrededor de la cintura. Por último, se cepilló con energía su mata de pelo, a la que recogió en una trenza sencilla que dejó descansar en su hombro derecho. Vestida con la cazadora gruesa de plumas se dirigió a la cafetería para desayunar.

El frío cortante la acompañó durante todo el camino y las gotas de lluvia mezcladas con copos de nieve la obligaron a ponerse la capucha. Para protegerse del vendaval, la joven escondió la cara dentro de la braga de lana que llevaba alrededor del cuello.

Cuando entró en la cafetería fue sorprendida por un intenso aroma de café y olor a bollería recién hecha. Se quitó la cazadora y, nada más sentarse, observó con el rabillo del ojo a su escolta francesa, formada por Pierre y Jean, que muy a su pesar se habían convertido en su sombra. Ambos habían elegido cursar las mismas asignaturas que ella argumentando que tenían intereses comunes. Desayunaban, comían y cenaban con ella y, si se encontraban por casualidad dando un paseo, se unían a Eva, dejando de lado cualquier otra cosa que estuviesen haciendo. Los dos jóvenes eran amigos desde la infancia y, con el paso de los años, se habían vuelto inseparables. Habían estudiado la misma carrera y posgrado, compartían el mismo corte de pelo y vestían ropa muy parecida, además de tener aspectos físicos similares: rubios, de complexión delgada, altos y bastante atractivos.

Eva no entendía el afán de ellos en perseguirla; no se consideraba guapa, ni siquiera atractiva. Era una más del montón, morena y con un buen pelo, pero totalmente desarreglado —como afirmaba su madre cada vez que se le presentaba la ocasión—. Los ojos podían pasar por diferentes, ya que oscilaban entre un azul pálido y un verde desteñido, cambiando de tono en función del momento y la luz, aunque tampoco quitaban el sentido a nadie. Tenía mucho pecho, que disimulaba con sujetadores deportivos, no era ni alta ni baja y su cuerpo no resaltaba por nada en concreto, aunque, eso sí, Eva Turner tenía mucho cerebro.

En cuanto los chicos franceses la localizaron, acudieron sonrientes a su mesa y fulminaron todas sus esperanzas de librarse de ellos. Suspiró resignada y los recibió con una sonrisa sincera en los labios. Al fin y al cabo, se encontraba sola en una ciudad desconocida y necesitaba compañía.

—Evi, querida... —Odiaba esa versión moderna de su nombre—. Te estábamos buscando —anunció Pierre, mientras se servía una taza de café.

—Pues ya me encontrasteis —repuso con cierta sorna, intentado no sonar descortés. ¿No era siquiera las nueve de la mañana y la estaban buscando? Aquello dejaba de tener gracia y comenzaba a ser preocupante.

—Acabamos de ver al profesor Dogan —informó Jean con indiferencia, mientras daba un bocado generoso a un crujiente cruasán de mantequilla empolvado con azúcar y canela.

—¿Dónde? —preguntó exaltada. Se percató de que el tono de su voz había sonado agudo en

exceso, aunque era tarde para rectificar. Las miradas sorprendidas de los chicos se fijaron en ella, mostrándose desconcertados. La simple posibilidad de encontrarse en breve con el profesor la alteró. Estaba consciente de que ese día lo vería en el curso; de hecho, ansiaba que llegase el momento, pero la posibilidad de toparse con él en otro ambiente que no fuesen las clases le provocó una buena dosis de alteración.

—Nos lo acabamos de encontrar, no sé, me imagino que habrá cogido un vuelo temprano —aventuró Jean—. Lo vimos sentado en la barra tomándose un té con cara de pocos amigos. Nos acercamos para saludarlo, pero nos ignoró, el muy imbécil.

—¡No lo llames así! —gruñó Eva, poseída de un malhumor repentino—. Seguro que no te ha oído.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? —preguntó Pierre entre sorprendido y ofendido—. Lo estás defendiendo y no lo conoces siquiera. Es más que probable que sea un imbécil.

—No lo conozco, es cierto, pero no me gusta hablar mal de nadie, sobre todo si no puede defenderse. Iré por un café —sentenció, levantándose con brusquedad de la silla. Comprendió que estaba actuando de forma extraña al observar que ambos chicos miraban sorprendidos su taza de café, intacta—. Ese está frío —se justificó, azorada.

El aforo de la cafetería del campus, un lunes por la mañana, estaba completo. Eva se abrió paso con dificultad entre los estudiantes, buscando con la mirada al profesor. No sabía por qué lo hacía, ni el motivo de haberse alterado al saber que se encontraba ahí. Tras dar varias vueltas sin rumbo por la cantina, encontró la búsqueda ridícula y decidió regresar a su mesa para terminar el desayuno. Se sintió obligada a acercarse a una máquina de café; no podía regresar a su mesa con las manos vacías, exponiéndose a las preguntas de la escolta francesa. Se encontraba rara, algo estresada y nerviosa, y las manos le temblaban por alguna razón que no lograba identificar. Le costó varios intentos antes de introducir la moneda en la ranura del aparato para elegir un bombón, elección inexplicable, puesto que le gustaba el café largo, amargo y bien cargado. Observaba ensimismada cómo se llenaba el vaso de plástico que previamente había colocado en el lugar indicado, cuando percibió detrás de ella una presencia. Se dio la vuelta, despacio, y se encontró de frente con dos ojos negros muy intensos. Una acelerada turbación se apoderó de ella al observar a escasos centímetros de ella al objeto de su deseo. Se esforzó en mostrarle una sonrisa amistosa mientras intentaba saber si él la recordaba, aun cuando era más que probable que no lo hiciera.

—¡Buenos días, inspectora! —la saludó de forma amigable, tras unos segundos de silencio y escaneo recíproco.

Oleadas de alegría se cernieron sobre la estudiante al comprender que él la había reconocido. No pudo hacer otra cosa aparte de mirarlo embobada e inspirar su intenso perfume, incapaz de disimular su entusiasmo. De cerca, la impoluta presencia del profesor turco impresionaba todavía más. Tenía un corte de pelo moderno y masculino, salpicado de algunas canas plateadas, por lo que Eva dedujo que su edad rondaría alrededor de los treinta y tantos. A pesar de ser moreno, el

tono de su cara era claro y saludable y contrastaba con sus ojos profundos y las cejas oscuras. En la parte baja de la barbilla se apreciaba un pequeño hoyuelo, que le aportaba un aire optimista. La combinación entre seriedad, distinción y jovialidad era irresistible. Eva pestañeó un par de veces para despertar los sentidos y consiguió reaccionar.

—Buenos días, profesor —articuló sobrecogida, deseando ardientemente añadir alguna frase ingeniosa o, por lo menos, divertida. Su cerebro, que, por lo regular, estaba alerta y predispuesto a ayudarla, permaneció callado, por lo que la joven se limitó a coger su vaso de café y alejarse.

## Capítulo 5

### *Dos meses más tarde*

Emir consultó el potente reloj que abrazaba su muñeca, resoplando tolerante. Sus ojos recorrieron el anfiteatro vacío, resignándose a comenzar la clase, aun cuando solo contaba con la presencia de siete alumnos. Era comprensible que, en vísperas de Navidad, los estudiantes se hubiesen marchado a sus casas y faltaran a los últimos cursos.

Se apoyó en su mesa de trabajo, centrando la atención en la primera fila, donde se encontraba María, una ejecutiva italiana que respiraba ambición y ansias de poder por los cuatro costados. No era demasiado brillante, pero Emir la catalogó desde un principio como una ganadora; era el tipo de mujer fuerte y decidida que jamás aceptaría un «no» por respuesta. A su lado se hallaba Murat, un joven tímido y responsable que se formaba para hacerse cargo del negocio familiar. Emir lo conocía bien puesto que era de Estambul y, en algunas ocasiones, habían viajado en el mismo avión. La segunda fila estaba ocupada por dos estudiantes franceses muy parecidos entre ellos. Vestían de manera similar y se identificaban tanto el uno con el otro que a Emir le costaba diferenciarlos. No participaban mucho en las clases y siempre se sentaban cerca de la estudiante americana, Eva, que lo había sorprendido desde el primer día. Emir intuía que se había inscrito a su curso por error porque una aspirante a trabajar para Hacienda no tenía demasiado interés en conocer los entresijos de los métodos cuánticos internacionales. Al principio, su presencia era más bien borrosa, no destacando en nada en particular. En las primeras clases había pasado desapercibida, sin llegar a participar de forma activa en el curso. Parecía una chica solitaria y tímida; sin embargo, con el paso de las semanas, Emir la había visto florecer, como un capullo que brota hacia la madurez. Comenzó a mostrarse activa aportando ideas inteligentes y cambió su forma de vestir, sustituyendo las sudaderas anchas y sin forma por divertidos vestidos juveniles. Empezó a preocuparse más por su aspecto exterior, luciendo una melena lustrosa que la favorecía bastante, dejando en el olvido los desordenados peinados de principio de curso. Emir sospechaba que su cambio de imagen podía deberse a uno de los estudiantes franceses. El último asistente al curso de ese día era Karl, un alemán responsable que desempeñaba un cargo importante en una conocida gestoría.

Tras ese rápido recuento, el profesor carraspeó para llamar la atención y, cuando los siete pares de ojos se fijaron en él con interés, dio comienzo a la clase.

—Gracias a todos, aprecio mucho el esfuerzo que habéis hecho para estar aquí en vísperas de Navidad. Hoy no daré una clase normal, sino una charla sobre la importancia de la oportunidad en la economía. Lo primero que debéis saber sobre ella es que nunca se presenta cuando la llames.

Emir hizo una breve pausa estratégica y preparó su voz para subir la intensidad del discurso.

—No llega cuando la deseamos, ni siquiera cuando la suplicamos; la oportunidad se presenta cuando menos la esperamos. Un buen hombre de negocios, un líder tiene que estar siempre alerta porque la oportunidad no viene anunciando su llegada. —Los siete pares de ojos lo miraban sin pestañear y en la sala se instauró un silencio absoluto. Emir supo que tenía la máxima atención de sus alumnos y continuó con el mismo tono de voz que rozaba el suspense—: Un buen profesional debe reconocerla y aprovecharla. Sin «dudas y miedos».

—Y, si viene sin avisar, ¿cómo la reconoceremos? —quiso saber la estudiante italiana. A Emir no le sorprendió su entusiasmo, era totalmente previsible que la gente ambiciosa deseara conocer trucos antes que métodos.

—¿Hay alguna forma de entrenar el instinto? —Emir centró la mirada en la chica americana, que esperaba su respuesta con gesto contraído, cargado de interés.

—¡Muy buenas preguntas! —las felicitó él a ambas—. Puesto que somos pocos y no se trata de una clase normal, trataré de que comprendáis la teoría a través de un ejemplo práctico. Compartiré con vosotros mi experiencia o, mejor dicho, la historia de mi éxito, que se basa en la oportunidad.

Aquello provocó una repentina subida de adrenalina de los estudiantes. Emir sabía que cualquier teoría o enseñanza palidecía ante las experiencias personales. Entusiasmado, se quitó la americana y se remangó el suéter de cuello vuelto que llevaba puesto hasta la altura de los codos. A continuación, apoyó su trasero en el borde de la mesa, buscando una posición cómoda y relajada. No acostumbraba a contar su vida personal, pero ese día sintió la necesidad de compartir parte de sus experiencias con sus estudiantes más fieles, premiarlos por no haberlo dejado plantado.

—Desde hace más de cincuenta años, mi familia se dedica al comercio, administrando una empresa mediana, productora y distribuidora de frutas y verduras. Facturábamos al año de cuatro a seis millones de euros, que es una buena cifra, pero nada destacable si se compara con las grandes firmas del sector. Cuando terminé los estudios y me incorporé a trabajar en la empresa familiar, deseé mejorar las ventas y aumentar su categoría. Le hablé a mi padre de proyectos novedosos, otro tipo de tecnología y le hice ver que existían nuevos horizontes que, tal vez, deberíamos probar. Él, en cuanto intuyó mis propósitos, detuvo de inmediato mi entusiasmo.

»—Lo que tenemos es un buen negocio, espera tu oportunidad y lo mejorarás.

»En aquel instante no lo comprendí, pensé que mi padre era mayor y sobrepasado. Año tras año, me dediqué a buscar y esperar la dichosa oportunidad sin saber, realmente, en qué consistía o si alguna vez aparecería a mi puerta. Después de algún tiempo, relajé mis expectativas y dejé de esperarla, convencido de que se trataba de una cortina de humo sin ningún fundamento verdadero,

y me conformé con lo que había.

En la sala se escuchó un lamento generalizado. Los ojos de la chica americana centelleaban con mucha intensidad y Emir se confundió al divisar en ellos, aparte del interés académico, una pizca de interés... personal. Su frente se arrugó un poco, hecho que demostraba su completa atención, pero la expresión embelesada de su cara denotaba admiración. Emir dejó de prestarle atención y centró la vista en la estudiante italiana que respiraba con dificultad, deseosa de conocer el desenlace. Se incorporó y, tomando asiento ante su mesa, continuó:

—Hace tres años, el mercado ruso rompió sus acuerdos comerciales con los países de la Comunidad Europea y dejó de importar frutas y verduras de España, Portugal, Italia y Grecia. Un hecho que, en principio, no tenía relación directa con Turquía, ni era algo que pudiera influenciar en mi empresa. ¿Verdad?

Los siete estudiantes se miraron desconcertados entre ellos intrigados, sin llegar a comprender si se esperaba de ellos una respuesta o se trataba del estilo retórico del profesor. Tras un breve silencio, Emir retomó su discurso:

—Y, entonces, comprendí lo evidente. Aquella era la oportunidad que llevaba tantos años esperando. ¿Cómo supe verlo? Muy sencillo, y con esto respondo también a la pregunta de Eva, el instinto se educa. Día tras día, un buen hombre de negocios, un líder verdadero, piensa en su empresa, en cómo aprovechar los medios que tiene, en sus puntos fuertes y en las carencias. De este modo, en cuanto la oportunidad se presenta, la reconoce y, lo más importante, ¡la aprovecha!

Emir se puso de pie hablándole a su público con creciente pasión. Sabía que, más que una lección de economía, estaba regalando a los oyentes una enseñanza de vida. Sumamente excitado, notaba cómo la sangre le galopaba de forma veloz en las venas, convencido de que sus estudiantes más fieles jamás olvidarían esa clase.

—¿Y por qué aprovechó usted esa oportunidad y no otro? —se interesó Karl con su habitual actitud, recatada y tranquila—. Su discurso nos ha dado a entender que la oportunidad no se presenta ante un único individuo, sino ante varios.

—Muy buena reflexión, Karl. Es verdad, la oportunidad no toca a tu puerta ni te dice: «soy para ti». Yo la aproveché porque fui el más rápido. Supe verla y reaccioné con rapidez. Al siguiente día de haber salido la noticia, ya estaba en Moscú. Moví los hilos con rapidez y conseguí reunirme con representantes del Ministerio de Comercio y Agricultura. Me presenté ante ellos seguro de mí mismo, asegurándoles que tenía el poder para abastecer Rusia con el género necesario.

—Pero usted no tenía la capacidad —observó Eva, con astucia—. Dijo que por aquel entonces la empresa de su familia era mediana. Y dudo mucho que una empresa mediana tenga el suficiente poder para cubrir el mercado ruso de la noche a la mañana.

—Cierto, no lo tenía —sonrió Emir de forma misteriosa, tratando de adivinar si los centellantes ojos de la tejana eran azules o verdes—, pero, si se quiere triunfar en los negocios, es necesario adoptar distintos métodos económicos. En cuanto tuve el acuerdo firmado, aposté por la

distribución recíproca, método imprescindible en la mayoría de los acuerdos comerciales, que destriparemos en otra ocasión.

Los estudiantes quedaron intrigados por este nuevo frente abierto, aceptando el trato ofrecido por el profesor. Emir dio la clase por terminada y se despidió del grupo deseándoles felices fiestas. Acto seguido, se apresuró a tomar un taxi y dirigirse al aeropuerto. En vísperas de Navidad, todo el mundo estaba impaciente para regresar a su hogar.

## Capítulo 6

En la sala de espera del aeropuerto de Hamburgo reinaba el caos. Debido al temporal, todos los vuelos de esa tarde salían con retraso. La intensa nevisca que se extendía sobre la ciudad, unida a la tormenta de nieve, imposibilitaba el funcionamiento normal de los aviones y estaba provocando una buena dosis de intranquilidad y preocupación en los pasajeros. Los ánimos no hacían más que decaer, puesto que a nadie le apetecía pasar las vísperas de Navidad en un aeropuerto, lejos de sus seres queridos.

Eva observaba con impotencia el gran panel luminoso, donde aparecían los vuelos anulados reflejados en color rojo chillón junto a la palabra «cancelado». El único consuelo era que, debajo de su destino, aparecían otros dos destinos anulados: Estambul y Paris. Eso significaba que el profesor Dogan se encontraba en el mismo aeropuerto y en algún momento podrían coincidir. Era un consuelo bastante débil y Eva se reprendió mentalmente por dedicarle tanta importancia a ese hombre. No era posible sentir felicidad ante el hecho de estar atrapada en un aeropuerto solo porque su profesor también lo estuviera. Era de locos y ella poseía suficiente entereza para saberlo. Aun así, en un rincón muy alejado de su mente, había alegría. Recorrió con la mirada la sala de espera en busca del objeto de su interés, pero no consiguió localizarlo. Se recordó a sí misma que Emir era uno de los hombres de negocios más importantes de Turquía y, con seguridad, tendría asignado un lugar en la sala de espera de la clase VIP.

«¡Basta ya!», se regañó enfadada. «Él es tu profesor, y uno de los hombres más ricos e influyentes de Europa, casi te dobla la edad y, con seguridad, está casado. ¿Quieres más argumentos para frenar tu estúpida obsesión?»

La americana se dejó caer en la incómoda silla de plástico y se giró hacia sus compañeros. Jean y Pierre habían dejado de lado su habitual buen humor. Cansados y con las piernas estiradas, observaban el vaivén de los intranquilos pasajeros. Eva terminó por acomodarse en su asiento y, aun cuando debería sentirse agobiada y enfadada, no lo estaba.

Tres horas más tarde las esperanzas de los pasajeros se vieron truncadas de forma definitiva. El temporal no había mejorado, la niebla no se había despejado y la caída de la noche había provocado que los responsables del aeropuerto enviaran el siguiente comunicado:

«Estimados pasajeros, sentimos comunicarles que, a causa del mal temporal que atravesamos en este momento, se imposibilita la salida de los aviones. Todos los vuelos programados para hoy, 24 de

diciembre, quedan cancelados. Sabemos que es Nochebuena y lamentamos todos los inconvenientes que esa medida puede ocasionarles. En los próximos minutos se procederá a la recogida de todos los pasajeros, por lo que los invitamos a formar una fila delante de la salida de la sala de espera. Serán trasladados de inmediato a un hotel, donde se les facilitará alojamiento y disfrutarán de una cama confortable y una cena de Nochebuena, cortesía de las compañías aéreas. Los empleados de cada compañía vendrán a ayudarlos y responderán a todas sus dudas. Gracias por la atención y sentimos las molestias que esta medida pueda causarles».

Tras el comunicado el caos empeoró de forma considerable en la sala de espera. Los pasajeros abandonaron sus asientos de forma precipitada y se agolparon ante la puerta de salida, lo que imposibilitó la entrada a los empleados de las compañías aéreas. En vez de formar una fila como se les había indicado, crearon una marea humana que se esparcía de forma irregular por toda la estancia. Eva se vio arrastrada por la riada y, de no haber sido por Jean y Pierre, dudaba de que hubiese conseguido salir sana y salva de aquel infierno.

Finalmente, se impuso el orden y los pasajeros fueron trasladados al lugar destinado para alojarse. Ya había caído la noche cuando el autobús paró delante del hotel habilitado para los viajeros retenidos por culpa del vendaval. Mercury Hotel había sido en su día un castillo; de reciente restauración, conservaba su fachada de piedra y los ventanales ovalados. Su estructura austera estaba envuelta en un manto generoso de nieve, que brillaba con intensidad, y ofrecía un aspecto de cuento. La entrada, completamente pavimentada en piedra, se había convertido en una pista de hielo que obligaba a los pasajeros a caminar con precaución. Del techo inclinado del edificio principal salía una columna de humo y el aire gélido y fresco se mezclaba con el olor a leña quemada, lo que aumentaba el aspecto de leyenda del castillo.

Eva se sacudió la chaqueta de plumas para desprenderse de los copos de nieve, se quitó la capucha y se adentró en la recepción. Observó que el interior del castillo conservaba su encanto original, si bien las nuevas tecnologías le quitaban bastante atractivo. Los techos altos estaban pintados en óleo y de las mallorquinas colgaban unos majestuosos candelabros que contrastaban con los focos potentes y luminosos. Tenía ciento sesenta y cuatro habitaciones —la mayoría de ellas, dobles—, dos restaurantes, piscina interior, gimnasio y una sala habilitada para conferencias. Cada persona debía facilitar sus datos e indicar sus preferencias a la hora de compartir habitación, puesto que el número de los pasajeros era superior al de las habitaciones disponibles.

—¿Qué os parece si compartimos los tres la misma habitación? —propuso Pierre, mientras aguardaban su turno para alojarse—. El plano indica que la mayoría de las habitaciones disponen de una cama doble, más otra individual. Claro, si a Eva le parece bien.

Sin saber por qué, ella se sintió apurada. Ir a todas partes con ellos era una cosa, dormir en el mismo cuarto era diferente.

—No sé, puede que dispongan de algunas habitaciones individuales —contestó, esperanzada.

Media hora más tarde dejó de lado todas sus reticencias, ya que había un verdadero caos en torno a las habitaciones. Consiguieron obtener una triple, bastante amplia, de techo alto y paredes

lisas, prevista de todas las comodidades modernas. La estancia mantenía su encanto original y, a través de un ventanal ovalado, empotrado en piedra gris verdosa, se podía contemplar un bosque frondoso cubierto de un manto blanco, brillante. El viento soplaba con fuerza y empujaba los copos de nieve sobre la superficie del cristal de una forma desordenada. Eva admiró embelesada aquel espectáculo invernal y corrió la gruesa cortina color oliva y oro, que hizo varios ribetes en torno la barra que la sujetaba, cubierta en fieltro dorado impreso con ornamentos decorativos.

La americana fue la primera en utilizar el baño. La puerta chirrió al abrirse y las paredes construidas en piedra de arriba abajo estaban frías, por lo que se desvistió con rapidez y, tras comprobar que la ducha moderna funcionaba bien, se metió bajo el grifo. No tardó mucho en lavarse, se secó el pelo con el secador y se enfundó un vestido de lana, color tostado, que consideró apropiado llevar en Nochebuena, aun cuando la esperaba una cena extraña en un ambiente plagado de desconocidos. Se estiró todo lo que pudo el dobladillo, puesto que lo había elegido su madre y medía varios centímetros menos de lo que le hubiera gustado, pero la tela era consistente y el color la favorecía. El pelo lo dejó ondear libremente sobre la espalda y, por último, se aplicó un poco de maquillaje en los párpados.

Jean y Pierre, sus compañeros de habitación, alabaron su aspecto —aun cuando no era nada del otro mundo— y, flaqueada por ambos, bajó a cenar. Los franceses ofrecían el aspecto pulcro y cuidado de siempre, vestían vaqueros ajustados, camisas elegantes combinadas con americanas de tweed. Aun cuando en un principio estuvieron abatidos por la situación que estaban viviendo, la magia de la Navidad consiguió animarlos y regresaron a su habitual jovialidad.

En la planta baja del hotel los recibió una empleada eficiente, que le indicó con una cálida sonrisa que se habían habilitado varios reservados para celebrar la cena de Nochebuena. Los huéspedes se separaron en dos grandes grupos: la clase turista por un lado y las clases VIP y Bussines, por el otro. Eva y sus amigos fueron acompañados al reservado que les correspondía. Los dos restaurantes del castillo estaban decorados con motivos navideños y, en sordina, se escuchaban villancicos cantados en inglés. La americana y sus amigos se sentaron junto a otros estudiantes, intuyendo que las risas y el buen humor estarían asegurados. Unos eficientes camareros les sirvieron bandejas generosas que contenían pavo asado, entrantes fríos formados por distintos tipos de salchichas y varias clases de quesos. La cerveza y el vino pusieron la nota de alegría necesaria y de postre se sirvió tarta Selva Negra acompañada de ponche de cerezas, una delicia de color rojo intenso y sabor dulzón. Eva se lo pasó mejor de lo esperado y, tras varias copas de cerveza y ponche, consideró que, a pesar de las circunstancias, aquellas Navidades tenían muy buen aspecto. Tanto los organizadores como los huéspedes intentaban darle a Nochebuena la importancia merecida.

Después de los postres, los villancicos dejaron paso a una música llena de ritmo que animó a los huéspedes a salir a la pista de baile. El contraste estaba asegurado; estudiantes alegres bailaban junto a señoras pasadas en años que levantaban los brazos en alto y contoneaban sus caderas.

Eva no solía bailar; de hecho, se consideraba bastante patosa, pero el buen ambiente junto a un estado de ánimo inmejorable le insufló los ánimos suficientes para salir a la pista improvisada de baile. Pierre siguió sus pasos y, acercándose a su espalda, le abrazó los hombros. Ella se acompañó a su ritmo notando cómo las manos de él bajaban hacia su cintura. Cuando la respiración caliente de Pierre se posó en su cuello, Eva giró la cabeza y se encontró con una mirada vidriosa y nublada. Lo apartó de su torso con las manos, pero el cuerpo del francés era muy pesado y no logró separarlo de ella.

—Eva, preciosa, baila conmigo —le susurró al oído, besándole el lóbulo de la oreja. Después, se dispuso a acariciarle la parte baja de la espalda en actitud cargada de tensión sexual. La joven se giró, le propinó un empujón con los brazos y consiguió liberarse de su encorsetamiento. Pasárselo bien era una cosa, propasarse era otra diferente. Siempre había intuido que uno de los dos franceses tenía algún tipo de interés en ella, pero no había esperado aquel acorralamiento tan ofensivo.

—Creí que éramos amigos —consiguió balbucear ella, al tiempo que se alejaba. Se abrió paso con dificultad entre las decenas de personas que estaban bailando, quedando deslumbrada por las luces multicolores que se cruzaban en un movimiento incesante. Un camarero pasó por su lado y le ofreció una copa de champán. Eva no sentía deseo de seguir bebiendo, pero aceptó el champán de todas formas. Admiró el líquido burbujeante y lo bebió de un trago. Al momento, la abrasó una intensa sensación de calor de arriba abajo y experimentó la sensación de que sus rodillas se habían convertido en gelatina. Para mantenerse de pie, se apoyó en una pared y terminó cerrando los párpados, que le pesaban más de lo normal.

«Será un segundo», pensó abatida. «He bebido demasiado».

## Capítulo 7

No supo el tiempo que estuvo pegada a la pared y, aunque lo intentó en varias ocasiones, Eva no consiguió mover su cuerpo entumecido, que parecía inmerso en algún tipo de trance del que no conseguía despertar. Un tiempo después, notó una presencia a su lado. Lo primero que percibió fue un intenso perfume masculino, después unos brazos fuertes se posaron en su cintura y tiraron de ella. Despegó los párpados con lentitud y se topó en su campo visual con la mirada interrogante del profesor Dogan.

—Hola, Eva. ¿Te encuentras bien? —No hubo respuesta—. Es obvio que no, te ayudaré a caminar, iremos al cuarto de baño para despejarte.

—Bien, creo... —balbuceó un tanto avergonzada, intentando mantenerse recta.

Emir la sujetó con firmeza, instándola a andar.

—Puedo sola. —Abrió los ojos y, al tomar consciencia de la situación, intentó soltarse. Tropezando provocó que su cuerpo se apoyase en el de Emir, quien guiaba sus pasos con paciencia.

—No sé lo que bebiste, mira, no puedes siquiera mantenerte en pie. Deja que te ayude. —La miró directamente a los ojos, hablándole en un tono imperativo que no admitía contestación.

Ella no fue capaz de protestar y volvió a cerrar los párpados. Emir le rodeó los hombros y se abrió paso entre la gente con dificultad. Sus brazos fuertes unidos al calor que desprendía su cuerpo impresionaron a Eva y el presentimiento de que las piernas le fallarían en cualquier momento se apoderó de ella. Deteniendo sus pasos, se paró con brusquedad en medio de la gente. Emir, al advertir que cerraba de nuevo los ojos, le zarandeó los hombros y la llamó por su nombre.

—¿Eva?

Su propio nombre sonaba a una dulce sinfonía en sus labios. Todas las emociones reprimidas a lo largo de las semanas florecieron de pronto en su interior. Eva abrió los ojos, sonrió, se arrimó a su pecho y no pudo refrenar el impulso de besarlo en los labios. Un beso brusco, intenso y corto. Perdió el contacto con la realidad y el tacto suave de sus labios la hizo levitar. Salió de su particular burbuja de felicidad al sentirse apartada.

—¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? —La mirada cálida y comprensiva de Emir de segundos atrás se tornó enfadada—. El baño queda cerca, necesitas refrescarte la cara y las ideas.

Sobre todo, las ideas.

«¿Qué haces, Eva?». La voz de su conciencia se abrió camino hasta ella para hacerla entrar en razón. «Emir es tu profesor y, con seguridad, está casado. Te lleva, al menos, diez años, o puede que más. ¡Y vive en Turquía! No está rodeando tu cintura por nada en particular, el hombre te ayuda a caminar porque estás demasiado borracha para hacerlo tú misma. ¿Por qué lo acabas de besar?».

—Lo siento —se disculpó cohibida al comprender la gravedad de sus actos—. Estoy mareada y tú hueles muy bien. Me ha invadido el repentino deseo de besarte. Perdona.

Emir le rodeó los hombros con un brazo y el calor de su mano firme, que traspasó la tela de su vestido, le provocó escalofríos. Volvió a hundirse en su burbuja de irrealidad y disfrutó de la dulce sensación que su acercamiento le provocaba. No fue consciente de haber llegado al cuarto de baño hasta que el sonido del agua la obligó a abrir los ojos y observó cómo él arrojaba agua fría sobre sus mejillas encendidas. Protestó levemente, pero Emir se mantuvo firme en su tarea. Le lavó la cara, le mojó el pelo de la frente y después la miró a los ojos, que ella tenía, por fin, completamente abiertos.

—¿Estás mejor ahora? Con esto y un café bien cargado, deberías reponerte. ¿En qué habitación estás alojada?

—No puedo regresar a mi cuarto. Estoy hospedada con dos compañeros y uno de ellos, Pierre, se ha propasado esta noche conmigo, así que no me apetece dormir en el mismo cuarto que él. —La joven negó enérgicamente con la cabeza y su mirada se apreciaba alterada.

—Entonces iremos a la recepción y pediremos otra habitación para ti. No voy a permitir que deambules por ahí en este estado. ¿Qué bebidas os han servido a la clase turista?

Eva sintió el deseo de contarle con lujo de detalles lo bien que lo pasa la clase turista, pero su lengua permaneció entumecida y las pocas palabras que consiguió soltar sonaron inteligibles hasta para ella. Armándose de coraje, alzó la vista y, cuando sus miradas se encontraron, se sorprendió golpeada por unas ganas intensas de llorar.

Intentó contenerse, aunque fue superior a ella detener las lágrimas que surcaban sus mejillas, ni pudo sofocar los suspiros que salían de su boca con sonora intensidad.

—Tranquila, no llores, todo saldrá bien —la calmó él, apartándole la melena de la cara.

A continuación, sacó del bolsillo de su chaqueta un pañuelo y le secó las lágrimas. Eva, animada por sus gestos comprensivos, hundió la cabeza en su pecho y se agarró a su camisa. Emir la volvió a sujetar por la cintura, ayudándola a reponerse, y comenzaron a dar pequeños pasos en dirección a la recepción. Como cabía esperar no quedaban habitaciones disponibles, por lo tanto, tomaron el ascensor. Eva apreció un vacío vertiginoso en la boca del estómago cuando iniciaron la elevación. La mano de Emir descansaba en la parte baja de su espalda y su presencia imponente parecía engullir su propio cuerpo. Formaban una pareja bonita, a pesar de ser completamente distintos. Se sonrieron cuando sus miradas se encontraron en el espejo y la tensión rebajó un par de grados en intensidad. Eva recobró el sentido y su aturdimiento inicial pareció haberse

esfumado.

—Me preguntaba si... estarías casado —Emir no respondió. Se limitó a mirarla con expresión contrariada a través del espejo.

«El profesor te gusta más de lo normal. ¡Aléjate!».

«¡No quiero alejarme!».

El ascensor siguió su trayecto, ajeno a la hilaridad de Eva y a la actitud crispada de Emir. La joven se topó con su propia imagen reflejada en el espejo. Se acarició la mejilla encendida y se apartó el pelo mojado de la frente. Pensó complacida que tenía un aspecto salvaje y sensual. Su mirada parecía más verde de lo habitual y, a causa del efecto óptico del espejo, sus piernas se veían largas y estilizadas. O quizás su vestido era demasiado corto. Eva no fue capaz de distinguir y eso le hizo gracia, por lo que comenzó a sonreírle al espejo. No se reconocía en la imagen que este le devolvía: demasiado atrevida, sensual y... mujer. O, tal vez, borracha en exceso. Desvió la mirada hacia el otro extremo y se encontró con la imagen de Emir. Vestía impecable, como siempre: camisa negra, pantalones y americana color gris claro, cinturón a juego y zapatos lustrosos de piel suave. Sus miradas se encontraron y un manto de magia se ciñó sobre ellos. El clic sonoro del ascensor rompió el hechizo y ambos apartaron las miradas.

## Capítulo 8

Emir sintió un leve cosquilleo cuando su mano se cerró alrededor de los dedos de ella. La espío de reojo, su rostro joven unido a su mirada intensa le reveló que era poco más que una adolescente.

¿Qué tendría, veinticinco?

Recordó la sensación de sentir su boca llena sobre la suya. La había apartado con rapidez, pero aquellos segundos fugaces, que permanecían todavía en su mente, lo habían alterado más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Mientras avanzaban por el largo pasillo que separaba el ascensor del apartamento de Emir, la escuchó preguntar:

—Profesor, ¿te acuerdas del curso de hoy? ¿De lo que dijiste sobre la oportunidad?

—Claro que me acuerdo —respondió de forma automática.

¿Adónde iba a parar esa chica?, se preguntó malhumorado y poco dispuesto a escuchar una charla sobre la Economía aplicada.

—Nos advertiste que la oportunidad se presenta cuando uno no la espera, y únicamente la puede aprovechar una persona astuta que sabe reconocerla.

—¿Es preciso debatir esto ahora? —Emir no lograba comprender el propósito de su estudiante, que apenas caminaba en línea recta.

—¡Lo es! —exclamó efusiva—. Creo que lo que nos acaba de suceder esta noche es una oportunidad irrepetible. El hecho de estar aquí y ahora, contigo, debe tener ese significado. Necesito ser rápida y reconocerla. Y, también, aprovecharla. Así nos lo aconsejaste hoy en el curso.

Emir la contempló confuso pues no lograba relacionar ambos hechos.

—Lo que intento decirte es que tú y yo deberíamos acostarnos esta noche.

Emir detuvo sus pasos y clavó la vista en ella, asombrado. Eva mantuvo un talante tranquilo, como si hubiera anunciado una simple banalidad. Posó la mano en el pecho de Emir y parecía disfrutar del golpeteo constante producido por los latidos de su corazón enloquecido. Hundió los dedos en la suave tela de su camisa y prosiguió, decidida:

—Sí, sí, lo que has oído, tú y yo. Aunque no lo creas, sé lo que digo. No me mires como si me hubieran salido cuatro cabezas.

—No, no sabes lo que dices. Como soy un caballero, haré como que no he oído nada. Ah y, de

haberte salido cuatro cabezas, te aseguro que estaría menos sorprendido.

Emir la apartó de su cuerpo con delicadeza y, con la mano posada en su cintura, prosiguió el camino.

—Ya casi hemos llegado. Te haré un café bien cargado y te recuperarás. Y deja de decir tonterías, por favor.

—Creo firmemente que lo que está pasando ahora mismo es una oportunidad. Mi oportunidad. ¿Es que no lo ves? —Eva se paró en medio del pasillo y lo interrogó con la mirada.

—¿Oportunidad? ¿De qué tipo? —preguntó Emir, sorprendido ante el giro de sus palabras. No quería perder la paciencia, pero debía admitir que estaba empezando a ponerse nervioso. Comenzó a frotarse el puente situado entre la nariz y sus ojos en un intento de dominar su alteración—. Eva, no malinterpretes mis palabras. La oportunidad en los negocios no tiene nada que ver con la oportunidad en la vida real.

Con gesto cansado la tomó por la curva del brazo y la instó a andar. Mientras avanzaban, reflexionó sobre la extraña situación que estaba viviendo. Tenía claro que entre esa chica y él no ocurriría nada de lo que pudiera arrepentirse al día siguiente. No la consideraba ningún tipo de oportunidad, como mucho, una señal del destino, que de algún modo se había propuesto juntarlos. No le gustaban las aventuras de una noche y mucho menos pensaba tener una con su estudiante. Eva no le interesaba como mujer, lo único que deseaba era ayudarla, ponerla a salvo para que se recuperase de la borrachera navideña. El insólito beso que se habían dado le dio un par de vueltas a su cerebro, pero lo ahuyentó. Al momento de llegar a la puerta 110 se sentía completamente a salvo de los encantos de la joven estudiante, que hablaba con ardiente pasión de una noche en su compañía. Sacó de su cartera una tarjeta de acceso, que deslizó por la ranura correspondiente. Se encendió una luz verde, parpadeante, y la puerta se abrió con un clic.

—Hemos llegado... a mi apartamento. —Eva levantó la vista con brusquedad y sus miradas chocaron. Emir soltó el aire despacio para disipar la tensión creada y prosiguió—: Sea lo que sea que estés pensando, déjalo ya. Imagino que tu mente, nublada por el alcohol, se acuerda de que hemos pasado por la recepción. Es imposible encontrar una habitación disponible por culpa del temporal. Esta noche compartiremos el mismo apartamento, no es muy amplio, aunque no me importa que te quedes. Prepararé café, pronto estarás mejor.

Apartó la mirada, echándose a un lado y, con un gesto, la invitó pasar.

—En cuanto tu boca bese la mía, y sé que lo hará, estaré perfecta. —La mirada oscura del profesor centelleó y ella sintió sus mejillas arder. No fue consciente de haber dicho aquello hasta escuchar su propia voz. Aguardó expectante su respuesta y se desinfló al ver que él no se tomaba en serio su pasión ni su propuesta. Era cierto que su efusión había progresado debido a los efectos del alcohol, que le habían insuflado el coraje necesario para dar voz a sus pensamientos más profundos. Ante su cara decepcionada, él sonrió indulgente y la ayudó a sentarse en un sofá acolchado, color granate.

—Aunque tu propuesta suena muy tentadora, siento desilusionarte, pero no tengo la más mínima

intención de besarte ni de acostarme contigo. Ni esta noche, ni nunca.

Ella lo contempló un segundo como si sus palabras fuesen incomprensibles. No protestó ni añadió nada más, simplemente, acomodó su cabeza sobre el respaldo del sofá, entrecerrando los párpados.

Instantes después, el aroma intenso de café recién hecho le hizo recuperar la atención. Observó dos tazas humeantes colocadas sobre un mantel blanco, impoluto. Sonrió y se incorporó. Emir se sentó en el sillón situado enfrente del sofá, tomó una de las tazas, al tiempo que la contemplaba pensativo. Eva se sintió cohibida y, a la vez, muy segura de lo que estaba haciendo. Hizo el intento de agarrar el borde de la taza, pero el fuerte temblor de sus dedos la obligó desistir.

—Estás temblando, será mejor que vayas a descansar. Ven, te enseñaré la cama, yo me apañaré en el sofá.

—Tú también podrías dormir en la cama. —El tono de voz de Eva sonó dulce y sensual, y la necesidad de que tomase en serio sus avances se hizo evidente. Alargó la mano y le acariciaba la mejilla. Él le atrapó la mano y la apartó de su cara con lentitud.

—¿Por qué haces esto? —Su mirada oscura exigía respuestas—. No sé, se me hace muy raro ver que te comportas de ese modo. Por lo poco que te he conocido, no me has dado la impresión de ser esa clase de chica, ni que hubieras albergado algún sentimiento oculto hacia mí.

—Porque me gustas —respondió Eva sin dudar—. Mucho.

—Te gusto —repitió sorprendido y, quizás, ¿un poco... complacido?—. ¿Desde cuándo? Me parece a mí que las copas que os han servido en la cena llevaban demasiado alcohol, inspectora.

—Me gustas desde el momento que te escuché hablar. —Sus miradas se encontraron; la de Eva, serena, la de Emir, confusa—. No tenía previsto asistir a tu curso, lo elegí porque me sentí atraída por tu voz.

Él entrecerró los ojos, visiblemente impresionado. Abrió la boca para dar voz a sus pensamientos, pero se contuvo y volvió a cerrarla. Se puso de pie con expresión seria, la tomó de la mano y la llevó al dormitorio.

Lo primero que Eva vio fue la cama. Era inmensa. La colcha de satín dorado se conjuntaba a la perfección con las cortinas en tono verde oliva que se ondeaban alrededor de una ventana ovalada, empotrada en piedra antigua. Una luz tenue se desprendía de la pared y sobre una repisa descansaba un ramo de flores secas. La joven se sentó sobre el borde de la cama y contempló pensativa el cuarto.

—La vida es injusta —observó con tristeza.

—¿Y eso por qué? —Emir se quedó de pie con las manos cruzadas sobre su torso.

—Porque yo estoy alojada en la misma habitación con dos personas porque los empleados del hotel dijeron que no quedaban otras disponibles, y tú disfrutas de un apartamento entero para tu uso personal.

—Eva, te sugiero que dejes estos pensamientos clasistas y profundos para otra ocasión. —El profesor se acercó a la cama y se sentó al lado de su estudiante. Sus brazos se rozaron con la

cercanía y una nueva ola de tensión se cernió sobre ellos—. Yo no he pedido un trato diferente.

—Seguro que no. A los que la vida os trata bien decís siempre esa clase de cosas. —La joven aprovechó la cercanía de su cuerpo y, agarrándole la corbata, lo atrajo hacia ella—. Sea como fuera, la vida sigue siendo muy injusta.

—¿Qué pasa esta vez? —Emir suspiró resignado, aunque no hizo nada para detener sus avances. Ella le tiró un poco más la corbata y acortó la distancia entre ambos, hasta que sus caras se rozaron. Besó con mimo los labios de él y le dijo en un susurro:

—Pienso que es injusta porque me niegas mi oportunidad.

En esta ocasión, algo en la mirada oscura de Emir cambió. La situación, la cercanía de sus cuerpos encendidos, los labios de una chica atractiva sobre los suyos, sus suplicas acabaron derribando sus fuertes convicciones. Dejó de oponer resistencia a los avances de Eva y, enredando la mano en su melena, la atrajo hacia él. Selló sus labios con intensidad, los abrió con la punta de la lengua y se adentró en su boca húmeda. El beso fue acelerado, pasional e íntimo. Eva le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra su torso, respondiendo de forma necesitada al contacto. Finalmente, Emir se apartó de ella con lentitud y le preguntó con voz ronca:

—¿El mundo es un poco más justo ahora?

—Un poco, pero muy poco —respondió muy cerca de sus labios—. Dame esta noche, por favor. Te prometo que nunca la mencionaré después ni hablaremos de ella. Será como un sueño cumplido en Navidad, que, únicamente, ocurre una vez.

—No puedo —se sinceró él al tiempo que se ponía de pie y daba absurdas vueltas por el cuarto.

—¿Por qué? ¿No te gusto?

—No se trata de eso.

—Entonces... ¿de qué se trata?

—Se me ocurren mil motivos y todos bastantes serios, pero te diré las razones más importantes. La primera, no me acuesto con mujeres con las que no mantengo una relación. Y, en segundo lugar, no pienso tener ninguna clase de intimidad con mi estudiante que, para más inri, se encuentra afectada por el alcohol. Sería cómo aprovecharme de ti... y de la situación. En mi cultura tenemos unas normas muy estrictas en ese sentido, que jamás se me ocurriría incumplir.

—No te estarás aprovechando de mí... porque yo te lo estoy pidiendo. Además, ya ves, se me pasó la borrachera. Sé lo que quiero y te quiero a ti.

Emir apartó la vista de ella y se acercó a la ventana. Corrió la cortina y un espectáculo blanco deslumbraba bajo la luz de una farola. Unos copos enormes, que caían con pericia desde lo alto de los árboles, formaban un baile sinuoso, seductor. Eva se levantó y se acercó a él. Lo abrazó por la espalda, atraída como un imán por el calor que desprendía su cuerpo. Hundió la cara en sus omoplatos e inspiró con avidez su olor masculino. Dijo con voz anhelante:

—La tormenta ha remitido. ¡Qué copos más bonitos! Son mis primeras navidades con nieve, en

mi ciudad nunca ha nevado.

Él se giró hacia ella, sorprendido. Le sonrió y le tocó la punta de la nariz en gesto travieso.

—Entonces, vamos a dar un paseo para sentir la nieve en la piel. El aire fresco te hará bien.

Eva le devolvió la sonrisa presa de un inexplicable estado de euforia. No podía imaginarse en ese instante nada mejor que caminar de la mano de Emir bajo aquella hermosa nevisca. Se dejaría abrazar por las estrellas blancas y aterciopeladas, disfrutando del contacto frío que dejarían sobre la piel encendida de su cara. Y, quizás, con un poco de suerte se darían un beso apasionado y abrasador. Tendría un recuerdo inestimable que atesoraría en su corazón para siempre.

Una noche romántica bajo el cielo de Hamburgo con un hombre prohibido e inalcanzable. Con un hombre que la hacía soñar solo con hablarle. Con un hombre que, aun cuando se mantenía firme en su decisión de no corresponder a sus avances, había accedido a darle un beso.

Mientras aquellas bonitas perspectivas se apoderaban de su mente, se pusieron los abrigos y abandonaron el apartamento.

## Capítulo 9

El día de Navidad amaneció soleado. Eva abrió los ojos de golpe y, ahogando un grito, observó sobre su cintura desnuda, una mano grande, masculina, abrazada por un reloj que marcaba las seis de la mañana. Apartó con cuidado la manta y los colores subieron a su cara al percatarse de que estaba completamente desnuda. Emir dormía plácidamente a su lado y en su rostro tranquilo se reflejaba una expresión de serenidad. Se levantó con cuidado para no despertarlo y acudió al cuarto de baño. La sensación de que en cualquier momento la cabeza le iba a estallar se apoderó de ella.

Los gloriosos recuerdos afloraron en su mente, pero Eva los apartó, plenamente convencida de que la magia que había flotado sobre ellos la noche anterior se había esfumado. La realidad imponía y reclamaba restablecer el orden. La noche pasada en su compañía quedaría para siempre grabada en su corazón y, más tarde, pensaría en ella; sin embargo, en ese instante, lo único que deseaba era alejarse de él porque no tenía el valor de mirarlo a los ojos a plena luz del día.

Había compartido una noche tórrida de amor con Emir. ¡Con Emir!

Mientras recordaba los ardientes besos y las apasionadas caricias que se dieron, Eva arrojó una buena cantidad de agua fría sobre su rostro. Acto seguido, entró en la ducha y, abriendo el grifo, lo apuntó sobre su cara de manera que el chorro de agua impactase directamente contra sus mejillas. Sus sentidos se animaron y comenzaron a llegarle a la mente algunos destellos de la noche anterior. Cerró los ojos al recordar sus insistentes avances hacia el profesor. Por lo general, Eva se consideraba una chica bastante tímida, no lograba comprender de donde había sacado todo aquel aplomo y seguridad. Tragó saliva al percatarse de que el sabor a ponche de cereza persistía todavía en su boca. Una arcada la obligó a encogerse y volvió a dejar que el chorro del agua le cayera sobre la cara.

Recordó el momento cuando Pierre se propasó con ella y lo sintió como el detonante de la locura que había cometido. Apartó de su mente aquel episodio, tomando nota mental de poner distancia cuanto antes entre ella y los franceses. No eran trigo limpio.

Estudió su cuerpo desnudo y observó que tenía los pechos enrojecidos y la sombra de unos dientes perfilada en su hombro izquierdo. Se estremeció y una poderosa ola de calor la recorrió desde la planta de los pies hasta el crecimiento del cabello. Todas sus terminaciones nerviosas se tensaron al revivir el momento en que el cuerpo desnudo de Emir se había rozado con el suyo y la

sensación de plenitud que experimentó al sentirlo dentro de ella. Grande, suave, arrasador.

Llevaba dos largos meses deseando a Emir y fantaseando con él, aunque nunca se había permitido el lujo de hacerse ilusiones. Era demasiado pragmática e inteligente para caer en ese tipo de trampas. Jamás había sospechado que aquellas fantasías inocentes tendrían alguna posibilidad de éxito. El profesor era para ella una meta inalcanzable. Algo que se miraba, se admiraba desde la distancia, pero no se tocaba. Y, de pronto, la Navidad le había ofrecido la posibilidad de vivir una intensa aventura de una noche con su meta inalcanzable.

Con esos pensamientos en la cabeza, salió de la ducha y entró a hurtadillas en el cuarto. No se sentía capaz de enfrentar la realidad estando desnuda. Rebuscando entre la ropa amontonada en el suelo, encontró su vestido y el sujetador. Inspeccionó con rapidez en busca de los culotes, aunque renunció a ellos pensando que podrían estar escondidos entre las sábanas y no se atrevió a llevar su investigación hasta ese extremo.

Abandonó el apartamento del profesor Dogan midiendo sus pasos y cerrando la puerta sin apenas hacer ruido. Si alguien la hubiese observado desde la distancia podría haberla confundido con una ladrona. ¡Una ladrona sin bragas!

Momentos después entró en su propia habitación, donde los dos franceses dormían medio abrazados en la misma cama. Eva se quedó con la vista clavada en los torsos desnudos de los chicos, que sorprendían a la vista con la posición en la que se encontraban.

¿Tendrían Jean y Pierre algún tipo de relación? Entonces, ¿por qué Pierre se le había insinuado? La palabra «trío» le provocó un terrible dolor de cabeza y se apresuró a vestirse.

Dos horas más tarde los huéspedes abandonaban el hotel repartidos en varios grupos. La nevada se había detenido y la niebla se había disipado por completo. El aeropuerto abrió sus puertas y los vuelos retrasados comenzaron a despegar. Eva se despidió de Pierre y Jean, puesto que el vuelo de ellos salía antes que el suyo. No mencionaron la noche anterior, si bien una especie de tensión se hizo notable entre los jóvenes. Eva sabía que, después de esa noche, la relación entre ellos no sería la misma.

Mientras se disponía a esperar su vuelo, sentada en una silla de plástico, lo vio. Su simple presencia, a varios metros de distancia, le provocó una sacudida en el medio de la columna vertebral. El corazón se le aceleró en el pecho y la sangre comenzó a galopar con fuerza en sus venas. Emir vestía igual de impecable que cualquier otro día, ninguna arruga se apreciaba sobre la tela de su traje. Su aspecto era fresco y descansado. Al verlo tan lejano e inaccesible, Eva dudó de que la noche anterior hubiese existido. Dejó prácticamente de respirar cuando notó su mirada oscura cruzarse con la suya. Podía ver con claridad la intensidad, reticencia y frialdad que emanaban sus ojos. Enviaban un mensaje del tipo: «me acuerdo de ti, pero no tienes ninguna importancia para mí». Hizo un gesto imperceptible de saludo con la cabeza, al que ella no fue capaz de responder.

Por megafonía llamaron su vuelo y Emir rompió la pequeña conexión formada entre ambos. Apartó la vista sin hacer un gesto mínimo de despedida con la mano. Giró sobre sus talones y,

avivando el paso, se alejó en dirección a la cola formada por los pasajeros que volaban a Estambul. Eva se sintió dolida, aunque, a la vez, aliviada. El temido encuentro había tenido lugar y no se había provocado el fin del mundo. Ambos eran adultos, era lógico que trataran con normalidad una noche de pasión sin importancia.

La americana lo siguió con la mirada contemplando con detenimiento su trasero firme y prieto, evidenciado por su impecable pantalón. Atesoró en su memoria todos los detalles posibles con el fuerte convencimiento de que disfrutaría de ellos en sus horas más bajas, las que, con seguridad, vendrían.

Cuando anunciaron por megafonía que su propio vuelo estaba a punto de despegar, Eva dejó de pensar en Emir y se preparó para volar a su casa.

«Lo que pasó en Hamburgo se queda en Hamburgo», pensó esperanzada.

Así era como tenía que ser.

## Capítulo 10

Emir llegó a su casa, pasadas las dos de la tarde. Era Navidad, aunque para los Dogan no se trataba de un día especial, puesto que eran musulmanes y esa fiesta cristiana carecía de un significado especial en su religión. A pesar de ello, desde hacía algún tiempo, Hazan mandaba a preparar una comida especial y en la casa se respiraba un cierto aire festivo. Papa Noel existía, aunque la costumbre en Estambul exigía que los regalos se repartiesen el último día del año, en vez de en Nochebuena.

Antes de entrar en la casa, Emir se detuvo unos instantes en el jardín, su lugar favorito. Desde la posición elevada de la propiedad se desplegaba la intensidad verde oscura del mar del Bósforo, que, debido a la ilusión óptica, parecía estar tan cerca que casi se podía tocar con la mano. Suspiró y se friccionó con las yemas de los dedos el puente situado entre la nariz y los ojos, gesto que denotaba preocupación.

De forma irremediable sus pensamientos volaron a Eva. ¿Cómo había podido dejar que aquello ocurriese? Ella tenía justificación, era una chica joven, inexperta y... algo afectada por el alcohol. ¿Pero él? Por el amor de Dios, era un hombre hecho y derecho, de treinta y seis años. Además de ser su profesor. Ella había confiado en él, ya que, por muy ebria que estuviera, había tenido la suficiente entereza para huir de Pierre al percatarse de sus intenciones. Había eludido a un tierno cordero para acabar dentro de la boca del lobo. Sí, del lobo, porque eso es lo que era. Todas aquellas reflexiones provocaron que la crispación se adueñase del cuerpo de Emir mientras se sentaba en el borde de un banco de madera. Buscó en su memoria algo amable que añadir en su defensa para acallar el sabor amargo de la culpa. Un dato a su favor era el hecho de que había intentado disuadirla, resistiendo sus encantos y deteniendo sus avances no una vez, sino en varias ocasiones. No supo con certeza lo que había provocado su rendición final: si la ilusión óptica del manto brillante de nieve que cubría los alrededores del hotel, la risa de felicidad de Eva al jugar con los copos esponjosos que le caían con gracia sobre la nariz enrojecida por el frío, o su manera de tumbarse sobre la nieve para hacer figuritas con las manos. Le costaba creer que él, Emir Dogan, un empresario de renombre internacional, profesor de Economía aplicada y agá de su pueblo de Capadocia, se hubiera batido con bolas de nieve con una de sus alumnas y hubiera hecho el ángel junto a ella, tumbado en el patio nevado de un hotel de Hamburgo. Había seducido a una estudiante suya, besándola como si no hubiera un mañana sin importarle las consecuencias

de sus actos.

Emir soltó un largo suspiro deseando poder sacarse de la cabeza el modo como se había provocado aquella locura, pero el hilo de sus pensamientos se estancó en la gélida noche de la ciudad alemana. La imagen de Eva y él tumbados boca arriba con las manos extendidas alrededor del cuerpo, contemplando fascinados el inmenso cielo de Hamburgo, que lucía plagado de estrellas, le llegó al alma. Recordó que el aire era glacial y, por lo tanto, no era en absoluto una noche ideal para yacer entre montañas de nieve.

Entonces, ella se había inclinado sobre él y le había rozado los labios con los suyos. No era la primera vez que lo besaba esa noche, aunque en esa ocasión, su beso tenía un matiz diferente. A cinco grados bajo cero, los labios de la joven estaban helados por el frío, por lo que Emir se los calentó hasta que los notó pegarse sobre los suyos y, ya cuando fue consciente de lo que estaban haciendo, se estaban dando un beso en toda regla. Disfrutaron de una deliciosa sensación de deleite, donde la combinación hielo-fuego resultó arrolladora.

«Solo será un beso, no la tocaré», se había dicho el profesor con convencimiento al encontrarse en su dispersa cabeza con algo de cordura.

No obstante, en vez de ser fiel a sus recientes pensamientos y frenar el arrollador avance, le cogió las mejillas en sus manos, y su tacto helado le provocó un ramalazo de deseo en su interior.

Entonces, se miraron. Los ojos de Eva, oscurecidos por la pasión del momento, parecieron absorberlo todo con una intensidad desbordante. No habló, aunque su mirada lo hizo por ella. Le pedía esa noche, y se la pedía de verdad. A partir de ese tácito acuerdo, Emir dejó de atender la voz de su consciencia y se dejó atrapar por los destellos de la nieve. Le hizo el amor a Eva allí mismo, en el suelo helado, tumbados sobre el chaquetón de plumas de ella. No se quitaron la ropa, solo lo necesario para unirse en el íntimo contacto. La experiencia fue alucinante porque el calor de sus cuerpos encendidos por la pasión contrastaba con el aire cortante que les azotaba las caras encendidas por el esfuerzo. Emir la amó con las manos, acariciándole la piel por debajo de su vestido hasta que notó su cuerpo joven derretirse. Se hundió en su interior abriéndose paso con su miembro gélido, primero con dificultad, pero, conforme movían sus caderas buscando encajar, se fue adentrando en su calor húmedo. El baile de embiste y retirada le provocó un intenso placer que casi lo hizo estallar. Entonces, se retiró para prolongar el momento y volvió a penetrarla, dejándose llevar por sus instintos. Sus bocas se volvieron a buscar, uniéndose con una pasión abrasadora.

Emir no era hombre de orgasmo fácil, en su afán de estar siempre al mando, le costaba dejarse ir. Disfrutaba del acto sexual en sí, pero pocas veces lograba la rendición final. No albergaba esperanzas de tener uno en ese instante y, menos a aquella baja temperatura, pero para su sorpresa lo tuvo. Por muy extraño que fuese, disfrutó de un intenso orgasmo, casi violento. Mientras se vaciaba en su interior, experimentó la sensación de que el látex de su preservativo cedía. Ante la duda tuvo el impulso de retirarse; pero fue sorprendido por el éxtasis de Eva, que en ese instante lo arrastró como un fuerte oleaje. Emir le siguió la corriente, dejando de lado sus preocupaciones.

Retomó el compás, acoplando sus caderas al ritmo abrasador de Eva. Se amaron con fervor hasta que sus cuerpos dejaron de convulsionarse, olvidando por completo el lugar donde se encontraban y las consecuencias de un preservativo roto.

En este momento, desde la lejanía, una pequeña duda se coló en su cerebro y le infundió una buena dosis de arrepentimiento.

¿Y si...? No, imposible. Completamente imposible.

Unos pasos que se acercaban lo sacaron de sus conjeturas. Levantó la vista y se encontró de frente con la dulce Umay, quien se sentó a su lado cargando con mimo el bebé de cerámica en sus brazos. Emir le dio un beso en la mejilla, sonriendo compasivo.

—Has vuelto —apreció aliviada, sin apartar la vista del bebé—. Hemos estado muy preocupados por ti.

—No teníais por qué, solo me he retrasado un día. Además, anoche llamé para avisaros que los vuelos se habían suspendido.

—Aun así. —Umay lo miró directamente a los ojos y la preocupación que Emir encontró en sus ojos lo conmovió—. El bebé y yo hemos estado muy intranquilos.

Emir pestañeó nervioso. Se tomó su tiempo antes de contestarle porque no deseaba lastimarla, pero tampoco le apetecía ser partícipe de su juego. Después de reflexionar un instante, alargó las manos y cogió con delicadeza el muñeco de sus brazos, para dejarlo apartado. A continuación, demandó su atención con gesto serio, le tomó el mentón entre sus dedos y acercó su cara a la de ella. Notó que se tensaba y en sus ojos almendrados apareció un pequeño atisbo de confusión.

—Umay, no hay ningún bebé en nuestras vidas, lo siento. ¡No lo hay! —Levantó la voz y, al notar que ella comenzaba a temblar, la abrazó con delicadeza y añadió en un susurro—: No lo hay. Lo siento. Es un muñeco, deja de verlo como a un bebé, te hace daño.

Umay enterró la cara en su pecho y comenzó a sollozar.

—Lo sé, solo que... alivia un poco mi pena —gimoteó presa de una visible desesperación, apretándose contra él con mucha fuerza.

—Umay, estoy muy preocupado. ¿Qué voy a hacer contigo? Eres demasiado joven para desperdiciar tu vida del modo que lo estás haciendo. Tienes que salir de casa, conocer gente. Aquí encerrada con el muñeco en tus brazos, te volverás loca. Sabes que yo no te culpo, simplemente, tuvimos que separar nuestros caminos a causa de la responsabilidad que tengo con mi pueblo en Capadocia. Necesito un heredero y tú no puedes dármelo, lo siento, pero debes aceptarlo.

Ella se desprendió de sus brazos y lo miró asustada.

—¡Por favor! No me devuelvas a mi familia. Mi padre y mis hermanos me castigarán por no haber sido capaz de darte un heredero. —La voz de Umay se quebró. Él le cogió las manos entre las suyas, apresurándose a tranquilizarla.

—No temas, no te devolveré. Pero es necesario que reconstruyas tu vida. Ya conoces mi situación. El clan Dogan no puede perdurar en el tiempo sin un heredero. Siento mucho que las cosas hayan sucedido de este modo, pero no está en mis manos resolver el problema. Has sido mi

mujer, hemos compartido cinco años de matrimonio que fueron buenos años, pero ha llegado el momento de que aceptes la realidad porque llevamos mucho tiempo, separados. Si después del divorcio he accedido a que sigas viviendo con nosotros, no lo hice para alentar tus expectativas, sino para protegerte de los tuyos. Y tú lo sabes mejor que nadie, Umay. Tenemos que ponernos de acuerdo con respeto a tu futuro, he pensado comprarte un piso, podrías retomar tus estudios y rehacer tu vida. Yo correré con todos tus gastos hasta que sea necesario.

—Emir, nunca he vivido por mi cuenta. No quiero irme de aquí. Dame algo más de tiempo, por favor.

—Han pasado tres años desde nuestro divorcio, el tiempo corre en nuestra contra, Umay, cuanto más retrases el momento, más difícil se te hará. Al menos, da un paso; en enero podrías apuntarte a la universidad. Si no quieres que el cambio sea brusco, comienza a estudiar y, después de un tiempo, te independizarás. ¿De acuerdo?

Ella asintió, luciendo en su rostro una mirada derrotada. Visiblemente afectada, cogió al bebé, lo miró un par de segundos con máxima atención, después lo arrojó en sus brazos y se alejó.

Emir dejó de admirar el Bósforo y entró en la casa, donde lo esperaba su padre, sentado en la silla de ruedas. Avivó el paso y se acercó a él. Cogió la mano derecha del patriarca, la besó con respeto y, acto seguido, se tocó la frente con ella, gesto que significaba respeto y bendición. Su padre hizo un intento de sonrisa que se quedó congelada en su rostro impasible. Emir buscó su mirada y la encontró humedecida por la emoción. Era su manera de entusiasmarse por su regreso.

—Papá, me alegro mucho de verte. —Empujó la silla de ruedas a la mesa y la acomodó al lado de su asiento—. Tienes buen aspecto hoy. Mira, parece que comeremos cordero asado, tu favorito.

—Claro que tenemos cordero, es Navidad. —Su madre entró en escena, ataviada con un elegante vestido color dorado y multitud de joyas de oro que brillaban de forma ostentosa alrededor de su cuello y sus muñecas—. Y también solomillo de ternera, tu carne preferida.

Emir se levantó para cumplir con el gesto de rigor ante su madre. Le besó la mano con afecto, alabando su aspecto, sabiendo que ella deseaba escuchar aquellos cumplidos por parte de su único hijo, al que adoraba. Hazan sonrió complacida y, tras el escaneo de rigor, su cara adquirió una mueca disgustada:

—Pareces cansado. El aire de Alemania no te favorece. No vayas más.

—Mamá, tengo treinta y seis años. Deja de comportarte conmigo como si fuese un niño. Sé lo que hago.

—Sí, estoy segura de que lo sabes —enfaticó, al tiempo que tocaba las palmas y pedía con voz autoritaria—: A comer. Todo el mundo.

Momentos después, la familia Dogan daba cuenta de una comida excelente. Hazan reía complacida al ver que sus seres queridos disfrutaban del menú que ella había elegido para la ocasión. Felicitó a la cocinera y ayudó a su marido a tomarse la sopa. Después, regañó a su sobrina por haberse dejado demasiada comida en el plato y le sirvió a Emir otra loncha de su carne favorita. Por último, se acordó de su exnuera. Le bastó una mirada para darse cuenta de que

no tenía un buen día. Umay tenía la mirada perdida y jugueteaba con la carne en el plato. Le envió una mirada de advertencia, puesto que no quería que Emir se preocupase por ella. Umay no captó su mensaje ni dio señal alguna de que notara los golpes de rodilla que su exsuegra le propinaba por debajo de la mesa. Simplemente, permanecía erguida en la silla, contemplando de manera ausente su plato.

—Umay, querida, la comida se va a enfriar —le advirtió Hazan en tono autoritario.

La joven despertó del estado letárgico y un intenso rubor se apoderó de sus mejillas al sentir las miradas de los comensales puestas en ella. Al instante, sus ojos aterciopelados color miel se llenaron de lágrimas que, por mucho que se esforzó, no pudo reprimir. Cogió al bebé con cuidado y se alejó junto con él, sin despedirse ni ofrecer explicación alguna del porqué de su comportamiento.

Tras su marcha, Emir perdió el apetito. Dejó el tenedor y el cuchillo sobre el borde del plato, esperando resignado los comentarios de sus familiares, que sabía que no tardarían en aparecer. Antes de su marcha a Hamburgo había sospechado que Umay tenía síntomas de una recaída; pero no creyó que fuera una tan importante.

¿Qué podía hacer con ella?

—Emir, ha llegado la hora que soluciones este asunto. —La voz de su madre sonó decisiva, señal de que había que tomarla en serio—. Umay se está inventando una vida de fantasía... contigo y con el niño. Se pasa el día encerrada en su cuarto, con la única compañía del muñeco, al que le habla y cuida... a su manera. No le hacemos ningún bien permitiéndole que su vida siga adelante como si el divorcio nunca hubiera existido.

—Lo sé —admitió su hijo, al tiempo que se armaba de paciencia para aguantar las miradas cargadas de lástima de los suyos—. Antes de comer he hablado un poco con ella en el jardín. No quiere independizarse, ni abandonar esta casa. Me da pena obligarla.

—Mientras tú sigues soltero y sin compromiso, claro que no quiere —entró en la conversación su hermana—. Emir, es más que obvio que ella te sigue considerando su marido y, para que esto cambie, debes tomar medidas al respeto. Medidas serias y drásticas, que no admitan un no por respuesta. Además, deja de preocuparte tanto por su situación y vela por la tuya. Nuestra familia necesita un heredero y lo necesita ya, Emir. En Capadocia se escuchan rumores.

—¿Qué tipo de rumores? —El tono de voz de Emir subió un par de grados en intensidad. Su cuñado le puso una mano en el brazo en son tranquilizador.

—Emir, es hora de que tomes conciencia del asunto —le aconsejó su hermana más calmada—. En el pueblo se rumorea que no puedes concebir. De tanto pensar en el bien de Umay, te estás perjudicando a ti mismo y, de paso, a toda nuestra familia. Y sabes que solo existe una forma de calmar los ánimos: demostrando que sí puedes. Debes llevar ante ellos la canasta con el niño y ofrecérsela al pueblo. Kays necesita una promesa de futuro y un líder fuerte.

El aludido quedó consternado, visiblemente sorprendido ante las recriminaciones veladas de su familia. Hazan apartó el plato y lo miró con intención a los ojos.

—Lo que tu hermana trata de decirte es que debes casarte lo antes posible y traer un niño de verdad a esta casa. De lo contrario, nuestro clan se rebelará. Sabes que, para que la tradición siga adelante, es necesario que dejes tu legado. Es la costumbre y es sagrada.

—Sé lo que pide la tradición, desde que tengo uso de razón os asegurasteis de que la responsabilidad pese sobre mis hombros, como una sombra, callada y oscura. Lo que no entiendo es por qué me estáis presionando —estalló Emir colérico. Se levantó de la silla con brusquedad con la intención de abandonar el comedor, pero al encontrarse con la mirada vidriosa de su padre, volvió a sentarse. No podía decepcionarlo ni eludir, aunque fuese de forma temporal, sus responsabilidades.

Y en ese instante, Emir tomó conciencia de que su vida debía cambiar. Era necesario dejar los compromisos cotidianos de lado y centrarse en la búsqueda de una mujer de quien enamorarse y con quien forjar un futuro. Una mujer fuerte, inteligente, apta para concebir. Una mujer capaz de comprender el alcance de sus compromisos, capaz de caer bien a sus familiares y al pueblo de Kays. ¿Existiría una mujer así en el mundo? Si era así, ¿dónde se encontraba?

## Capítulo 11

¡No puede ser! ¡Otra vez, no!

Unas ganas repentinas de vomitar asaltaron a Eva, por lo que se dobló sobre sí misma y acudió al cuarto de baño a tropezones. Se arrodilló delante del váter y comenzó a vomitar de forma violenta. Pensó, desolada, que debía de tratarse de algún virus, ya que ese día no había probado bocado y era la cuarta vez que devolvía.

Pasó el resto del día en la cama, apática y aletargada. El mes de enero estaba a punto de finalizar y tenía exámenes parciales, pero, por mucho que lo había intentado, no había sido capaz de reponerse.

Al día siguiente, la joven decidió acudir al centro sanitario del campus. Su estado de salud no daba señales de querer mejorar y, tras dos días sin acudir a clases, necesitaba un justificante médico para las ausencias. Media hora más tarde salía de la consulta aturdida. Sus pies caminaban despacio, su corazón latía con fuerza, pero su cerebro estaba detenido. Las palabras de la enfermera le provocaron una buena dosis de consternación.

—No tienes ningún virus... estás embarazada.

—¿Embarazada? —había balbuceado atónita, incapaz de comprender el sentido de aquella palabra—. ¿Cómo es posible?

En cuanto hizo la pregunta, cayó en la cuenta de que sonaba ridícula. La enfermera, tras examinarla de hito en hito, había preguntado con gesto serio:

—¿Cuándo fue la última vez que mantuviste relaciones sexuales?

Eva arrugó el entrecejo y pensó en su último novio, Alex. No era posible, habían dejado la relación en agosto... De pronto, un rayo de luz iluminó su cerebro y se acordó de la noche pasada en compañía de Emir. Habían mantenido relaciones sexuales una sola vez. Recordó con certeza que él había usado protección. La aventura de Hamburgo podría llamarse improvisada y cargada de locura, aunque tuvieron la suficiente entereza para tomar precauciones.

Entonces, ¿cómo era posible que estuviera encinta?

—En Nochebuena —murmuró aturdida, ante la mirada expectante de la enfermera, que había tomado aquel prolongado silencio por una lista interminable de amantes con los cuales la estudiante embarazada habría mantenido relaciones íntimas.

—¿Tomas la píldora? ¿Algún otro método anticonceptivo? —El tono de voz de la enfermera

sonó severo y su gesto acusador. Y Eva no podía culparla—. Estás de unas cinco semanas, puede que incluso menos.

A continuación, la enfermera desplegó ante ella una multitud de folletos con dibujos de fetos de semanas de gestación, golpeado con el dedo y subrayando los datos que Eva, como recién embarazada, debía conocer. Le recetó ácido fólico y le firmó un pase para acudir a una clínica ginecológica, donde una médica obstétrica debía reconocerla. Eva salió de la consulta atónita, sin poder creer que aquello le sucediera a ella. Caminó un tiempo sin rumbo por el campus, tratando de asimilar la noticia.

¡Embarazada! ¡De un profesor!

Su cuerpo entero se tensó como si hubiera rechazado aquella posibilidad. Comprendió que no le servía de nada negar lo evidente puesto que «el enorme problema» que le había caído encima convivía en su cuerpo y, por más que deseaba librarse de él, no lo lograría por arte de magia. Los pensamientos comenzaron a multiplicarse en su cabeza y notaba cómo las venas le latían con fuerza en las sienes. Su situación no era para nada alentadora: se encontraba sola, en un país extranjero y, hasta que el posgrado no finalizase en el mes de abril, no podía regresar a casa. Y para eso quedaban cuatro largos meses.

¿Qué podía hacer? Tener el niño era imposible. ¡No a esa edad! No con un hombre que apenas conocía. No tenerlo parecía también muy complicado. Ni siquiera sabía si en Alemania el aborto era legal y la actitud rígida de la enfermera del campus le había impedido informarse en ese sentido. Además, no tenía dinero. Y no quería siquiera recordar que era católica. Nunca había pensado en tener hijos, aunque tampoco en no tenerlos. Dios, ¿por qué aquello era tan complicado?

Cuando sus ánimos se calmaron un poco, la joven se preguntó si debería hablar con Emir. Ante esa embarazosa posibilidad notó sus mejillas incendiarse. Desde el comienzo de las clases, el día 15 de enero, habían coincidido en dos ocasiones. Emir evitaba mirarla directamente a los ojos y apenas reparaba en ella, como si la noche de Hamburgo nunca hubiera existido. En un principio, Eva se había sentido decepcionada, aun cuando no había esperado fuegos artificiales ni serenadas bajo su ventana. Había blindado sus propios sentimientos que, dicho fuera de paso, eran bastantes incoherentes, fingiendo indiferencia y tratando de aparentar que la noche de Hamburgo estaba más que olvidada. A pesar de incendiarse por dentro cada vez que lo veía, se había cuidado de no mostrar sus verdaderos sentimientos, procurando comportarse con normalidad. Estaba haciendo lo correcto. Habían disfrutado de una noche de pasión junto a la promesa de no volver a mencionarla y no le parecía justo ponerlo en un aprieto, así que se había limitado a fingir indiferencia.

A veces, la imponente presencia de Emir le debilitaba la voluntad y le costaba un mundo mantenerse en su posición. Se cuidaba de no coincidir con él, evitando entrar en la sala antes que sus compañeros y se aseguraba de no abandonar tarde el anfiteatro. Se perdía entre las decenas de estudiantes que frecuentaban el curso del profesor turco y no participaba de forma activa en las clases por miedo a que su voz la delatase. Lo que había ocurrido en Nochebuena era una locura y,

en ocasiones, ponía en tela de juicio si aquello había acontecido de verdad.

Tras dos horas angustiosas de dudas y remordimientos, Eva decidió llamar a su hermano para desahogarse y pedir su consejo. Se enfrentaba al peor dilema de su vida y, aun cuando sabía que le caería un buen sermón, se armó de valor y marcó el número de Daniel.

—Voy a matar a ese cabrón —gritaba este al teléfono cinco minutos después—. Cogeré el primer vuelo para Hamburgo y lo estrangularé con mis propias manos. No por haberse acostado contigo, a ver si me entiendes —suavizó el mensaje tras escuchar a Eva sollozar al otro lado de la línea—. ¡Lo mataré por imbécil! ¡Por no haber tomado precauciones!

—Daniel, por favor. Te he llamado porque necesito un consejo, no un sermón. No me grites, te lo ruego, haces que me sienta peor de lo que estoy.

—Cuéntaselo al cabrón —espetó su hermano de nuevo y Eva casi podía vislumbrar a través del auricular cómo sus ojos chispeaban de rabia—. Aun cuando haya sido una aventura, tiene que saberlo. Ya entre los dos decidiréis. ¿Quién es? ¿Tu novio?

—No hay nada que decidir, y no, el hombre con quien me acosté en Navidad no me debe nada. Tampoco pienso echarle toda la culpa de la protección a él. Aparte de que no es mi novio. —La voz de Eva sonó rota y angustiada—. Y, aun si lo hubiese sido, no se me pasaría por la cabeza tener al bebé. Dios, tampoco quiero matarlo, lo único que deseo es que desaparezca de mi interior y que todo vuelva a la normalidad. No me merezco este castigo. ¡Tan solo nos acostamos una vez! —estalló enfadada.

—De todos modos, Eva, mi consejo es que hables con él; sería lo más correcto. Aun cuando haya sido una sola vez, ya ves que, a efectos secundarios, cuenta igual que si hubiesen sido cinco. Si este cabrón te da la espalda, avísame y salgo para allá para ponerlo a su sitio. Si fue tan hombre para seducirte, que lo sea de igual modo para responsabilizarse de sus actos.

—Vale, me has convencido, hablaré con Emir —anuncio su hermana, sonándose la nariz—. Aunque no conseguiré dar con él antes del lunes. Es que... vive en Turquía y únicamente acude al campus los lunes.

—¿Te has acostado con un... turco? —La voz de Daniel sonó sorprendida, más incluso que al enterarse del embarazo de su única hermana—. ¡¿Con un turco?!

—Sí, con un turco, ¿vale? ¿Dónde está el drama?

—Ahora sí que me embarco en el primer vuelo para Hamburgo. Este cabrón turco me escuchará.

—No es ningún tipo de cabrón. Es mi... profesor de Economía aplicada.

Al otro lado de la línea se produjo un prolongado silencio. A pesar de la situación, Eva esbozó una pequeña sonrisa, puesto que no era habitual que Daniel se quedase mudo.

—¿Daniel, sigues ahí?

—Sigo, Eva, aunque mi intuición me pide mover el culo y coger el primer vuelo para Hamburgo.

## Capítulo 12

Emir se remangó su camisa y, mirando el potente reloj suizo que abrazaba su muñeca, observó que eran casi las cinco de la tarde. Decidió quedarse un par de horas más en su despacho para corregir los exámenes parciales. Estaba contento con la evolución de sus estudiantes, ya que no solo habían aplicado con éxito la teoría adquirida, sino que habían ideado conceptos y teorías nuevas y sobre la economía aplicada. Escuchó unos golpes suaves en la puerta y, unos segundos después, Eva hizo su aparición.

Sin poder evitarlo, Emir se tensó. Había procurado olvidarse de la noche en el hotel Mercury, pero algo en su interior se resistía. Intentaba autoconvencerse de que se había tratado de una simple aventura de la que, de común acuerdo, decidieron no acordarse y que no volvieron a nombrar. Desde entonces, habían coincidido en dos ocasiones y ambos habían actuado como si esa noche nunca hubiese existido.

—Profesor, ¿puedo pasar? —El gesto de Eva era tenso y su voz sonó débil, casi apagada.

—Claro, Eva, por favor —la invitó con un gesto cortés—. ¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza y tardó unos segundos antes de entrar. Finalmente, dando un paso al frente, cerró la puerta tras ella sin hacer ruido. Emir se levantó de su asiento y le ofreció una silla situada enfrente de su escritorio. Eva le agradeció el gesto y tomó asiento, inspirando con profundidad. Tenía una apariencia extraña, como si un manojito de nervios se agitase en su interior.

—Necesito que hablemos de... algo personal. —La estudiante se sonrojó de forma violenta y, clavando la vista en sus manos, que se retorcían en su regazo, añadió—: Es sobre Nochebuena.

Un silencio incómodo se instauró entre ambos. Emir se sentía cada vez más desconcertado, pues no lograba entender su aprieto ni lo que esperaba de él. Eva parecía realmente angustiada por algo que había ocurrido semanas atrás. Esperó paciente a que ella levantase la vista y, cuando lo hizo, la miró con franqueza a los ojos.

—Esa noche fue un error. —Emir se pasó la mano por el pelo, aparentando incomodidad—. Lo siento. Si te sirve de consuelo, estoy muy arrepentido. Tú tienes tu justificación, estabas exaltada y te dejaste llevar por las fantasías románticas provocadas por el entorno y la impresión de sentir que aquella era la oportunidad de la que tanto hablabas. Me temo que el manto blanco, las estrellas y la euforia de la Navidad te hicieron ver la situación un tanto distorsionada. Yo debería haberlo parado, pero tu pasión fue tan arrolladora que me arrastró.

—No, no te culpes, por favor. —La joven negó de forma enérgica con la cabeza y una media sonrisa hizo acto de presencia en sus labios—. Lo que pasó en Hamburgo se queda en Hamburgo. Es muy caballeroso por tu parte querer asumir toda la culpa, pero yo estuve allí contigo y sé que fui la tenaz impulsora de nuestra pequeña aventura. Deseé de verdad que aquello sucediese y fueron momentos mágicos y especiales que guardo con mucho cariño entre mis recuerdos. No me he arrepentido ni una sola vez y lamento si te he dado la impresión de que he venido aquí para juzgarte. Tampoco deseo ponerte en un aprieto; de hecho, nunca iba a sacar el tema, si no fuese por... —Eva se mordió el labio inferior con dureza en actitud reflexiva—. Si no fuese... porque estoy embarazada.

—¿Embarazada?! —Los ojos oscuros del profesor se agrandaron tanto que parecían dos círculos giratorios que la miraban perplejos—. ¿Embarazada? —Volvió a repetir, confuso.

La reacción desconfiada del profesor hizo que el cuerpo de Eva se crispase. Se sintió dolida, aun cuando, evidentemente, no había esperado flores y corazones, ni que su profesor saltase sobre una pierna de alegría. En todo caso, Daniel había estado en lo cierto al afirmar que, si dos personas mantenían relaciones íntimas, daba igual una vez que cinco, aquella posibilidad existía de igual modo.

—Sí, embarazada —reafirmó un tanto molesta, acentuando la tan temida palabra más de la cuenta. Estaba arrepentida de habérselo contado, pero era tarde para retractarse. Pensó afligida en batirse en retirada, aunque era necesario hacerlo de forma decorosa—. Por muy increíble que parezca, es la verdad. Recuerdo que utilizaste preservativo, te aseguro que mi asombro es igual de grande que el tuyo. Estoy incómoda con la situación, tanto o incluso más que tú. No quiero nada de ti, solo pensé que deberías saberlo.

—Pero ¿estás completamente segura? ¿Te has hecho las pruebas? —preguntó él más sosegado cuando consiguió sobreponerse al aturdimiento inicial.

—Hace un par de días comencé a encontrarme mal y, pensando que se trataría de algún virus, acudí al centro de salud. La enfermera me hizo unas pruebas rutinarias, y en una de ellas saltó la alarma. Es alucinante lo mucho que puede desvelar una muestra de sangre sobre el ser humano. Los resultados confirmaron en la misma cita que estoy encinta de unas cuatro semanas aproximadamente. Imagina lo que he sentido al saber que, en vez de un resfriado común, mi cuerpo incubaba... un niño. Fue como si un jarro de agua fría se hubiera caído sobre mí, aun no me he recuperado de la impresión. Soy muy joven, nunca he estado embarazada y la verdad es que desconozco cómo gestionar este grave problema que se me ha echado encima. —Las lágrimas se agolparon en sus ojos y Eva detuvo su respiración ante las intensas ganas de llorar que se apoderaron de ella.

Emir le acarició en rostro con delicadeza, pero no fue capaz de articular sonido alguno para reconfortarla. Era indudable que había quedado aturdido. Acto seguido, se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Eva se enjugó las lágrimas, odiando el espectáculo melodramático que estaba ofreciendo. Más calmada, se limitó a contemplar el aspecto impecable de aquel hombre,

visualizándose a sí misma a mil años luz de él. Su impecable camisa en tono azul marino se perdía dentro del pantalón del mismo color, que se acoplada como un guante a sus caderas. Un cinturón de piel, en suave tono marrón canela, delimitaba las dos prendas y, como era habitual en él, ninguna arruga se apreciaba sobre su vestimenta. Observó distraída cómo posaba las palmas de sus manos sobre el borde de la ventana y se quedaba en actitud pensativa. Después, dándose la vuelta, se acercó a ella con lentitud. Se sentó de cuclillas y, cuando sus rostros quedaron a la misma altura, repuso en tono serio:

—Eva, necesito hacerte una pregunta. Es muy importante que me digas la verdad. Tranquila, ¿vale? Sea cual sea tu respuesta, prometo apoyarte y ayudarte en todo lo que necesites. —El profesor le cogió una mano entre las suyas y se estremeció al notar su piel fría como el hielo. Le apretó los dedos infundiéndole fuerza y, cuando obtuvo su completa atención, continuó—: ¿Estás segura, al cien por cien, de que el niño es mío?

La pregunta se quedó suspendida en el aire y, si las miradas tuviesen el poder de asesinar, Emir estaba seguro de que el verde intenso que habitaba en los ojos de Eva lo hubiese matado con un solo destello. El gesto de ella se tensó, indicativo claro de que la pregunta la había ofendido. Emir deseó haberla hecho con más tacto, aunque ¿de qué modo se podía preguntar aquello para que no doliera? La tensión fue interrumpida por el ruido de la silla de Eva, que chirrió cuando ella se levantó bruscamente con la clara intención de abandonar el despacho. Emir no tardó en alcanzarla y, cogiéndola por la curva del brazo, provocó que ella detuviera sus pasos y se girase hacia él. Sus miradas chocaron, intensas, abrasantes y serias. Eva rompió el silencio, deseando alejarse cuanto antes de allí.

—Emir, he cometido un error en venir a buscarte para hablarte de mi problema. Olvida todo lo que te he contado, no necesito tu ayuda ni tu compasión. Soy una mujer adulta y, como ya te dije aquel día, asumo toda la responsabilidad de lo que ha pasado entre nosotros, así que seré fuerte y me encargaré de esto a mi manera.

Emir posó las manos en sus hombros, demandando su atención. Cuando habló, su voz sonó clara y segura, una de aquellas que no aceptan un «no» por respuesta.

—Me has entendido mal y es comprensible. Lo siento, pero de ninguna manera me quedaré fuera de esto, así que te propongo ir a un sitio tranquilo para hablar. Es demasiado tarde para retractarte y, aun cuando quisiera, jamás podría olvidarlo.

Eva se limitó a asentir, incapaz de gestionar las intensas emociones que se apoderaron de su interior. Experimentaba algo similar a un recorrido en montaña rusa, donde sus ánimos decaían y se levantaban con rapidez y la sensación de derrota, decepción e ilusión se entremezclaba en su cabeza y la dejaba aturdida.

## Capítulo 13

U nos instantes más tarde, Emir cogió su americana y, posando su mano en la parte baja de la espalda de Eva, abandonaron su despacho. A esa hora tardía, los pasillos de la facultad estaban desiertos y poco iluminados, quedando solo algún anfiteatro ocupado. Bajaron los escalones en silencio y, accediendo al patio trasero, fueron recibidos por una ráfaga helada de aire que se estampó contra sus rostros de forma agresiva. Ella se subió la cremallera de su chaqueta hasta el cuello y metió las manos en los bolsillos laterales de la prenda. Su nariz se tornó roja al momento, y su cara se crispó a causa del cortante frío. Emir, por su parte, se abotonó la americana de *tweed* y enrolló alrededor de su cuello un fular, arrepentido por no haberse puesto el abrigo.

—En la avenida cogeremos un taxi —propuso él, encaminando sus pasos en esa dirección.

Ella se acopló a su ritmo, pero no consiguieron encontrar ninguno disponible. Finalmente, dejaron las pretensiones de ir a un buen local de lado y entraron el primer establecimiento que encontraron abierto. Se trataba de un bar pequeño y acogedor que servía comida rápida. Eligieron una mesa apartada y pidieron una infusión caliente y dos raciones de pastel de pollo y zanahoria, puesto que la camarera lo recomendó con mucho ímpetu. Cuando la sensación de incomodidad se fue disipando, Emir rompió el silencio:

—Eva, si he herido de algún modo tus sentimientos, te pido disculpas, no fue mi intención. Apenas nos conocemos y vivimos una situación muy íntima. Mira, te propongo una tregua. Comencemos por hablar de nosotros, de ese modo será más fácil tratarnos y solucionar este problema que nos ha tomado por sorpresa. Si te parece bien, empezaré yo.

—De acuerdo —accedió ella, sintiéndose de pronto muy cómoda en su compañía. La intensa ola de tensión de segundos atrás desapareció por arte de magia y un manto de paz y buen entendimiento tomó su lugar. Por primera vez en muchos días, Eva consiguió relajar sus tensados nervios y esperó paciente conocer detalles sobre la vida del profesor, mientras daba pequeños sorbos a su infusión.

—Nací en Estambul, pero mi familia es natural de Capadocia, no sé si te suena la región. A nivel global es bastante famosa porque tiene una formación geológica única en el mundo. Se trata de una zona formada por paisajes lunares, que están llenos de cavernas, cuevas naturales y artificiales, muchas de las cuales continúan habitadas.

—¡Qué interesante! Lo siento, nunca he oído hablar de ella, pero es comprensible, es la primera

vez que estoy en Europa y mis pocos conocimientos sobre el viejo continente se reducen a las ciudades más importantes como París, Roma, Londres o Madrid.

Emir asintió, poseído de un repentino deseo de enseñarle las maravillas de su tierra natal. Apartó de su mente una imagen de él y Eva mientras paseaban por las llanuras desniveladas de Capadocia y prosiguió con su presentación:

—Tengo treinta y seis años, estoy divorciado, vivo con mis padres, con la familia de mi hermana y... con una familiar.

—¿Vives con tus padres? ¿Con treinta y seis años? Perdona, no es asunto mío —se excusó ella, al comprender que había sonado un tanto acusatoria. Además, no era de su incumbencia lo que hacía o dejaba de hacer aquel hombre con su vida.

—Es un poco complicado de entender para la gente del occidente, lo sé. —Emir sonrió indulgente y se entretuvo removiendo el pastel en su plato—. Aunque, para nosotros, es algo de lo más común. Las familias turcas tradicionales, como es nuestro caso, suelen compartir casa, aun cuando los hijos son mayores y tienen su propia familia. Nos complace estar rodeados de los nuestros, comer y cenar juntos al menos un par de veces por semana. Damos mucha importancia a los mayores, crecemos rodeados de respeto y tradiciones.

—En Estados Unidos es un poco al revés. Una vez que un joven está en edad de ser independiente, prefiere vivir en una pocilga, trabajar un montón de horas al día para poder permitirse el alquiler en vez de permanecer en el mismo domicilio con los padres. Es algo así como ley de vida y, aun cuando no se halla escrita en ninguna parte, está muy presente en la mentalidad de la gente. Yo misma me muero de ganas de aprobar mi plaza de inspectora de Hacienda y marcharme de la casa de mis padres. Y, ahora que lo pienso, no tengo ningún motivo para quejarme, mis padres son estupendos, es solo que deseo hacer lo que hace la gran mayoría. —Eva cortó un trozo generoso de pastel que se llevó a la boca y, en cuanto hubo terminado de masticar, lo animó a probarlo—: El pastel está realmente bueno.

—No tengo hambre —se excusó él, al tiempo que observaba encandilado sus ganas de comer—. Quizá más tarde.

—Perdona, te he interrumpido; sigue, por favor, seguro que tu vida es muy interesante. —Eva apartó el plato, dejando los cubiertos cruzados sobre el borde del mismo, dispuesta a escuchar con interés la historia de Emir.

—Soy una persona muy ocupada, la mayoría de mi tiempo lo dedico a dirigir el grupo Dogan y una vez al mes visito la región de Capadocia llamada Kays porque soy agá.

Ella abrió los ojos, visiblemente sorprendida.

—¿Agá? ¿Eso algo parecido a un jefe de clan?

La comparación arrancó una sonrisa a Emir, quien le aclaró, un tanto divertido, la definición de su estatus. Hablar de sus raíces siempre lo reconfortaba, por lo que dejó su cuerpo descansar contra el respaldo de la silla, visiblemente relajado.

—Es lo más semejante a la nobleza que tenemos en Turquía. Se trata de un título honorífico, que

se transmite de padre a hijo y que le otorga a quien lo ostenta un gran respeto entre los suyos y entre la gente de otras regiones, aunque a cambio lo carga de responsabilidad.

—Estoy un poco abrumada por todo lo que tú eres. No sé si eso ayudará a sentirme cómoda en tu presencia; percibo que, más bien, logrará todo lo contrario. Ya con ser mi profesor era bastante carga para mí, si añado a eso que eres uno de los hombres más influyentes de Turquía y, encima, te responsabilizas de un pueblo entero, ya me dirás. Si antes de hablarte de «mi problema» te sentía a mil años luz de mí, no quiero ni contarte lo mucho que ha aumentado esa distancia en los últimos minutos.

—Yo soy muchas cosas, Eva, demasiadas, tal vez. —El semblante de Emir se oscureció como si las cargas le pesaran en exceso y en su mirada apareció un brillo indescifrable—. En todo caso, el panorama no es tan intenso como lo parece. Ejercicio de profesor de forma temporal, solo daré clases este curso y el hecho de ser agá no es algo de lo que pueda presumir porque no es mérito mío. Mi padre lo fue y, hace poco, quedó postrado en una silla de ruedas a causa de una enfermedad y yo heredé su posición antes de tiempo. A ojos ajenos esa posición puede parecer presuntuosa o vanidosa, pero te prometo que solo se trata de... compromiso. En mi pueblo existen trescientas setenta personas y yo soy responsable de que todos vivan en paz, armonía, que tengan trabajo, que sean justos los unos con los otros, que respeten a los mayores, los valores, las tradiciones y todo esto.

—¡Vaya! —exclamó Eva, entre asombrada y divertida, puesto que parecía haberse sumergido en el mundo mágico de *Las mil y una noches*—. En mi país eso se consideraría una gran familia. No me imagino siquiera la preocupación que puede generar un grupo tan extenso de personas. ¿Te sabes los nombres de todos los habitantes de tu pueblo?

Emir apoyó la mejilla en su mano derecha, sonriendo divertido:

—Sí, me sé todos los nombres. Cada vez que se produce un nacimiento el agá tiene que ir para conocer y bendecir al recién nacido. También debe aprobar el nombre que los padres han elegido para él, así que búrlate todo lo que quieras, pero trescientas y pico de personas no son tantas. En Turquía existen agás mucho más importantes que yo que pueden tener miles de personas en su región. De todos modos, como ya te dije, soy agá porque mi padre lo fue y, algún día, mi hijo lo será en mi lugar.

Al decir aquello, sus miradas se cruzaron y provocaron cierta crispación entre ambos al tomar consciencia del tema que los había juntado ese día y de que la situación podría ser mucho más complicada de lo que parecía a primera vista. El rostro relajado de Emir se tornó serio y su mirada se fijó en la joven con una intensidad abrasadora.

—Eva, soy un tipo muy discreto y reservado, si te he contado todo esto no fue para impresionarte ni para crecer en tus ojos, lo hice para que puedas hacerte una idea de mi situación. De momento, seguiré hablando de tu embarazo en modo hipotético, pero, si de verdad lo estás y ese hijo es mío, estaríamos hablando del futuro agá de la región de Kays. ¿Entiendes ahora mi preocupación y mis dudas?

Eva cogió el tenedor y se dispuso a remover con él los restos de pastel de su plato, no porque tuviera intención de seguir comiendo, sino porque sentía la necesidad de ocupar sus manos en algo y desviar la atención del giro tenso que había adquirido la conversación. Se quedó perpleja al advertir que su embarazo tomaba forma con la rapidez de un rayo y se convertía en el futuro responsable de una región que, hacía apenas media hora, ni sabía que existía. Parpadeó confusa y terminó por abandonar el tenedor en el borde ondulado del plato. Estaba embarazada de un agá, ¿y su hijo sería el próximo? Dios, ¿qué hijo? Si ni siquiera pensaba tenerlo. Solo había sido una noche. Una noche negra y estúpida. Había compartido con Emir la noticia del embarazo porque así lo consideró correcto, pero en ningún momento había sospechado que fuera tan importante para él. Decidió que había llegado la hora de hablar y expresar su opinión con respeto a la fulminante transformación de un embrión de semanas en personaje de *Las mil y una noches*.

—Emir, he escuchado con mucha paciencia e interés tu historia y estoy impresionada. Es algo que siempre podré contar a mis nietos a modo de leyenda, pero me temo que, hoy por hoy, la realidad se impone a todo eso. Es posible que hayas entendido mal el hecho de que te lo haya contado. Yo... solo tengo veinticuatro años y, como bien sabes, soy estudiante y todavía no trabajo. No está dentro de mis planes tener un hijo... y, menos, con alguien que no sea mi pareja. Para no hablar del hecho de que yo vivo en Europa de forma temporal y, en pocos meses, tendremos un océano de por medio. Mi vida no es ni de lejos igual de trepidante que la tuya, pero ten por seguro que no soy una buscona, ni pretendo encadenarte de manera alguna. Quiero que sepas que no suelo acostarme con hombres así a la ligera; me acosté contigo porque he sentido una especie de amor platónico hacia ti, salta a la vista que eres un hombre interesante y, desde el primer día, me has atraído como un imán. —La joven tomó una pausa, un tanto turbada por desnudar su alma sin ninguna medida de protección. Ante la mirada intensa de él sus mejillas se tiñeron de rosa intenso y un relámpago de luz brilló en sus ojos—. Mi resumen de lo que pasó entre nosotros es el siguiente: hemos vivido una pequeña aventura facilitada por las circunstancias, que guardo con mucho cariño en mi corazón. Nunca se me ha pasado por la cabeza que esa aventura tendría consecuencias.

Emir le cogió la mano y se la retuvo entre las suyas, mientras la miraba con intención a los ojos, tratando de obtener toda su atención. Su voz sonó tranquila aunque cargada de matices serios, indicativo de que no estaba dispuesto a conformarse con una negativa.

—Eva, si ese hijo es mío —acentuó la última palabra con mucho ímpetu—, no podemos plantearnos nada que no sea... tenerlo. Es muy valioso para mí, para mi familia y para mi región. Espero que lo entiendas.

—No puedo tener un hijo. —Eva apartó la mano, arrepentida por haberse sentido reconfortada con el cálido contacto, y su gesto contraído reflejaba enfado—. Somos prácticamente dos desconocidos, sin nada en común, yo tengo que seguir con el posgrado y en septiembre presentarme otra vez a opositar... Además, me has comentado que ya estuviste casado, si los hijos de los agás son tan valiosos, me imagino que ya tendrás al menos uno.

—Estuve casado cinco años y mi esposa nunca quedó embarazada. Hicimos todas las pruebas pertinentes y el problema principal resultó ser ella, es estéril... aunque lo mío tampoco es para tirar cohetes. No es que no pueda tener hijos, de ser así, no estaría perdiendo el tiempo hablando contigo sobre ese tema. Puedo tenerlos, pero mi calidad de espermatozoides es muy baja. ¿Entiendes ahora porque estoy tan desconcertado? De ser cierto, serías la primera mujer que he dejado embarazada. Y respondiendo a tu otra pregunta, te diré que no tengo hijos y mi familia y mi gente esperan de mí un heredero cuanto antes.

—¿Y si es una niña? —Eva no pudo evitar sentirse abrumada ante la situación. De pronto, su embarazo se había convertido en un niño deseado por cuatrocientas personas y el tema avanzaba con una velocidad vertiginosa, puesto que ya se estaba planteando su sexo. Era de locos.

—No sería agá, si eso es lo que quieres saber. No me mires como si fuésemos sexistas, no se trata de esto. Como te dije, ser agá es un trabajo duro, colmado de responsabilidad, que pasa de una generación a otra, de padre a hijo. Si fuese una niña... —Emir tomó una pausa y se friccionó con la yema de los dedos el puente de la nariz—. Sería igualmente respetada y deseada. Las mujeres en nuestra cultura son extremadamente valiosas. Para no hablar del hecho de que sería una pequeña beldad si hereda mi piel morena y tus preciosos ojos verdes.

Era la primera vez que Emir le dedicaba un cumplido. Y, aun cuando ella no quiso reconocerlo ni delante de su propia consciencia, si sintió invadida por una sensación muy agradable de dicha y felicidad. Experimentó algo parecido a una brisa refrescante que le acariciaba la piel en un día caluroso de verano.

—Eva, no sé cómo podríamos encajar nuestros mundos porque, aparte de ser muy lejanos, son completamente distintos, pero estoy dispuesto a todo para tener a ese bebé.

## Capítulo 14

Cuatro días más tarde, Emir se presentaba de improviso en el campus, pidiendo una reunión urgente con Eva. Esta vez un taxi lo esperaba en la puerta del complejo estudiantil y los llevó a un restaurante céntrico que previamente había reservado. Durante el camino apenas intercambiaron algunas palabras, encontrándose demasiado tensos para prestar atención a una conversación de cortesía.

Desde el día que Emir se enteró del embarazo de Eva, su mundo entero se tambaleó y, por mucho que intentó encontrar una solución razonable, no lo consiguió. Su parte racional era consciente de que ese niño tenía pocas posibilidades de ser suyo y, de ser así, el problema dejaría de incumbirle; aunque, por otro lado, algo en su interior, bastante poderoso y fiable, le decía que ella no le mentiría en un hecho así. Ese último convencimiento se apoderó de sus pensamientos, hasta el punto de quitarle el sueño muchas noches seguidas y dejarlo con una intensa ansiedad en el cuerpo. Apenas era capaz de centrarse en otra cosa que no fuera el niño.

A lo largo de su vida, Emir había pensado muchas veces en tener descendencia, sobre todo, en los primeros años de su matrimonio con Umay. Siempre había considerado que, llegado el momento, se convertiría en el ser más feliz de universo. No obstante, el problema de Umay y las consecuencias de su esterilidad lo obligaron a abandonar de forma temporal la idea de tener hijos. Ahora, desde la lejanía, comprendía que una pequeña parte de él se había acobardado ante un posible al fracaso. La presión de su familia y de su posición era tanta que Emir Dogan había desconfiado ante sus propias aptitudes para concebir.

Y, de pronto y de la nada, el cielo dejaba caer en sus manos un regalo. Sin pedirlo, sin esperarlo y sin presión. No había sido consciente del gran anhelo que existía en su interior hasta que la realidad lo hizo tomar consciencia: necesitaba con desesperación un heredero y Eva podría dárselo. Solo faltaba encontrar la manera de llegar hasta ella y convencerla; misión realmente complicada porque apenas se conocían. Emir no tenía un plan establecido ni la seguridad de que lograría persuadirla, pero estaba dispuesto a ofrecerle cualquier cosa a cambio de ese gran regalo.

Por lo tanto, no fue capaz de aguantar la incertidumbre por más tiempo y cogió el primer vuelo para Hamburgo. Absorto en sus reflexiones no se percató de que habían llegado al restaurante. Tras entrar y acomodarse, Eva rompió el hielo mostrando una sonrisa sincera en el rostro.

—¿Emir? —Le tocó la mano con suavidad, demandando su atención. Sus ojos lo miraban con cierto cariño y comprensión—. No es preciso que estés tan tenso. De verdad. Las cosas siempre han sido claras entre nosotros, no hay ninguna necesidad de que eso cambie ahora. Es obvio que, si has viajado un viernes por la tarde a Hamburgo y nada más aterrizar has venido a buscarme, es porque necesitas hablar del tema, así que suéltate la presión.

—Tienes razón. Intento contener la tensión y dosificar todo lo que quiero decirte —se disculpó, al tiempo que abría y cerraba la mano sobre el manillar de la silla—. ¿Qué tal tu semana? ¿Has ido al médico?

Ella le dedicó una sonrisa deslumbrante, tan relajada y tranquila que Emir comenzó a tener serias dudas de que el famoso embarazo existiera en realidad. La idea de que ella se hubiera deshecho del bebé lo aterró. Alargó la mano, tensionado, y tomando la suya se la apretó un poco más de la cuenta.

—Sí, me pediste que fuera a una clínica ginecológica para estar cien por cien seguros, y lo hice. No sé si el resultado relajará tus nervios o los tensará más, pero la verdad es una sola y tienes derecho a conocerla. Me confirmaron lo que ya sabía, estoy oficialmente embarazada. La confusión inicial se me ha hecho más llevadera, los médicos me han dado algunas instrucciones generales de sentido común; soy una joven sana, aparte del café, no he tenido que renunciar a nada más.

El alivio de Emir al enterarse de que el bebé seguía existiendo fue tan evidente que dejó señales visibles en su rostro. Se tocó la cara con las manos en un intento de contener la emoción. Eva se veía muy entera, parecía la adulta de los dos, aun cuando era la que soportaba el mayor peso del problema. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora y prosiguió relatando sobre el bebé.

—Vomito una o dos veces al día, pero el médico me ha dicho que es algo de lo más normal y que pasará en un par de meses. He aprovechado la visita a la unidad de ginecología para informarme sobre la posibilidad de... abortar. En principio, en Alemania es ilegal, pero no se castiga la interrupción del embarazo durante los tres primeros meses de gestación, que es mi caso. Si me decantase por esa opción, sería necesario obtener un certificado especial que me permitiría, llegado el caso, solicitar la interrupción, si bien, antes me obligarán a pensar la decisión tres días. Y eso sería todo —finalizó su discurso, tratando de sonar lo más pragmática posible.

Eva había sopesado todas las posibilidades habidas y por haber, y la única salida razonable era la de interrumpir el embarazo. No se veía capaz de atar a un hombre de por vida por el simple hecho de haberlo inducido a tener una aventura amorosa, propiciada por sus inclinaciones románticas. Sabía que Emir no estaba interesado en ella como mujer y, aun cuando le había contado lo importantes que eran los hijos para la gente de su posición, era más que probable que, tras recapacitarlo con calma, estuviera deseoso de librarse del problema. En base a esas reflexiones, Eva se esforzó en ponérselo fácil, ya que conocía un poco a Emir y advertía que, a causa de la educación recibida, estaba pasando uno de los peores momentos de su vida.

—Y eso sería todo —repitió Emir, confundido ante las continuas subidas y bajadas de ánimo

que estaba experimentando—. ¿Es eso lo que quieres?

El tono y la tristeza de su voz la tomaron por sorpresa. Le había puesto en bandeja la solución perfecta y había esperado encontrar alivio en sus ojos; sin embargo, no halló señales de consuelo en la actitud de Emir. Parecía todo lo contrario, como si el mero hecho de hablar del aborto le produjese un inmenso dolor.

—No se trata de lo que yo quiero, Emir —se sinceró ella con una entereza sorprendente—. Se trata de hacer lo correcto. No somos pareja ni hay posibilidad de que lo seamos algún día. Venimos de mundos y culturas demasiado diferentes para poder hacerlas encajar y, en el caso de que llegásemos a un acuerdo para compartir el niño, no imagino cómo podríamos organizarnos. Sería cruel obligarlo a vivir una parte del año contigo en Capadocia, bajo vuestras normas y tradiciones, y luego hacerlo viajar a Texas y encajar en la vida de una mujer soltera que se abre camino en la vida.

—En el caso de que existiese una mínima posibilidad de que nuestros mundos encajasen, ¿desearías tenerlo?

Eva se tomó su tiempo en contestar puesto que su defensa bien ensayada se estaba tambaleando. Mientras aguardaba su respuesta, Emir pestañeaba con rapidez, visiblemente ansioso. Era bastante obvio que en su interior se daba una lucha importante y no parecía dispuesto a aceptar la solución propuesta por la joven. De pronto, la realidad de todo aquello se hizo evidente. Por alguna razón que solo él conocía, Emir Dogan no deseaba que ella abortase. Y, si no interrumpían el embarazo, existiría el niño. Y, si eso aconteciese, se formaría un vínculo de por vida entre ambos. Solo faltaba saber qué tipo de vínculo podrían crear y bajo qué condiciones.

Mientras todas aquellas reflexiones se agolpaban en la mente de Eva, se soltó la mano y bebió un poco de agua. Su energía positiva y el buen humor de segundos atrás la abandonaron y la dejaron indispuesta y con la fuerte convicción de que su vida había dejado de pertenecerle. Experimentó la sensación de que Emir, aun cuando no dijera ni hiciera nada en particular, había tomado el control de la situación y lo hilaba todo desde la sombra.

«Eva, deja de pensar ese tipo de tonterías. ¿Qué motivo tendría para hacerlo? Por el amor de Dios, solo estás embarazada, no posees el misterio del Santo Grial».

—Mira, Emir, imagino que debes de intuir cual es mi realidad, en todo caso, te la describiré en líneas generales. Soy estudiante, no tengo trabajo, vivo en la casa de mis padres y tú no eres mi novio, así que por todo esto y, por mil razones más, no puedo permitirme el lujo de tenerlo, aunque mi parte católica tiene sus dudas ante el aborto. Es un tema en el que nunca he pensado y, para serte franca, el pensamiento de quitar una vida no me hace estar precisamente orgullosa. Me gustaría que el problema se solucionase por sí solo, no sé, algo así como un milagro.

Eva soltó un largo suspiro y sus hermosos ojos verdes se llenaron de lágrimas que ella se esforzaba en vano por detener. Todas las emociones retenidas y la valentía que había mostrado ante él afloraron, de repente, y la dejaron vulnerable y expuesta. Emir sacó del bolsillo de su americana un pañuelo de seda y, limpiándole la mejilla con delicadeza, repuso con delicadeza:

—Entonces, no lo hagas. Yo estoy dispuesto a hacer que nuestros mundos tengan una oportunidad. —En los ojos oscuros del profesor hizo acto de presencia un intenso resplandor y su gesto decidido mostraba determinación—. Eva, escúchame con atención. Quiero proponerte un trato.

## Capítulo 15

Eva se entretuvo un tiempo analizando las distintas formas que las agrupaciones de nubes esponjosas formaban alrededor de las alas del avión. Observaba embelesada el perfil irregular de una estrella enorme que se deshacía con lentitud, convirtiéndose en cinco fragmentos que se separaban los unos de los otros con parsimonia. La joven apartó la mirada, poseída del presentimiento de que ella misma había tomado forma de estrella, y se desintegraba de modo irremediable.

Le costaba hacerse la idea de que se encontraba viajando en compañía de Emir Dogan rumbo a Estambul para conocer a su familia. Todo lo que había sucedido en los últimos días era tan rocambolesco que la joven, a duras penas, lograba mantener coherencia entre su antigua realidad y la actual, que la arrastraba con fuerza por unos caminos que jamás pensó que tomaría.

Resumiendo su situación en pocas palabras, sacaba la conclusión de que su vida había dejado de pertenecerle, y formaba unos giros tan desiguales que le costaba asimilarlos y aceptarlos. En vísperas de Navidad, la estudiante Eva Turner había mantenido relaciones sexuales con su profesor de Economía aplicada bajo el cielo refulgente de Hamburgo. Fue un impulso, una circunstancia, un caramelo que pensó que tomaría sin más consecuencias que los momentos vividos. Pero esa noche decidió revelarse y condicionarles a ambos el futuro. Eva estaba embarazada y Emir Dogan deseaba con desesperación aquel niño. Recordó un tanto abrumada la propuesta que le había hecho la tarde anterior, proposición que ella había aceptado:

—Eva, he meditado mucho acerca de nuestro problema y, cuanto más lo pienso, más deseo que el niño nazca. De hecho, hoy por un momento se me pasó por la cabeza la idea de que pudiste haberte... bueno, da igual, el caso es que me he sentido aterrado solo con pensarlo. Quiero que tengas al bebé. Nos ponderamos de acuerdo, yo tendría una única condición que es preciso cumplir, el resto será de tu libre elección.

Tras decir aquello, Emir soltó el aire retenido en sus pulmones y su rostro contraído se relajó. Eva escuchó sus palabras con una entereza admirable, y eso que el mayor peso del problema lo llevaba ella. Se limitó a mirarlo a la cara y solo el pequeño brillo de curiosidad que apareció en sus ojos indicó que lo había escuchado.

—Cuando nos acostamos en el hotel Mercury, no lo hicimos porque alguien nos pusiera una pistola en la sien. Es innegable que hay atracción entre nosotros. Si no tienes pareja, la atracción

que sentiste por mí sigue intacta, podríamos intentar formar un vínculo, darnos una oportunidad como pareja.

Fue el turno de Eva de reaccionar, tratando de parar el carrusel en que estaba metida.

—¿Pero cómo podríamos hacerlo? Es poco relevante si yo siento atracción hacia ti, ni siquiera importa mi deseo de seguir con el embarazo. Lo que cuenta es la realidad. En el mes de abril caduca mi visado de estudiante porque finaliza el posgrado y me veré obligada regresar a Estados Unidos. Para entonces, estaré de unos cuatro meses, será demasiado tarde para todo. No tendríamos la posibilidad de elegir, el niño se habrá convertido en una realidad tan grande que será imposible eludirla.

Todos los argumentos de Eva tenían sentido y lógica, pero los de Emir también. Lo que había comenzado como una inocente aventura en Navidad se estaba convirtiendo en una tormenta internacional. Emir decidió jugar su última carta para convencerla.

—Podrías no regresar a Estados Unidos y venirte conmigo a Estambul.

¿Cómo? ¿Hola? La sorpresa fue tan grande que la dejó muda de asombro un par de segundos.

—¿A Estambul? —logró articular cuando su cerebro volvió a funcionar con normalidad. En ese instante sus miradas se cruzaron. La de Eva, asombrada, la de Emir, expectante, observadora.

—Eva, te necesito, y cuanto más lo pienso, más me ilusiona el hecho de ser padre. Escucha lo que he pensado: ahora mismo estás de muy poquito, puedes finalizar el posgrado sin que nadie lo sepa, no hay necesidad de contar tu vida por el campus si no te apetece hacerlo. Después, podrías venirte conmigo a Estambul para pasar los últimos meses del embarazo. Me has contado que pensabas dedicar ese tiempo a preparar tus oposiciones, así que te ofrezco la posibilidad de hacerlo desde mi casa, en vez de la tuya. Conocerás una nueva cultura, procuraré que no te falte de nada y soportaré todos los gastos médicos. Pasaríamos tiempo juntos y ¿por qué no? Podríamos intentar que lo nuestro funcione. Cuando el niño haya nacido, haremos balance y tomaremos decisiones. Podrás seguir conmigo, o regresar a tu casa. Respetaré cualquiera de las decisiones que tomes, si bien, en caso de que decidas marcharte, el niño se quedará conmigo.

—Parece fácil, pero algo me dice que no lo puede ser tanto. ¿Cuál es tu condición para que todo esto suceda?

—Sabes que pertenezco a una familia turca tradicional. Para que la gente de Kays reconozca a mi hijo, es necesario que el pequeño nazca de una unión formal, regida por nuestras costumbres.

Eva arrugó el entrecejo, parpadeando confundida. Los acontecimientos se desarrollaban con tanta rapidez que sentía perderse por el camino. De pronto, tendría que acostumbrarse al hecho de estar embarazada, a marcharse a otro país que ni siquiera sabía localizar en el mapa y debía hacerlo bajo las normas de una región que vivía en otro siglo. Dios, no podría ser que Emir le pidiera llevar un pañuelo en la cabeza. Esa idea la horrorizó y provocó en su cuerpo una crispación más que evidente.

—Lo siento mucho, Emir, pero no te sigo.

El hombre hizo una larga inspiración y enderezó su espalda contra el dorso de la silla. Su

presencia poderosa, y tal vez un poco dominante, se suavizó por la expresión cálida que lucía en su mirada. Eva casi podía escuchar en su cabeza el sonido de un tambor que ponía la nota de máximo suspenso en una película de misterio. Era más que evidente que, aparte de querer al niño, Emir Dogan necesitaba algo más de ella, algo que, para él, era de máxima importancia.

—Eva Turner, para que el niño pueda nacer en Turquía y la gente lo reconozca como mi heredero legítimo, debemos casarnos. Desearía haberte hecho esta proposición en un entorno romántico, con una suave música de fondo, un bonito anillo y sentimientos de por medio. Sin embargo no podemos permitirnos el lujo de esperar. Si das tu consentimiento y aceptas mi proposición, la boda debe celebrarse como muy tarde el siguiente fin de semana. Ya estás de cuatro semanas, la gente suma con facilidad, así que es urgente que formalicemos la unión, para que no haya contratiempos después.

Eva llevaba un tiempo subida en su particular montaña rusa, aceptando con resignación los giros que su vida había decidido dar sin contar con su aprobación. No obstante, la última propuesta de Emir la dejó con la boca abierta. Intentó establecer en su cabeza el orden cronológico de los futuros acontecimientos que se asomaban a la puerta de su vida. El próximo fin de semana podría casarse con Emir Dogan.

¿Con Emir Dogan? ¡¿Con Emir Dogan?!

Una vez convertida en la flamante señora Dogan, retomaría su vida normal en Hamburgo y, tras finalizar el posgrado en abril, se mudaría a Estambul. Prepararía sus oposiciones y se daría una oportunidad de pareja con el padre de su hijo. Y por último, si todo marchase conforme lo planeado, se convertiría en madre en el mes de septiembre. Y ahí, su vida llegaría al punto de máximo suspenso. Podría quedarse con Emir y con su hijo, renunciando a su país y a sus sueños, o podría regresar a casa, fingiendo que lo vivido carecía de importancia.

No, aquello no podría salir bien, era mejor cortar el daño de raíz que arriesgarse a exponer su corazón y sus emociones. Dudaba que, llegado el caso, fuera capaz de abandonar a su hijo recién nacido y marcharse. Abandonarlo como si de un vestido viejo se tratase y que ya nunca se pondría.

No obstante, aun cuando todas las neuronas activas de su cerebro le aconsejaban rechazar la proposición de Emir, Eva sintió flaquear ante la súplica que encontró en sus ojos. Le estaba poniendo el mundo entero a sus pies, aun cuando no tenía ninguna prueba de que ese hijo fuese suyo y eso solo podía traducirse en confianza. Plena. Si él tenía seguridad ciega en ella, la joven decidió responderle con la misma moneda. Se estremecía todavía al recordar su rendición.

—Emir Dogan, creo que acabas de convencerme y esto es cuanto menos preocupante, porque tu propuesta es una locura, mayor que la del embarazo mismo, me atrevería decir. No sé si estoy cometiendo el mayor error de mi vida pero, acepto tu oferta. Tienes razón, no es la propuesta más romántica que una mujer puede recibir, pero sí la más repentina y original. Invitarme a preparar mis oposiciones en tu casa es algo que una chica como yo no puede rechazar.

Emir le tomó las manos entre las suyas y depositó un beso cargado de agradecimiento en la

parte superior de las mismas.

—Acepto el trato, pero tengo una condición —añadió la joven al conseguir salir de la improvisada burbuja de felicidad que se había formado en torno a ellos—. Quiero que, en cuanto sea posible, te hagas las pruebas de paternidad. Me alaga que confíes ciegamente en mí, pero necesito que no haya dudas con respecto a eso.

Y dicho esto, alargaron las manos por encima de la mesa y se dieron un fuerte apretón para sellar el trato. Sin necesidad de que su conciencia se lo advirtiera, Eva estaba plenamente convencida de que las consecuencias de aquello la llevarían a experimentar una de dos posibilidades: la refrescante brisa del paraíso o el fuego devorador del infierno.

La joven americana regresó a la realidad, presenciando cómo el avión tomaba pista con suavidad con los sonoros aplausos de los viajeros de fondo. Fueron los primeros en bajar del avión, cortesía de sus billetes de la clase VIP, hecho que le impuso una breve reflexión sobre su nueva situación. Se esforzó en asimilar las consecuencias de un trato que con tanta facilidad había aceptado, trato que le iba imponiendo una nueva realidad. Acababa de aterrizar en un país extraño, en calidad de prometida y futura esposa de uno de los hombres más ilustres de Estambul.

Era difícil asimilarlo; sin embargo, al observar su mano sujeta del brazo de Emir, comprendió su nueva realidad.

—¡Bienvenida a Estambul! —Aquel recibimiento sencillo contenía emoción, esperanza y sueños cumplidos. Emir estaba eufórico, como si acabase de llevar a su tierra un tesoro de inestimable valor y su entusiasmo la contagió. Eva dejó de lado sus preocupaciones, resuelta a vivir el glorioso presente que el destino había puesto con tanta generosidad a sus pies.

Cuando llegaron a la zona exterior del aeropuerto, se sintió maravillada al observar la ciudad florecer en todo su esplendor. Buscó con la mirada a Emir, deseosa de conocer de cerca el lugar que se convertiría, en breve, en su hogar.

—Te presento Estambul, la capital de Turquía, situada, justamente, en el punto de encuentro de dos continentes: europeo y asiático. Es por eso que, una parte de la ciudad está en Europa, mientras que la otra se encuentra en Asia.

—Una ciudad que pertenece a dos mundos —reflexionó ella, impresionada ante las majestuosas vistas.

—Exacto —recalcó él—. Dos tierras diferentes que conviven en perfecta armonía. Así cómo podrían hacerlo nuestros mundos.

## Capítulo 16

Un elegante coche de color negro metalizado los esperaba a pie de calle. En cuanto Emir se acercó, un chófer uniformado, que se apresuró a abrirle la puerta, esperó con paciencia las indicaciones de su jefe. El profesor le dijo algo en turco y Eva tuvo la clara impresión de que le daba explicaciones relacionadas con su presencia.

La joven hubiera dado un mundo por saber los términos de su presentación, pero, dada la complejidad del idioma turco, no fue capaz de comprender ninguna palabra. Se centró en la reacción del chófer, observando cómo la sorpresa se alojaba en su rostro hasta ese instante sereno. Los ojos se le abrieron como platos y se explayó en evaluar el aspecto de la joven americana, que parecía justo lo que era, una estudiante informal de veinticuatro años. Emir le volvió a dirigir la palabra, muy presumiblemente, instándolo a retomar sus obligaciones, y el chófer farfulló algo en turco al tiempo que sujetaba la puerta para que Eva pudiera entrar en el interior del vehículo.

«Dios, espero que esta gente no se comporte conmigo como si fuera un vaso de porcelana predispuesto a romperse en cualquier momento», pensó la joven al advertir el trato que se le daba. Tomó nota mental de hablarlo con Emir para pedirle que no la trataran de ese modo estirado, puesto que ella era una joven normal que sabía abrir la puerta de un coche.

El potente BMW se puso en marcha y se adentró en el denso tráfico de Estambul. Eva dejó las preocupaciones de lado y se centró en admirar la belleza del lugar que se había convertido en uno tan especial para ella. Desde la ventanilla del coche admiró la diversidad cultural que se desplegaba ante sus ojos. Mezquitas, iglesias, sinagogas y palacios históricos convertían a la ciudad en un lugar mágico.

Observó con mucho interés algunos monumentos que dejaban atrás al pasar, como la Mezquita Azul, el palacio Topkapi, el Hipódromo Romano, la Cisterna basílica y la torre Gálata, lugares que Emir le describía conforme pasaban de largo, junto a la promesa de ir algún día a visitarlos de uno en uno. Eva se sintió atraída por los olores que llegaban hasta ella a través de la ventanilla bajada y del espectáculo permanente de las calles, el encanto de los barrios y los colores de los mercados.

Finalmente, se adentraron en una calle céntrica, plagada de edificios acristalados que tenían aspecto de barrio caro. El coche se detuvo ante un lujoso hotel y Emir le explicó que harían una

breve parada allí.

Eva siguió los pasos de su futuro marido sin poder ocultar el asombro que le provocaba el aspecto del hotel, que parecía un verdadero palacio. Accedieron a través de una puerta dorada incrustada con pequeñas piedras brillantes en tono rojo fuego, sujeta por dos pajes vestidos con pantalones de seda, tipo babucha, túnicas coloridas y turbantes vistosos, rematadas con plumas en la cabeza. Emir parecía un príncipe fuera de tiempo puesto que, en cuestión de minutos, tenía al menos a cuatro empleados pendientes de él.

El techo abovedado del interior del hotel, del que colgaban enormes candelabros de ocho brazos, monopolizó la vista de Eva, que estuvo a punto de tropezar al hundirse sus pies en la gruesa alfombra persa que cubría el suelo de mármol de la recepción. Emir la tomó de la mano y la llevó en dirección al ascensor, puesto que nadie lo detuvo ni le pidió que hiciera formalidad alguna en la recepción.

Eva se sentía cohibida ante la grandeza del lugar y ante las atenciones recibidas. Sabía que Emir era un hombre importante, pero no era lo mismo imaginar un hecho que presenciarlo. Era indudable que, en Turquía, a la gente con poder se le daba un trato diferente.

Cuando el empleado abrió la puerta de la habitación, los recuerdos del hotel Mercury se agolparon en la mente de la joven. Nada más poner un pie en la estancia, reprimió una sonora exclamación al advertir que se adentraba en un mundo de cuento. La «habitación» que Emir había reservado se componía de varios aposentos, unidos entre ellos por un inmenso salón cubierto por una moqueta roja. Un amplio ventanal en forma de semicírculo ocupaba la pared central, desde donde unas vistas magníficas atrapaban de inmediato. Eva admiró sorprendida el conjunto de sofás bajos cubiertos por decenas de almohadones dorados con flecos coloridos, deseando tumbarse sobre ellos y disfrutar de ese ambiente exótico.

Observó cómo Emir despedía al empleado ofreciéndole un billete en señal de agradecimiento y después se acercaba al gran ventanal para correr la amplia cortina de terciopelo color beige.

Al advertir que estaban solos, Eva dio rienda suelta a sus deseos reprimidos y se dejó caer extasiada sobre el sofá bajo, revolucionado con su gesto la multitud de almohadones, que se amontonaron en el suelo. Emir se detuvo ante ella, observando con el ceño fruncido el espectáculo infantil que ofrecía la mujer que deseaba llevar a la casa de sus padres en calidad de prometida. Eva, ajena a sus pensamientos, se revolcaba entre almohadones como una niña deseosa de jugar y, tras percatarse de su escrutinio, le obsequió una generosa sonrisa, cediendo ante el impulso de tirarle un almohadón.

El impacto del cojín en el torso de Emir le provocó sorpresa. Eva advirtió con claridad cómo el futuro padre de su hijo pasaba por distintas fases, que oscilaban entre la molestia y la diversión. Finalmente, se inclinó en el suelo y, agarrando el cojín, lo lanzó en dirección a la joven. Consiguieron alcanzarla en un brazo, puesto que ella adivinó su gesto y cambió la postura de su cuerpo. Emir no tuvo tiempo de reponerse cuando fue alcanzado por un segundo cojín, esa vez en pleno rostro. En un inmejorable estado de ánimo, se tiró sobre el sofá y comenzaron una pequeña lucha de

almohadones. Sus cuerpos se enroscaron sin querer y sus bocas se encontraron de pronto muy cerca. La tensión y el éxtasis acumulados unidos al arrebató del momento los empujaron a darse un beso apasionado en los labios. El profesor apretó su cuerpo fornido contra el de ella y siguió profundizando la lengua en su boca cálida y bien dispuesta. Notó cómo los brazos de Eva le rodeaban el cuello y lo atraían hacia ella. La pasión creció a pasos gigantescos en el cuerpo de Emir, que se moría de ganas de hacer el amor con Eva en un ambiente cálido, confortable y mullido. Deseaba disfrutar de sus curvas, apreciar la tersura de su piel, no obstante, algo en su interior le refrenó el deseo. Emir sabía que lo esperaba una tarde complicada, puesto que llevar de pronto y de la nada una mujer extranjera a la casa de sus padres y presentarla como a su futura mujer sería igual de violento que llevar a una mujer desnuda a una mezquita en hora punta.

De pronto, la imagen de Umay llegó a su retina y el bebé de porcelana que llevaba a todas partes hizo que su creciente erección pegada al muslo de Eva perdiera intensidad. Había estado tan absorto en Eva y en el niño que se había olvidado por completo de Umay. ¿Qué iba a hacer con ella? ¿Cómo se tomaría la noticia de su matrimonio? ¿Y la noticia del bebé?

El empresario dio unos últimos mordiscos suaves al succulento labio inferior de Eva y se separó de su boca. Observó una pizca de deseo reprimido en su mirada color esperanza y se animó, comprendiendo que la pasión seguía intacta entre ambos.

Y donde había pasión, había brasas; y donde había brasas, con seguridad habría fuego.

Emir apoyó la mejilla en la palma de su mano, clavando su vista oscura en las profundidades verdes de ella. La intensidad de su mirada era estremecedora, y ambos tomaron consciencia del gesto cargado de intimidad que acababan de experimentar.

—Eva, quiero que sepas que estoy muy contento de que estés aquí. Lo que acaba de pasar ahora mismo me hace pensar que las cosas entre nosotros tienen posibilidades de salir bien. Creo que podría llegar a enamorarme de ti. Prometo hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

Ella removió su cuerpo bajo el suyo paseando con pericia las yemas de sus dedos sobre la superficie lisa de la camisa de algodón que cubría el pecho de Emir.

—No quiero hacerme ilusiones, pero en este mundo de cuento es difícil resistirse. No sé lo que pasará mañana, pero prometo hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

## Capítulo 17

Aquella misma tarde, el chófer de Emir se presentó en el hotel para llevarlos a la casa familiar de la familia Dogan. Para su sorpresa, Eva encontró en su dormitorio un guardarropa completo compuesto por varios trajes de falda y chaqueta, elegantísimos vestidos de cóctel, blusas de seda con volantes y ribetes, pantalones de talle alto y cortes impecables, estillosos zapatos con tacones imposibles de describir y abrigos de pelos de diferentes colores, tan delicados que Eva se hubiera pasado el día entero acariciando la suavidad de las prendas. Cogió con los dedos la percha de un vestido cualquiera y acudió al dormitorio de Emir.

—¿Qué es esto? —se interesó, puesto que intuía que aquella ropa había sido colocada ahí para ella, pero no lograba adivinar el motivo. La idea de que él le hubiera comprado ropa porque se avergonzaba de llevarla a la casa de sus padres con lo que ella vestía le propinó una importante punzada de molestia en su amor propio.

Emir dejó de anudar su corbata estrecha de seda en tono roza cuarzo y, tendiéndole las manos, aceptó las suyas y se las apretó con familiaridad:

—Eva, perdona, estoy tan agitado que se me olvidó comentarte lo de la ropa. No tengo nada que reprochar a tus vaqueros desteñidos, ni me importa que lleves botas bajas y cazadoras de plumas, pero me temo que, ante mi familia, es necesario guardar las formas. Ayer he llamado a mi madre para avisarle que llevaría a casa a la mujer con la que deseaba casarme. Ha sido para ella algo parecido a un *shock* eléctrico, puesto que en nuestra cultura estas cosas se hacen con calma. Es decir que, antes de lanzar una noticia así, mi madre debería estar al corriente de la declaración de renta del año en curso de tu familia y conocer en profundidad el árbol genealógico de todos tus antepasados.

Pese al tenso momento, su broma la hizo reír. La rigidez de momentos atrás abandonó su cuerpo y el asunto de la ropa dejó de parecerle una ofensa. Comprendió que debía adaptar su mente y sus percepciones a la realidad de ese país y no a la suya propia.

—Les diré que llevamos un tiempo saliendo para que no hagan preguntas incómodas; no obstante, debemos encajar como pareja, es decir, chocar lo menos posible en gustos y preferencias. Es tarde a estas alturas para que yo adapte mi estilo de vestir al tuyo, así que es más práctico y más verosímil adaptar el tuyo. Además, a ojos de mi familia debes parecer una mujer de gustos refinados, una a la que yo hubiera elegido para casarme; es muy poco probable que me

hubiera fijado en una estudiante si las circunstancias hubiesen sido diferentes.

Aquella pequeña observación acentuaba las diferencias de sus mundos y de ellos como seres humanos. Emir estaba siendo sincero, de no haberse quedado atrapado en el aeropuerto de Hamburgo y si Eva no hubiera interrumpido en su vida como una tormenta de nieve, jamás hubiera dado pie a tener nada con ella. Sin saber por qué, Eva se sintió cohibida como si, de pronto, hubiese comprendido el alcance de sus actos. Estaba preparada para actuar, aunque tal vez el papel elegido le vendría demasiado grande. Emir percibió su aflicción y continuó hablándole con voz afectuosa, dando a entender que, a partir de ese momento, se encontraban en el mismo barco.

—Siento imponerte etiqueta, si alguna vez me necesitas vestido informal para presentarme a tus amigas, prometo ponerme lo que tú elijas para mí.

—¿Seguro? —Eva lo escrutó con el ceño fruncido, al tiempo que se aguantaba las ganas de reír—. Tengo en mente algunas cosas realmente interesantes que te vendrían geniales. No olvidaré esa promesa.

—No lo hagas —convino él, de buen humor—. Yo soy un hombre de palabra, siempre. Regresando a la cena de hoy, verás que en la casa Dogan las mujeres visten como si asistieran a una boda. Es una de las normas de la casa, así que me he permitido la licencia de pedirle a mi secretaria que compre algunas piezas imprescindibles para que las veces que vengas a Estambul, que deseo que sean muchas en los próximos meses, dispongas de ropa adecuada.

—¿Algunas? —se sorprendió Eva, rememorando la cantidad de prendas que había visto en el armario de su dormitorio—. En ese guardarropa hay más vestuario del que yo haya tenido en mis veinticuatro años de vida. Además, comprendo que la futura señora Dogan tenga que vestir de forma clásica, pero ¿es preciso que sea todo tan caro? He alcanzado a ver una etiqueta de dos mil quinientos euros.

El rostro impasible de Emir le dio a entender que aquella cantidad no representaba nada escandaloso para él.

—Vale, me callo —claudicó ella y, levantando las manos en alto, añadió divertida—: ¿Conocías mi talla?

—No —reconoció él, en el mismo tono divertido, aliviado por haber zanjado el tema de la ropa, que lo había tenido bastante preocupado pues temía que ella opusiera resistencia a llevar una ropa a la que no estaba acostumbrada—. Hay cosas de la talla 38 y de la talla 40, espero haber acertado.

Un brillo burlón apareció en los expectantes ojos de Eva y dijo en tono afectado:

—Vaya, así que, aparte de ser agá, profesor y empresario, es usted un experto en materia de mujeres, señor Dogan, que sabe apreciar con una simple mirada la talla del sostén de una dama.

—Bueno, gracias por el cumplido, distinguida dama, te diré que sería imposible adivinar con una mirada tal extremo; si bien, tras haberme acostado con la poseedora del sostén, sería imperdonable para mí no recordar su talla.

Los colores invadieron las mejillas de Eva, que no supo dónde meter su afilada lengua.

«Esto te pasa por pasarte de lista», se amonestó.

—*Touché*. —Reconoció su derrota con deportividad, aguantando con estoicismo la mirada triunfante de Emir, que estaba disfrutando de su pequeña victoria—. Estamos en tu territorio y acataré tus recomendaciones, porque imagino que haces esto para que tu familia me acepte con naturalidad. Y dicho esto, ahora ven, si no te importa, y ayúdame a elegir la ropa que debería ponerme; tú sabes mejor qué le gustaría a tu familia que vistiera la futura nuera de la casa, porque sinceramente yo no tengo ni idea.

Y, en base a eso, un cuarto de hora más tarde Eva llevaba un vestido bicolor formado por una falda alta, de color blanco, definida por una estrecha franja plateada. La parte de arriba, confeccionada de una exquisita tela color negro, se ceñía a su cuerpo, dejando protagonismo a las mangas tres cuarto y poniendo en evidencia el escote sencillo, tipo barco. Completó su estilismo, que, dicho fuera de paso, le parecía exagerado hasta para ir a una boda, con unos estilosos zapatos de cuero plateado, que la elevaron diez centímetros sobre la superficie del suelo y estilizaron su figura de un modo asombroso. Nunca antes había perfilado con más claridad la conversión de larva a mariposa. La joven se planchó su melena oscura y la dejó descansar libremente sobre su espalda y se maquilló un poco los ojos. Cundo le pareció que había terminado de arreglarse, se contempló al espejo y soltó una sonora exclamación. Se había transformado en una hermosa mujer que combinaba a la perfección con el impecable aspecto de Emir Dogan, quien llevaba para la ocasión un elegantísimo traje azul marino de dos piezas, camisa blanca almidonada y corbata rosa cuarzo.

Los ojos de Emir evaluaron con atención la transformación de Eva y su gran sonrisa apreciativa indicó que había quedado conforme, y podía que un poco impresionado, con su nuevo aspecto.

—Estás preciosa, Eva —la elogió, colocándole un mechón sedoso detrás de la oreja y tocándole con suavidad la punta de la nariz—. Esa combinación, blanco, negro y plata, debería ser un imprescindible en tu armario, hasta cuando llegues a ser una temida inspectora de Hacienda.

Eva sonrió complacida y su autoestima subió un par de grados en intensidad. Parecía la cenicienta del cuento y sabía que no debía meterse demasiado en el papel que estaba interpretando puesto que los cuentos no acababan siempre bien. No obstante, las neuronas que mantenían su realidad a raya parecían haberse ido de vacaciones y la habían dejado para que disfrutara libremente de aquel mundo de fantasía recién aparecido en su vida. Le costaba creer que su deseo más ardiente de los últimos años fuera convertirse en una inspectora de Hacienda, cuando en ese momento ni parecía acordarse de ello.

Emir eligió para completar su vestimenta un moderno abrigo de pelos en tono azul eléctrico, que la elevó del estatus de distinguida a impresionante. Mientras pisaba con seguridad las baldosas de mármol del hotel, le costaba creer que fuera la misma persona que había pasado por ahí, sin pena ni gloria alguna, un par de horas antes.

Con un humor inmejorable, Eva hizo un gesto de agradecimiento al chófer que la miraba con la boca abierta, incapaz de asimilar el hecho de que esa mujer increíble era la misma que él había

recogido en el aeropuerto pocas horas antes.

Una vez instalados en el coche, Eva le preguntó a Emir:

—¿Cómo se dice gracias en turco?

—*Teşekkürler.*

—¿Y hola?

—*Merhaba!*

La joven repitió las dos palabras unas cuantas veces y, al toparse en el espejo con la mirada complacida de Emir, supo que se sentía orgulloso de ella y de sus esfuerzos por encajar en su mundo.

## Capítulo 18

Mientras la verja de hierro forjado de la entrada se deslizaba con suavidad hacia un lado, el estado de nerviosismo de Emir crecía a pasos gigantescos. Lanzó una mirada furtiva a Eva y su aspecto impresionante y la serenidad de su mirada le infundieron un poco de sosiego. No podía reprocharle nada a la joven, se estaba comportando de un modo impecable, adaptándose mejor de lo esperado a su nueva situación. Además, la etiqueta le sentaba bien, parecía que llevaba toda su vida vistiéndose de Chanel y Valentino. Aquellos aspectos acallaron muchas de sus dudas y le infundieron los ánimos necesarios para pensar que, finalmente, él y la mujer escogida por el destino podrían llegar a mantener una relación verdadera. Eva era guapa, inteligente, pasional y parecía realmente enamorada de él. Se adaptaba con facilidad a los retos impuestos, siendo capaz de llevar con la misma naturalidad una cazadora de plumas que un carísimo abrigo de marca. Y esa misma tarde se habían besado, hecho que arrojaba muy buenas perspectivas sobre la vida íntima de ambos en el futuro. Emir Dogan estaba satisfecho con la mujer que la vida había elegido para él, no imaginaba desear nada mejor que una joven así a su lado, al menos, en ese momento. Para no añadir el hecho de que llevaba en su vientre a su hijo, el futuro agá de Kays. Y, si fuera una niña, quedaría igualmente satisfecho, puesto que acallaría los rumores de Capadocia sobre su descendencia y lo llenaría de felicidad.

Emir no podía predecir la reacción de su familia, esperaba que por respeto hacia él se mantuvieran tranquilos y educados con su prometida.

«Su prometida».

El significado de aquella palabra sonaba delicioso, le provocaba escalofríos a lo largo de la columna vertebral cada vez que lo pensaba. Los acontecimientos habían sucedido con tanta rapidez que no se había parado a pensar en los detalles. Y, para su sorpresa, se sentía ilusionado como si llevara esperando tiempo aquel momento y no lo hubiera decidido tan solo un día antes. La imagen de su familia volvió a ensombrecer su entusiasmo y las dudas con respeto a las contradicciones en las que podría incurrir Eva delante de ellos recobraron fuerza, aunque por un espacio corto de tiempo. El destino, en su cometido de tejer los hilos de su vida, le había puesto en su camino a una mujer que no hablaba turco y sus parientes sabían un inglés muy básico. Las únicas que podrían mantener una conversación fluida con Eva eran Umay y su sobrina, y deseó en su fuero interno que ambas estuvieran bastante impresionadas por la situación y poco habladoras.

Mientras dos agentes de seguridad se apresuraban a custodiarlos al interior de la casa, Emir lanzó un ardiente rezo al Todopoderoso para que Umay sufriera esa noche dolor de cabeza y no participara a la cena.

Le ofreció el brazo a Eva, pendiente para que sus altos zapatos no patinasen en la superficie resbaladiza de la acera, completamente cubierta de un manto blanco. La vio un poco contenida ante la grandeza de la propiedad, pero Emir se abstuvo de quitarle importancia al hecho de que se estaban adentrando en uno de los patrimonios más exclusivos de todo Estambul. Aquella era una realidad y Eva debía enfrentarla y comprenderla ella sola. No pensaba excusarse ni pedir disculpas por el hecho de ser rico y poderoso.

No le dio tiempo a tocar el timbre de la entrada de la casa puesto que la puerta se abrió y su madre, en persona, apareció en el umbral con un gesto ansioso dibujado en su cara. Emir apretó la mano de Eva preparándola de modo inconsciente ante el fuerte vendaval que se le vendría encima y, sonriendo con afabilidad, trató de mostrarse sereno y tranquilo ante su madre.

Hazan se hizo a un lado con la mirada pegada al cuerpo de Eva. La joven se percató del escrutinio y mantuvo el tipo como pudo, murmurando la palabra «merhaba» con un fuertísimo acento americano.

Una vez dentro de la casa, Emir soltó la mano de Eva y se dispuso a saludar como era debido a la matriarca. Se llevó su mano a los labios y después a la frente, pidiendo su bendición. La notó crisparse, presumiblemente enfadada por no estar al corriente de los avances amorosos de su hijo. Cuando terminó, se giró hacia Eva, la tomó de nuevo de la mano y dijo a modo de presentación, en turco:

—Madre, te presento a mi prometida, la señorita Eva Turner.

Eva, al escuchar su nombre y comprendiendo que hablaban de ella, le dedicó a la señora de la casa una de las sonrisas más deslumbrantes que poseía en su repertorio.

La mujer esbozó, a su vez, un intento de saludo y se quedó un largo tiempo con la mano extendida, para que su futura nuera hiciera los honores y se la besase. Al advertir que ese gesto no ocurriría, le lanzó una mirada ofuscada a Emir, regañándolo en turco:

—¿Tu prometida no sabe saludar como manda la tradición a los mayores, hijo? Empezamos con muy mal pie, Emir. Extranjera, no habla nuestro idioma, no conoce las normas básicas, para no hablar del hecho de que nunca nos hablaste de ella.

—No conoce nuestras costumbres, mamá. Dale tiempo, por favor, y no la juzgues antes de tiempo.

Hazan abrió la boca para continuar remetiéndole en contra de la joven, pero su hijo detuvo sus intenciones, pues no quería ser descortés y hablar delante de Eva en un idioma que ella desconocía.

—¿Y qué se supone que debemos hacer en el futuro? ¿Quedarnos callados porque la americana no habla turco, Emir? ¿Una extranjera en la familia Dogan? No lo permitiré.

En ese instante llegaron al comedor. Hazan se echó a un lado, dándole a su hijo la posibilidad

de entrar en primer lugar. Ahí estaba reunida la familia al completo, incluida, Umay, quien sujetaba al bebé de cerámica con mucho mimo en sus brazos.

Emir hizo un gesto a modo de saludo general y, girándose hacia Eva, la tomó por el codo, mostrándola ante su familia como si de un trofeo valioso se tratase:

—Os presento a la señorita Eva Turner, mi prometida.

Muchos pares de ojos se clavaron en la joven, que mantenía el tipo como mejor podía. Emir entendía lo incómoda que debía resultarle la situación, puesto que no hablaba el idioma, no estaba al tanto de las costumbres y no conocía a nadie aparte de él. Como no quería estresarla más de lo necesario, Emir se apresuró en dar normalidad al asunto y, tras acercarse al lugar que ocupaba en la mesa, le ofreció a ella el de su izquierda y, por lo tanto, obligó a Umay a desplazarse a una silla más lejos.

Eva tomó asiento en la silla indicada, sin estar consciente de la tensión formada alrededor debido al hecho de que ocupaba el lugar de toda la vida de Umay. Pero, claro, ella desconocía ese aspecto, como también desconocía que Umay era la exesposa de su prometido.

El señor Murat pidió con un gesto que la nueva invitada se acercase a él y todos quedaron más que sorprendidos al observar que el anciano esbozaba una leve sonrisa, señal de que la joven era de su agrado. Ella, a su vez, se sintió animada por las buenas vibraciones e, imitando el gesto de su prometido, besó la mano del anciano, para llevársela después a la frente. Toda la familia aplaudió el gesto puesto que era más que obvio que se trataba de algo espontáneo y la buena sintonía «suegro-nuera» estaba asegurada.

—Así que no conoce nuestras costumbres, pero a tu padre le besa la mano, en cambio a mí, no —ladró Hazan con acritud. Para ella, el gesto que había hecho la americana tenía el mismo significado que una declaración de guerra.

—Mamá, de verdad que no lo sabe. Tú nos tomaste por sorpresa, apareciste de repente y se emocionó. Con papá ha sido diferente.

Mientras Lana servía la cena y los comensales perdían algo de interés en taladrar con las miradas a la invitada sorpresa, Umay se interesó en inglés:

—¿Y dónde os conocisteis?

—En la universidad —respondió Eva, deseosa de decir algo, por fin.

La palabra «*university*», muy parecida a la traducción turca, fue comprendida por todos los presentes. Entonces, Hazan encontró el momento propicio para averiguar algunas cosas sobre su futura nuera.

—Entonces, ¿eres profesora? —Eva la miró con los ojos muy abiertos, pero no logró comprender la pregunta; se giró curiosa hacia Umay, quien hizo de intérprete y se la tradujo.

Emir deseó que aquel juego de «pregunta-traducción-respuesta» no se produjera, pues temía que alguna incoherencia sacase a relucir las fisuras de su incipiente relación con Eva. Había apostado el éxito de aquella reunión en el desconocimiento del idioma y Umay le estaba zarandeando la tranquilidad con su entrometimiento lingüístico.

—Ah, no, no soy profesora —aclaró Eva, contenta de haber encontrado una vía de comunicación—. Soy estudiante de posgrado, Emir es mi profesor.

Ante esa aclaración, todos los ojos de los comensales perdieron el interés de mirar a la nueva y se posaron en Emir. El hombre no sabía dónde meterse, pues las miradas acusatorias de los suyos le provocaron un terrible dolor de cabeza cuando su exmujer terminó de hacer la traducción.

Se esforzó en aclarar el estatus de los estudiantes de posgrado, acentuando el hecho de que no se trataba de estudiantes normales y corrientes, sino de personas que habían finalizado una carrera universitaria y seguían estudiando un grado superior para enriquecer sus conocimientos. Su breve explicación surtió el efecto deseado y sus familiares dejaron de mirarlo como si hubiera cometido incesto.

—Y tus padres, ¿a qué se dedican, querida? —retomó el interrogatorio Hazan, predispuesta a escuchar que la mujer elegida por Emir sería la hija de algún magnate petrolero de Texas. Casi se le escapó el tenedor de la mano cuando escuchó a Umay traducirle que sus futuros consuegros se dedicaban a la peluquería y a trabajar para Hacienda en un insignificante puesto de técnico. Y que la muchacha tenía un hermano policía.

Sus ojos agrandados por la impresión le lanzaban a su hijo unos mensajes alarmantes del tipo: «Debemos hablar cuanto antes. Esta mujer no puede entrar en nuestra familia».

Un denso silencio se volcó sobre los Dogan, que no encontraban ningún otro tema que debatir con la recién llegada. Finalmente, Aysel, la sobrina de Emir, se interesó por la fecha de la boda:

—Abuela Hazan dice que os vais a casar. ¿Cuándo?

Eva sonrió, señal de que el inglés de la niña era excelente y que había comprendido la pregunta; si bien le dejó a Emir la tarea de avisar a su familia que la boda se celebraría, nada más y nada menos, que la siguiente semana.

—Dentro de siete días —contestó Emir con tranquilidad, soportando con resignación las miradas atónitas de los suyos. Hasta su padre parecía estar más cuerdo de lo normal, abriendo los ojos con mucho énfasis, señal de que la conversación lo había sorprendido hasta a él.

—¿Siete días, hijo? ¿Cómo vamos a celebrar tu boda en una semana? ¿Te has vuelto loco de remate? ¿Qué significan esas prisas? ¿La muchacha con la que quieres casarte no tiene padres? ¿No tendremos una reunión para hacer la pedida de mano?

—He pensado en una boda simple, como las de los lugareños de Kays. Lo celebraremos en nuestro pueblo de Capadocia, por lo que no serán necesarios más preparativos que los que se harían para un súbdito cualquiera. Está decidido, y sí, mi prometida tiene padres, haremos la pedida un par de días antes de la boda, no los hemos invitado todavía, pero me imagino que vendrán.

—¿La chica se casa y sus padres no lo saben? Aquí hay muchas cosas que no cuadran, hijo. ¿Cómo ha podido aceptar casarse sin la bendición de los suyos? —se extrañó Hazan, totalmente confundida por la situación.

Emir comprendió que había metido la pata al mencionar que los padres de Eva desconocían la

fecha del enlace, pero ya era tarde para desdecirse. Optó por ignorar a su madre, quien lo miraba con gesto enfadado, pensando que más adelante, en cuanto le diera la noticia de que se convertiría en abuela, se tranquilizaría. El ambiente estaba tan tenso que hasta Eva, que no comprendía el idioma, se dio cuenta de que la madre de Emir estaba descontenta y exigía respuestas. Observó cómo Emir les ofrecía una breve explicación nombrando Capadocia, por lo que supuso que estaría dándoles detalles referentes a la celebración del matrimonio, ya que Emir le había comentado que deseaba casarse con ella en su pueblo, delante de los cuatrocientos residentes de la zona.

La última nota desconcertante de la cena la puso Umay, quien se levantó de la mesa sin disculparse y, tras recoger al bebé de porcelana con mimo de la trona, se alejó corriendo. La americana se preocupó por ella porque le pareció divisar unas lágrimas en sus mejillas. Esa joven, a la que Emir llamaba familiar sin precisar el rango, le cayó especialmente bien, sobre todo por haberla ayudado con el idioma.

Emir no tardó en poner punto final a la reunión familiar y, tras una fría despedida de Hazan y el resto de comensales, los recién prometidos se montaron en el coche, que en esta ocasión conducía Emir, y pusieron rumbo al hotel.

## Capítulo 19

Una vez que los invitados se hubieron marchado, Hazan se refugió en su dormitorio, dando absurdas vueltas en círculo con la mirada perdida. Emir y la chica americana habían abandonado la casa y ella no podía dejar de pensar en ellos. Algo se le escapaba de esa relación y la matriarca de los Dogan estaba decidida a averiguar lo que era.

Su hijo, Emir, había demostrado desde siempre ser un hombre sensato, tranquilo y equilibrado, no cuadraba para nada que estuviera tomando decisiones precipitadas, ni que se posicionase en contra de las tradiciones y de su propia familia. Nunca, jamás, había actuado sin el acuerdo previo y el consentimiento expreso de sus padres, y menos en un asunto tan serio como el matrimonio.

Y, de pronto, Emir se comportaba de un modo distinto, haciendo gala de una rebeldía que no encajaba de ningún modo con su manera de ser. Su madre se había percatado de su falta de apetito de los últimos días y que su mente andaba un tanto distraída. Apenas hablaba y, cuando sus familiares le dirigían la palabra, no estaba al tanto de la conversación. Hazan había intentado sacarle el motivo de su preocupación, pero sin resultado.

Emir se había marchado de la casa de forma precipitada y, tiempo después, la había llamado desde Hamburgo, avisándole de que vendría a cenar con su prometida, una chica americana que había conocido hacía poco en la ciudad alemana. Hazan recordó que, a causa de la impresión, no había sido capaz de reaccionar y, antes de llegar a espabilarse, su hijo le había colgado el teléfono.

A partir de ese momento, la mujer se vio sumida en un estado de tensión y ansia, y la corta visita de Emir, acompañado por la mujer extranjera, no logró tranquilizarla, sino todo lo contrario.

Dejó de pensar en Emir y se centró en Eva, puesto que intuía que la solución a sus preguntas la encontraría en ella. Era una joven bonita de buenas caderas y brillante pelo oscuro, pero no era una belleza en el sentido literal de la palabra. No, su hijo no estaría interesado en una mujer así solamente por su físico. Después, Hazan barajó algún interés económico o de negocios, pero no era el caso, la joven misma había reconocido pertenecer a una familia humilde; por el Todopoderoso, ¡era la hija de una vulgar peluquera y de un funcionario! Además, no era turca, y Emir tenía que ser consciente de que un agá no podía casarse con una mujer extranjera sin obtener, previamente, el permiso especial de los mayores de Kays. Un permiso que, desde luego, su hijo no tenía ni se había molestado en pedir.

No, Emir no podía desobedecer todas las normas y pretender casarse con una extranjera que no tenía ni vicio ni beneficio. No, por nada en el mundo Hazan iba a dar su bendición a un plan tan descabellado. Además, esa mujer le pareció muy contradictoria; con seguridad, era una cazafortunas que había embobado a Emir. Llevaba un vestido carísimo, que Mavi recordó haber visto en la colección de invierno de una reconocida casa de moda turca, por lo tanto, no pudo habérselo comprado ella misma. Era estudiante, no trabajaba y había aceptado casarse sin pedir el permiso y la bendición de su propia familia, a la que no había avisado siquiera de que había aceptado casarse. ¿Qué tipo de mujer haría unas cosas tan desconsideradas?

Hazan se acercó a la cama de su marido y le cubrió el torso con la colcha. Lo examinó pensativa, deseando que Murat estuviera bien para imponer su voluntad ante su hijo y prohibirle que pusiera en práctica un plan tan alocado. Pero claro, Murat ya no tenía la autoridad de antaño, y en la actualidad el hombre más poderoso de la familia Dogan y de la región de Kays era Emir. Y si Emir deseaba de verdad tomar como esposa a la joven americana, nadie podría impedirselo. Ni siquiera la propia Hazan.

La matriarca apagó la pequeña lámpara situada en la mesita de noche de su marido y abandonó el dormitorio. Cruzó el largo pasillo y encaminó sus pasos hacia la habitación de su exnuera. Suspiró pensando que otro gran problema se le vendría encima. Si Emir traía a la americana a la casa, Umay tendría que marcharse. Y, entonces, la familia de su exnuera declarararía la guerra a la familia Dogan. El divorcio no significaba una ofensa para una familia poderosa como era el caso de los Koscolu, en tanto a la mujer se le mantuviera en la casa de su exmarido, pero si la echaban, entonces sus familiares podrían sentirse con derecho a tomar la justicia en sus manos y reclamarles la ofensa. Y Umay tenía cuatro hermanos, poseedores de una fama no precisamente buena.

Con esos nefastos pensamientos en la cabeza, abrió la puerta del dormitorio de Umay y la encontró sentada en su sillón favorito, acunando el niño de porcelana en su regazo. Le cantaba una nana, absorta en sus pensamientos.

Y, de pronto, Hazan sintió cómo un brillante rayo de luz iluminaba su cerebro y la sacaba de la profunda niebla en la que estaba metida. Comprendió al instante el misterio de la americana. Lo distinguió con tanta claridad que se preguntó cómo no lo había visto antes. Entendió las prisas de su hijo por casarse y su modo de actuar. Emir no estaba menospreciando las tradiciones, sino todo lo contrario: actuaba de ese modo justamente para que las tradiciones siguiesen adelante. Había elegido a Eva porque llevaba en su vientre un hijo suyo. El primero hasta la fecha, el heredero que los habitantes de Kays llevaban tiempo reclamando y que Hazan, en su fuero interno, había temido que Emir nunca tendría.

La mirada llorosa de Umay la sacó de sus conjeturas. Sintió rabia y enfado en contra de su exnuera por no haber sido capaz de ofrecerle a Emir un heredero. De haberlo hecho, no estaría ahora metida en medio de tantas preocupaciones y su querido hijo no tendría por qué casarse con una extranjera.

—Madre, ¡Emir se va a casar! ¿Qué voy a hacer a partir de ahora? Usted prometió ayudarme, me juró que algún día pondría a un hijo de verdad en mis brazos. ¡Y no está cumpliendo su palabra! —se exaltó Umay, al tiempo que se levantaba de la silla y dejaba al bebé de mala gana de lado—. Si esa mujer viene a esta casa, le haré la vida imposible, le pondré veneno en la sopa. Juro que lo haré.

De pronto, Hazan comprendió que necesitaba mucho tacto para deshacerse de Umay, la chica llevaba tiempo perdida en su mundo y la veía capaz de cometer cualquier locura que se le cruzase por la mente. Y lo único que le faltaba era que su exnuera envenenara al heredero de los Dogan, que tanto tiempo llevaban esperando.

—Umay querida, no temas, mi instinto de madre me dice que esa mujer es la elegida para traer a un hijo a esta casa. El hijo que Emir tanto precisa. Que tú necesitas para permanecer a su lado. La trataremos bien hasta que tenga al niño, ya después le pondremos veneno en la sopa y se irá. Te lo prometo.

Las palabras tranquilizadoras de Hazan provocaron un cambio radical en su exnuera. En sus ojos almendrados parecía haberse alojado un esplendoroso sol de agosto, tanto le brillaba la mirada. Una generosa sonrisa hizo acto de presencia en sus labios al tiempo que se abalanzaba sobre su suegra y le daba un intenso abrazo.

—*Anne*, es usted la mejor. Me portaré bien con la americana, es más, no la molestaré ni le diré que soy la exmujer de Emir. La ayudaré en todo lo que pueda para que traiga a esta casa el niño que tanto necesitamos. Lo haré, mamá, se lo prometo.

—Puede que sea necesario que te marches por un tiempo, Umay. Si ella se entera de quién eres, es muy probable que no te quiera en esta casa. Y ya sabes que tendrá autoridad sobre todos nosotros porque al casarse con Emir se convertirá en una mujer con mucho poder. No podré protegerte.

—No lo hará, madre, me esforzaré tanto en agradar que la americana no me echará de aquí. Ya lo verá.

Hazan asintió con la cabeza y se despidió de su exnuera. Se fue pronto a dormir, deseosa de reponer fuerzas, puesto que, a partir del día siguiente, debía ponerse manos a la obra para organizar la boda de Emir. Se iría a Kays, pediría un permiso especial para que la boda de su hijo con la americana pudiera celebrarse sin ningún contratiempo. Al menos durante los próximos nueve meses todo el mundo debía ver con buenos ojos a Eva y ella, Hazan, se ocuparía de que así fuese.

## Capítulo 20

Eva escrutaba con atención la marea humana que transitaba el aeropuerto internacional Atatürk, el más importante de Estambul, puesto que el vuelo de Houston había anunciado su llegada y estaba impaciente por ver a sus padres y a su hermano.

La joven recordó la llamada que hizo a principios de aquella semana, avisándoles de que el siguiente sábado iba a casarse con Emir Dogan en Turquía. Su madre había quedado tan sorprendida por la noticia que apenas había sido capaz de hablar, simplemente, se pusieron de acuerdo en relación a los vuelos y los tiempos de llegada. El único que conocía la verdad sobre esa relación era su hermano, Daniel, y a esas alturas Eva supuso que sus padres se habrían enterado de que se convertirán, en menos de un año, en abuelos. La joven no pudo reprimir una media sonrisa al imaginarse la cara que había puesto su madre al saberlo.

Una mata rizada de un intenso rojo fuego le llamó la atención entre la multitud y, levantándose de puntillas, agitó con entusiasmo la mano para que su progenitora advirtiera su presencia. Emir siguió su mirada al tiempo que le preguntaba:

—¿Son tus padres?

Le confirmó con un asentimiento de cabeza y, segundos más tarde, se arrojaba de forma efusiva en los brazos de su madre. Unas intensas ganas de llorar se apoderaron de ella al sentir el calor que desprendía el cuerpo de Ina. No se consideraba a sí misma sentimental, de hecho, la relación de madre e hija nunca había sido demasiado estrecha; sin embargo, las hormonas y los nervios provocaron que tuviera esa reacción. Instantes después, lograba dominar sus impulsos y, tras limpiarse la cara con el dorso de la mano, abrazaba a su padre, quién la miraba con gesto serio, presagiando una intensa futura discusión. En cuanto se separó de él se dejó mimar por Daniel, quien mostraba una actitud afable, aunque bastante rígida y formal.

A continuación, Eva tomó a Emir de la mano y lo presentó a su familia. Se sintió un tanto cohibida al hacerlo, puesto que su futuro marido ofrecía un aspecto demasiado pulcro y formal, envuelto en su traje hecho a medida. Su prometido se esforzó en agradar, besándole la mano a su madre con educación y dando un fuerte apretón a los dos hombres. Hablaron poco, limitándose a intercambiar impresiones sobre la duración del vuelo, espiándose de reojo con interés indisimulado.

—Estás muy rara —apreció su madre en voz baja, una vez instalados en la limusina que

aguardaba al exterior del aeropuerto—. ¿Por qué vestes así? ¿Y tu marido? ¿Se ha puesto el traje de novio para esperarnos al aeropuerto? ¿Y esa limusina? ¿De qué va todo esto, cariño?

Eva soltó el aire retenido en sus pulmones, sopesando en su mente qué noticia darle a su madre en primer lugar: que estaba embarazada, que Emir era uno de los hombres más importantes de Turquía, que existía la posibilidad de que se quedase allí para siempre ¿o que su boda se celebraría delante de cuatrocientas personas que formaban el pueblo Kays? Al final, resolvió comenzar por lo más fácil, puesto que no le apetecía tener una discusión demasiado intensa en aquel espacio reducido.

—Mamá, esta es la ropa que debo vestir en Estambul. Mi futuro marido es un hombre importante y no puedo desentonar ni ponerlo en evidencia. Bueno, pero no me mires así, siempre has deseado que tenga un aspecto cuidado y femenino. —La joven intentó quitarle importancia al hecho de que para ir a recoger a sus padres al aeropuerto llevaba un pantalón de talle alto color gris claro, combinado con un suéter de cachemira en tono rosa cuarzo y un abrigo clásico que le llegaba hasta la rodilla y se sujetaba a su cintura con una tira ancha.

—Sí, es cierto, ¿qué madre no desearía que su hija esté tan arreglada? Pero lo tuyo me parece demasiado. Nunca me hablaste de este hombre, Eva. ¿Quién es? ¿Un presidente o algo así? ¿Qué tienes en común con alguien como él? Cuando me mira directamente a los ojos, me entran ganas de tratarlo de usted. Esperaba conocer a un jovencito que vistiera tejanos ajustados, camisa de cuadros y que llevase tres *piercings* en la oreja izquierda, y me encuentro con un hombre con canas, serio, estirado y demasiado formal para el siglo en el que vivimos.

—Mamá —le rogó Eva en tono suplicante—, más tarde hablaremos de todo, ¿vale? Ahora iremos al hotel a descansar porque esta noche Emir nos llevará a la casa de su familia para que podáis conocer a sus padres.

Eva, Daniel y sus progenitores se alojaron en la enorme suite de tres dormitorios que Emir había reservado días antes. El empresario turco se despidió de ellos, quedando en recogerlos a la hora de cenar para llevarlos a la residencia Dogan.

Eva pidió té caliente para todos y unos dulces típicos para merendar. Su hermano no había divulgado su secreto, dándole de ese modo una clase magistral de discreción y fraternidad. Mientras merendaban, la joven confesó que estaba embarazada, lo que arrojó luz sobre sus prisas por casarse.

Como era de esperar, sus padres se quedaron boquiabiertos ante esa sorprendente noticia. Desde siempre, Eva había sido una chica muy estudiosa y sensata, y nunca había tenido un novio formal. Y de no tener nada destacable en el plano sentimental pasó, en cuestión de semanas, a tener el lote completo, compuesto por el novio formal, que en breve se convertiría en su marido, y el niño. No vieron con buenos ojos el traslado de Eva a Estambul, ni el hecho de que pensara fijar allí su residencia, y le advirtieron que se trataba de un país musulmán, donde, aparte de Emir, no conocía a nadie más. Intentaron disuadirla, pero la joven confesó estar muy enamorada de Emir, en quien confiaba plenamente.

—Eva, cariño, prométeme que, si las cosas te van mal, regresarás a casa —le pidió su padre, al advertir que no había manera de convencerla a renunciar a Estambul y a Emir—. Comprendo que estés impresionada, este hotel parece sacado de un cuento de *Las mil y una noches*, tu futuro marido da la impresión de ser un hombre con autoridad, dispuesto a salirse con la suya, pero ¿qué sabes realmente de él y de su familia? ¿Crees que ven con buenos ojos que se case con una mujer que no pertenece a su cultura?

—Papá, no sé muchas cosas sobre él, es cierto, pero confío en Emir, es uno de los hombres más íntegros que he conocido en mi vida. No sé lo que me deparará el futuro, aunque te prometo que, si las cosas se ponen feas, regresaré a casa.

—Eva —le advirtió su hermano con gesto serio—, no estás sola, ¿vale? Nunca debes olvidar que tu familia te adora y está dispuesta a hacer lo que sea por ti. Iremos a la casa de tu prometido, nos pondremos las mejores galas y nos comportaremos con el respeto debido, pero, si observo una mínima falta de respeto hacia ti o nosotros, sacaré las garras.

Eva se abrazó a ellos, emocionada de verlos tan preocupados por ella. La joven tenía sus propias dudas, y muchas de las preocupaciones de los suyos las había sentido ella también en sus horas bajas; no obstante, había decidido emprender un camino junto a Emir y no pensaba echarse atrás. Vivía en una especie de nube, en un cuento de príncipes y princesas, en un mundo rosa, donde había alegría y felicidad y los malos, simplemente, no existían. O, al menos, eso esperaba.

## Capítulo 21

En Turquía las bodas se repartían en tres fases, por lo que Eva y sus familiares recibieron un cursillo intensivo para poder hacer frente a las obligaciones que se les vendrían encima al ser parte principal en las ceremonias. La peor parte se la llevaba la novia, pues ella era la protagonista absoluta y en cada fase se le exigía un comportamiento regido por normas y tradiciones.

El día que llegó su familia de Estados Unidos celebraron la pedida de mano. A la hora de cenar se presentaron en la casa de Emir, aparte de sus familiares directos, unas veinte personas más que, según le explicaron, eran los más allegados, como primos y tíos de primer grado. Tras una conversación extraña, traducida a partes por Emir y Umay, los novios declararon, delante de todos, que tenían la intención de casarse. Llegados a este punto de la ceremonia, una mujer mayor les unió las manos con una cinta roja, que cortó con las tijeras, acto que significaba compromiso.

A continuación, se sentaron a cenar. Eva y los suyos quedaron un poco olvidados, ya que el idioma predominante era el turco y tanto Emir como Umay parecían haberse cansado de traducir todo el rato. El punto de suspenso de la noche lo puso la madre de la novia que, al encender un cigarrillo, escandalizó a partes iguales a hombres y mujeres. Finalmente, Ina comprendió que su gesto no era del agrado de los anfitriones y no volvió a fumar en toda la noche, lo que la dejó apagada y consumida en su silla.

Cuando dieron la fiesta de pedida por finalizada, Emir los acercó al hotel, explicándoles que, aun cuando en la gran mansión familiar tenían sitio de sobra para alojarlos, no se consideraba adecuado hacerlo antes de estar formalizado el matrimonio.

Los Turner acabaron agotados tras el cambio horario, el viaje de catorce horas y la pedida bilingüe de mano. Se acostaron sin apenas intercambiar impresiones, puesto que debían despertarse temprano para volar a Capadocia. Al día siguiente, mientras viajaban hacia ese lugar, Eva buscó en Internet fotos de la zona, expectante por conocer una tierra tan diferente y espectacular. Al llegar comprendió que aquella región superaba con creces todo lo que había visto en las fotos. Era, sin duda, una de las regiones más hermosas, mágicas y atrayentes que había contemplado en su vida. Desde el aeropuerto hicieron el viaje en coche, recorriendo varios pueblos y valles cubiertos por un manto blanco y esponjoso de nieve. La carretera era una sucesión de estrechos pasadizos sacados de algún libro de cuentos de paisajes. El viento soplaba

con poderío, estampándose con fuerza en las figuras cónicas que se alzaban en todas partes. Emir le explicó que la zona de Anatolia, a la que pertenecía la región de Kays, había sido declarada patrimonio de la humanidad por la UNESCO y que todas las construcciones, ya fueran antiguas o actuales, debían construirse con piedra del lugar, manteniendo así un color y estilo uniforme. Muchos de los hoteles que dejaron atrás mientras se dirigían a la propiedad de los Dogan estaban situados sobre enormes bloques de piedra, como si de edificios gigantes se tratase. Emir les dijo que se aprovechaban las cuevas reales, pero las habitaciones o casas se adaptaban y se renovaban para poder ser habitables.

La propiedad que la familia Dogan poseía en Capadocia era un edificio enorme, construido en piedra calcificada color amarillo pálido. Se repartía en varios pisos desiguales, a los que se ascendía a través de unas escaleras que discurrían en vertical, formadas del mismo material rocoso.

Hazan estuvo todo el trayecto muy pendiente de su futura nuera, tomándola del brazo y preocupándose por su bienestar. Eva quedó más que sorprendida por su cambio de actitud, ya que la primera noche que la conoció se había llevado la impresión de no haberle caído muy bien. Intercambiaron unas frases cortas; Eva había aprendido unas palabras básicas en turco y su futura suegra se explicaba de maravilla con las manos y los gestos. Emir, por su parte, se ocupaba de sus futuros suegros, a los que guiaba con paciencia y los mantenía entretenidos con historias del lugar. Daniel caminaba junto a Umay, con quien conversaba de forma animada.

Una vez llegados a la parte superior del edificio, donde estaban situados los dormitorios, se fueron a descansar para prepararse para la segunda fase de la boda, llamada «la noche de la henna». Era algo parecido a una despedida de la soltería que los novios debían celebrar por separado; el novio, en compañía de los hombres, y la novia, en la de las mujeres. Cuando las dos ceremonias terminaran, a los novios se les permitía verse.

Eva durmió varias horas seguidas y despertó animada y bien dispuesta a quedarse en manos de las mujeres que iban a arreglar su aspecto. Esperaron a que el sol se retirara y la hicieron sentarse en una silla cubierta de un manto de terciopelo color dorado. Dos mujeres comenzaron a pintarle las manos con hermosos dibujos orientales, como si de unos tatuajes se trataran. Emir le había explicado que emplearían un tipo de henna suave que le duraría unos cuantos días, lo había dispuesto de ese modo para que la siguiente semana Eva pudiera retomar sus estudios en Hamburgo.

Cuando sus manos quedaron cubiertas por aquellas formas sensuales, la vistieron con una túnica de color rojo que le llegaba hasta el suelo y la calzaron con unos zapatos dorados, cubiertos de piedras de diferentes colores. Sobre la cabeza le colocaron una tiara redonda, de la que colgaron un velo rojo transparente que le cubría por completo la cara y el cabello. Varias mujeres vestidas con llamativos caftanes en distintos colores, entre las cuales se incluía Ina, Umay, Hazan y Mavi, realizaron un baile extraño en torno a ella, portando en las manos velas encendidas y bandejas repletas de diferentes objetos. Eva se abrumó porque en la estancia hacía mucho calor y el velo

que la cubría por completo le impedía respirar con normalidad. El olor de cera derretida le provocó angustia y creyó desmayarse en cualquier momento. De tanto en tanto, alguna mujer le retiraba el velo y la miraba de cerca, hecho que más tarde Umay le indicó que era para comprobar si estaba llorando.

—¿Y por qué quieren que llore? —le preguntó Eva, confundida.

—Tienes que llorar, Eva —contestó Umay, un tanto desesperada por la terquedad de la americana—, de lo contrario, la noche de la henna nunca finalizará. Estarán cantando y dando vueltas a tu alrededor hasta que lo hagas.

—Pero ¿por qué? —se mantuvo la novia en sus treces.

—Es lo que debe hacer una novia en su noche de henna. Las mujeres interpretan canciones religiosas antiguas que, se supone, deben emocionarte y hacerte llorar. Si no lo haces, pensarán que no han conseguido su propósito y seguirán hasta lograrlo.

—¿Y nadie puede explicarles a estas mujeres que estoy sofocada por el calor, cansada, agobiada y que no entiendo una palabra de lo que ellas cantan? —explotó Eva, angustiada.

—Finge llorar un poco, eso valdrá para contentarlas y tu suplicio habrá terminado —repuso Umay malhumorada. Por lo visto, ni siquiera ella, una mujer joven y moderna, podía comprender a una novia que no daba señales de emocionarse en su noche tan especial.

Finalmente, Eva acabó llorando de puro agotamiento y las mujeres comenzaron a chillar, señal de que se había cumplido la tradición. Le retiraron el velo de la frente y le acercaron un espejo para que pudiera contemplarse. La americana quedó sorprendida ante el aspecto exótico y sensual que ofrecían sus manos pintadas de henna, el contraste entre el tono rojo brillante del vestido y su pelo negro peinado de un modo que enmarcaba su rostro y le llegaba hasta la mitad de la espalda. Los párpados delineados en un intenso color negro evidenciaban más de lo normal sus ojos verdes, y les daban un aspecto oriental. Le costaba encontrarse en aquella princesa fuera de tiempo y tuvo la sensación de haber sido transportada a otra época. No podía haber ninguna relación entre la mujer sensual, envuelta en metros de seda roja, poseedora de aquella mirada enigmática y la joven estudiante que vestía vaqueros, sudaderas anchas y apenas se aplicaba sombra de ojos en las parpados.

El sonido intenso de unos tambores la sacó de sus reflexiones y observó cómo el grupo de las mujeres se hacía a un lado para dejar paso al novio, que venía a presentarle sus respetos. Emir vestía un traje regional, compuesto por unos pantalones babucha de seda y una túnica bordada a mano en tono plateado con ribetes azules. A Eva se le cortó la respiración y tuvo la sensación de aterrizar de nuevo en medio de un cuento. Si por lo regular Emir impresionaba la vista con sus trajes hechos a medida, la ropa tradicional lo había convertido en un príncipe. Sus miradas se cruzaron y el brillo intenso que divisó en sus ojos oscuros la encendió por dentro y provocó que el estómago le diera un brinco.

Él detuvo sus pasos ante ella y alargó los brazos a modo de invitación. Eva se puso de pie y dejó que su futuro marido le tomase las manos pintadas de henna entre las suyas. Fue casi una

experiencia sexual sentir el rozamiento caliente de las manos de Emir sobre las suyas, que estaban frías al tacto y muy llamativas. Acto seguido, el agá de Kays colocó varias pulseras de oro en las muñecas de su prometida, gesto exigido por la tradición, que significaba agradecimiento.

La noche de henna finalizó con una fiesta. Los invitados cenaron sobre unos cómodos almohadones situados ante unas mesas bajas repletas de manjares exquisitos. Se sirvió comida en abundancia y disfrutaron de buena música y bebidas regionales sin alcohol.

Al finalizar la celebración, Emir la acompañó a su cuarto, halagando su aspecto:

—El rojo tiene que ser, a partir de ahora, tu color de cabecera. No sabes lo hermosa que eres, me he quedado boquiabierto, de verdad.

Ella sonrió complacida por el cumplido y la seguridad en sí misma creció a pasos agigantados.

—Tú tampoco estás nada mal vestido de plata y con estas prendas —lo felicitó, al tiempo que acariciaba la suave tela de su traje regional.

Emir inclinó la cabeza y depositó un beso afectuoso en su frente. Fue un gesto tan tierno que a Eva la emocionó en lo más hondo. En ese instante, tuvo la seguridad de que ella y ese hombre tendrían un futuro.

—Gracias por todo lo que estás haciendo. Si no te conociera, diría que en una vida anterior te has vestido con ropa tradicional de Kays y has asistido a infinidad de bodas otomanas. Sé que, a veces, nuestras costumbres resultan agobiantes porque nos gusta hacer mucho jaleo y ruido en torno a las celebraciones, te pido disculpas si algo te ha resultado angustioso; prometo recompensarte.

Eva le acarició con ternura la cara y le dio un beso suave en la mejilla.

—No es necesario que me agradezcas nada, lo estoy disfrutando, de verdad. Tengo la impresión de ser una princesa fuera de tiempo, así que gracias a ti por darme la posibilidad de vivir este sueño.

—No sabes lo inmensamente feliz que me hace verte disfrutar. Nos queda la boda propiamente dicha, que la celebraremos mañana, y después todo habrá terminado y podrás descansar.

Detuvieron los pasos al llegar ante la puerta del dormitorio de Eva. Emir le cogió la cara entre las manos y le dio un beso largo y apasionado en los labios. Después le deseó buenas noches y se alejó rumbo a su propio dormitorio.

Eva, tras cerrar la puerta con el pestillo, se dejó caer con gesto satisfecho sobre el colchón de plumas de ganso que cubría su cama, experimentado la clara impresión de que unas alas imaginarias habían resurgido de su interior. Se sentía poseída por un espíritu de felicidad tan absoluto que dudaba que alguna vez llegase a abandonarla. Eva Turner creía hallarse en el escalón más alto de la dicha humana y no tenía intención por el momento de bajar a la Tierra.

## Capítulo 22

Alrededor del mediodía del domingo, los novios y los familiares se trasladaron en una comitiva de coches a treinta kilómetros de la propiedad para celebrar la boda civil en un hermoso valle habilitado para el evento, desde donde se podía disfrutar del paisaje. Emir había procurado buscar un lugar amplio para que todo aquel que quisiera asistir al enlace pudiera hacerlo.

Una moqueta amplia color verde marcaba el camino hasta la mesa habilitada para la firma de los documentos oficiales. Allí los esperaba un funcionario del juzgado junto a los hermanos de los novios, Daniel y Mavi, que presenciaban la ceremonia en calidad de testigos.

Eva lucía un espectacular vestido beige claro, compuesto por una amplia falda formada por multitud de ribetes que, en conjunto, ofrecían el aspecto de capullo de rosa. No llevaba velo esa vez, solo una tiara de piedras preciosas que Hazan le había prestado para la ocasión. Una maquilladora profesional hizo que se quedara prendada de ella misma cuando se encontró con su reflejo en el espejo. Emir, por su parte, vestía de riguroso blanco y negro, traje oscuro, camisa blanca con una raya negra en un lateral, pajarita negra y puños impecables.

La ceremonia en sí fue corta y mucho menos emotiva que las anteriores, y Eva procuró no mirar en los alrededores para no sentirse cohibida ante la multitud. No era lo mismo contar que presenciarían la boda unas cuatrocientas personas que verlos a todos juntos y sentir sus miradas curiosas clavadas en ella. La novia era la protagonista indiscutible, por su calidad de extranjera y de esposa del agá. Cuando el oficial los declaró unidos en matrimonio, los novios enseñaron el carnet de color rojo a la multitud, que respondió con un sonoro aplauso.

Fue un final de ceremonia precioso, puesto que había comenzado a nevar y unos copos gigantes se posaron sobre los mechones oscuros de la novia, que acababa de convertirse en la mujer más poderosa de la zona. Emir la abrazó con afecto para infundirle calor y, antes de que Hazan le trajera un abrigo de pieles para resguardarse del frío, le ofreció su propia chaqueta, la que colgó sobre sus hombros redondos envueltos en seda.

Eva atesoró aquel momento en su memoria, considerándolo uno de los más felices de su existencia. El abrazo de Emir, los vítores de la gente, los copos de nieve que le acariciaban con delicadeza las mejillas y, por último, el olor de Emir en su piel. El hecho de que se hubiera quitado la chaqueta para ponérsela a ella tuvo para la recién convertida señora Dogan el mismo significado que una declaración de amor.

En los alrededores, los organizadores habilitaron una carpa enorme para que los invitados pudiesen disfrutar de comida exquisita, música y baile en honor al matrimonio. Eva y Emir abrieron el baile con una balada turca, entonada por una artista local. La novia no comprendía la letra, pero al advertir que su marido la apretaba contra su cuerpo con afecto y le sujetaba la mano a la altura del corazón, intuyó que debía ser una muy sentida. Se dejó ir, animada por el cariño y la felicidad de compartir el primer baile con el hombre que el destino había elegido para ella. Al finalizar la balada, la intérprete armonizó en honor a la novia un emotivo *blues* en inglés.

Este gesto fue bien recibido por los padres de la novia, que se animaron a salir a la pista para bailar junto a los novios y a otras parejas. Eva siguió el ritmo de la canción, cerrando los ojos y disfrutando de los latidos rítmicos del corazón de su marido, que parecían acariciarla y la llevaban a un nivel extremo de dicha y felicidad.

De pronto, notó cómo los brazos de Emir se tensaban en torno a su cintura y la magia de segundos atrás se rompió en pedazos. Abrió los ojos, confusa por el cambio de actitud de su marido, y observó los alrededores con atención en búsqueda del motivo que había provocado su intranquilidad. Captó su mirada y, siguiéndole la trayectoria, llegó al foco del problema.

En ese instante, Emir observaba con el ceño fruncido cómo un elegantísimo Daniel tenía la mano extendida hacia una enrojecida Umay, que, al parecer, se debatía entre aceptar su invitación a bailar o rechazarla. A Eva el gesto de su hermano le pareció precioso, puesto que Umay los había ayudado mucho con la traducción de las conversaciones y era una joven muy delicada y solitaria. No comprendía la crispación de Emir. ¿Qué mejor gesto de agradecimiento que invitarla a bailar?

Finalmente, Umay se puso de pie y, con una sonrisa radiante en los labios, aceptó danzar con Daniel. La novia los siguió con la mirada observando cómo la joven pareja llegaba a la pista. Sus reflexiones fueron interrumpidas por Emir, que dejó de bailar y dijo crispado:

—¿Tu hermano se ha vuelto loco? No puede bailar con chicas de aquí, no está permitido. Su familia lo puede considerar una ofensa.

—¿Qué sucede? —Eva pasó en cuestión de segundos de un estado de euforia total a uno de enfado, puesto que entre el Emir romántico de minutos atrás y el Emir colérico del presente no había ninguna semejanza—. No entiendo por qué te pones así, no están haciendo nada malo. Ella es tu familiar y él es mi hermano; visto así, son prácticamente familia.

—Tú no lo entiendes —exclamó Emir con brusquedad, instándola a andar hacia la pareja—. Ven, sígueme el juego y puede que tengamos una oportunidad de arreglar este desastre. Nos acercaremos a ellos y nos intercambiamos, de modo que yo bailaré con ella y tú lo harás con tu hermano, espero que no se haya dado cuenta mucha gente.

Eva avanzó junto a él, totalmente desconcertada. De pronto, el aura de felicidad que la envolvía desde hacía días se difuminó dispuesta a abandonarla, y un mal presentimiento la recorrió de arriba abajo. En cuestión de segundos llegaron al lado de la pareja, que ya estaba dando los primeros pasos a ritmo del *blues*. Emir reprendió en tono serio a Umay, posando una mano en su

cintura en actitud posesiva.

—Umay, ¿te has vuelto loca de remate? —Separó el cuerpo de la joven de su acompañante, interponiéndose entre ellos. Eva, conociendo el genio de su hermano, lo tomó por el brazo, pidiéndole bailar con ella. Daniel lucía en el rostro un gesto interrogante, pero su hermana consiguió tranquilizarlo con la mirada y se alejaron de Emir y Umay, que comenzaron a discutir acaloradamente mientras bailaban juntos.

—¿Qué pasa, Eva? ¿De qué va este rollo? —preguntó Daniel, al advertir la tensión creada a su alrededor—. Tu marido parece sacar humo por las orejas, si no conociera la situación, pensaría que está celoso.

Aquella inocente afirmación hizo que una pequeña bombilla se encendiera en la cabeza de Eva. La desechó enseguida por ser demasiado dolorosa para tomarla en cuenta siquiera. No obstante, una vez sembrada la duda, no pudo ignorarla. Desde un nuevo ángulo de vista, observó a la pareja formada por Umay y Emir y apreció que había una cierta confianza entre ambos. Se percató de que en la forma de bailar de su marido y Umay había una familiaridad que únicamente se adquiría con los años. La novia sintió cómo algo en su interior se rompía en pedazos al comprender lo incomprensible. Umay no era una simple familiar, Umay era la exesposa de Emir, la que no pudo ofrecerle el heredero que él deseaba y necesitaba con desesperación. Pero, si seguía en la casa, significaba que todavía estaban juntos.

La idea de estar metida en un matrimonio bígamo tomó cada vez mayor fuerza en su cabeza. Sabía que en algunos países musulmanes esas uniones estaban permitidas, pero no se le había pasado por la cabeza investigar si era el caso de Turquía.

No, aquello no podría ser cierto. Emir era un hombre recto, sincero y de fiar; se lo habría dicho.

«¿Seguro? ¿Qué sabes sobre él? Sabes lo que él quiere que sepas. Ni más, ni menos».

Esos pensamientos debilitaron la voluntad de Eva de seguir bailando para mantener las apariencias. Sentía las piernas pesadas en exceso y la sensación de que le faltaba el aire era cada vez más intensa. Le pidió a Daniel que la llevase a la mesa y, cuando se disponía a sentarse, escuchó un potente disparo. Se giró hacia el origen del ruido y observó cómo irrumpían en el interior de la carpa tres hombres armados que gritaban algo en turco. Eva no entendió lo que decían, pero por el tono de los gritos sacó en claro que el enfado iba dirigido a Emir. De pronto, sintió cómo los brazos de Daniel la envolvían y con un gesto la obligó ponerse de cuclillas para protegerse debajo de la mesa. Mientras se ponía a salvo observó desde la distancia cómo Emir protegía a Umay con su cuerpo, buscando un lugar para esconderse.

Daniel la tapó con el mantel de la mesa para asegurarse de que estaría fuera del alcance de aquellos hombres y le dijo en voz baja:

—Iré a ayudar a Emir. Llevo el arma conmigo. Quédate donde estás, prométemelo, Eva.

Ella asintió asustada, presenciando cómo su hermano se levantaba la parte baja del pantalón y sacaba una pistola de la funda que tenía atada a la pantorrilla. Se despidió de ella con un gesto de

advertencia.

## Capítulo 23

Eva hizo un pequeño agujero en la tela del mantel, a través del cual pudo presenciar cómo su marido empuñaba una pistola y disparaba en dirección a los atracadores. A su lado se encontraban otros dos hombres, previsiblemente, agentes de su cuerpo de seguridad, y Daniel. La joven no podría creer que, en apenas unos instantes, el color de su vida había pasado de un intenso rosa a un turbio negro oscuro.

En el medio de los disparos y la confusión se escucharon los gritos de una mujer. Desde su escondite Eva vio cómo uno de los tres hombres violentos escupía en el suelo y se tapaba con la mano una mancha roja que borbotaba de su hombro. Los otros dos hombres lo seguían, protegiéndole la retirada.

Salieron de la carpa sin que nadie intentase retenerlos ni disuadirlos para que esperasen a la policía. La novia regresó la atención al lugar donde estaba su marido y vio cómo sujetaba en sus brazos a una ensangrentada Umay, que ofrecía el aspecto de haberse desmayado. Eva no lo pensó ningún instante más, salió disparada de su escondite con la intención de acercarse a Emir. Cuando sus miradas se cruzaron ella encontró alivio en sus ojos, como si se alegrase enormemente de que estuviera sana y salva.

—Eva, por favor, no salgas, es todavía peligroso. Quédate junto a tu hermano. Mis hombres de seguridad están evacuando la zona, lo siento, la fiesta ha terminado. En cuanto estemos seguros vendré a recogerte.

—¿Qué... qué ha sido esto? —preguntó ella susurrando, hipnotizada por la mancha de sangre que se extendía por el vestido color canela de Umay.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora debo llevar a Umay con el médico, una bala le ha alcanzado el estómago y parece muy serio.

Y dicho esto, se marchó apresurado, portado a Umay en sus brazos. Comenzó a dar diversas órdenes en turco, levantando la voz para imponer su autoridad.

Eva lo siguió un tiempo con la mirada; no había duda de que estaba, realmente, trastornado. Juntando todos aquellos datos, su mente llegó a la conclusión de que su marido seguía enamorado de su primera mujer y que a ella simplemente la estaba utilizando. Comenzó a atar cabos y cuadrar muchos detalles del comportamiento de Emir que antes no había llegado a entender; como, por ejemplo, el hecho de que la alojara en un hotel cuando tenían una mansión con decenas de

dormitorios disponibles.

Trastornada por las conclusiones a las que había llegado, salió de la carpa sin que nadie reparase en ella. Unas lágrimas amargas, que comenzaron a correr por sus mejillas, le nublaron la vista y la mente. Comenzó a caminar sin rumbo, presa de unos oscuros pensamientos. El viento, que soplaba con fuerza, le pegaba sobre la frente multitud de copos enfurecidos, pero ella no prestaba atención a nada que no fuera el drama de su vida ni se percató de que la tarde estaba cayendo sobre el valle.

La imagen de un Emir que conspiraba con Umay cuando regresaba a la casa tras dejarla a ella en el hotel le hizo sangrar el corazón. Casi pudo visualizar cómo planeaban a sus espaldas el pequeño teatro que acabaron de ofrecer ante el pueblo de Kays para que el hijo de Emir fuera legítimo y aceptado. Se los imaginó riendo, aceptando con indulgencia y comprensión la ingenuidad de Eva.

La noche anterior, Emir la había besado con afecto, primero en la frente y después en los labios. Al tiempo que ella pensaba embobada que pisaba rosas silvestres y respiraba el perfume exquisito de la dicha, lo que hacía en realidad era caminar entre espinas. Se apreció tan estúpida y tonta que no podía sentir autocompasión por sí misma. El aire gélido soplaba con una furia arrolladora y se estrellaba contra su cuerpo, azotándola, pero Eva no detenía sus pasos.

Tomó consciencia de que se había perdido cuando al bajar una pequeña escalinata se adentró en una sucesión de pasadizos estrechos hasta llegar a la desembocadura de una formación rocosa imposible de describir. Intentó orientarse, pero el entorno inhóspito, formado por el paisaje de tortuosas formaciones ocres y suaves colinas cubiertas por un estrato delgado de nieve, no la ayudó a hacerlo.

Eva buscó refugiarse de la ventisca, que soplaba con mucha fuerza, y se adentró en el interior de una cueva. Estaba muy oscura y el miedo que se instaló en su cuerpo la paralizó. Se acurrucó sobre el abrigo de pieles de color blanco inmaculado que su suegra le había regalado ese mismo día y, cerrando los ojos, perdió la noción del tiempo. Finalmente, vencida por el frío y el cansancio, se quedó dormida.

En su sueño aparecieron Umay y Emir, con las manos unidas por el lazo de la ceremonia de pedida de mano. Hazan aplaudía contenta al tiempo que cortaba el cordel rojo, declarándolos comprometidos de por vida. La familia de Emir al completo los elogiaba con fervor y los allegados de Umay lanzaban vítores sonoros al aire. Después, la imagen se difuminaba y en la mente de Eva se perfilaba otra, donde aparecía Umay vestida de rojo de pies a cabeza y Emir le sujetaba las manos cubiertas de dibujos orientales. Se daban un beso apasionado en los labios y reían satisfechos.

Eva comenzó a delirar puesto que las imágenes fabricadas por su cerebro eran demasiado dolorosas para que su mente las pudiese digerir. Gritó y abrió los ojos cuando la imagen ensangrentada de un bebé llegaba a sus ojos. Estaba consciente de que eran imaginaciones producidas por el miedo y los acontecimientos vividos, pero no podía salir de la pesadilla.

Sintió una gran ola de calor envolverle todo el cuerpo, como si estuviera pegada a una llama inmensa. Visualizó cómo Emir limpiaba el bebé ensangrentado con un pañuelo impoluto y se lo entregaba a Umay. Ella dejaba de lado su bebé de porcelana y dedicaba miradas afectuosas al recién nacido que su marido había puesto en sus brazos.

—Mi bebé, devolvedme a mi bebé —balbuceó Eva, con las manos extendidas.

Una carcajada siniestra la obligó a abrir los ojos. No veía nada, solo una negrura espesa. Los volvió a cerrar y los hombres armados que habían disparado a Umay a bocajarro volvieron a aparecer en su mente.

¿Quiénes eran esos hombres y por qué estaban enfadados con Umay? Vista la situación desde la lejanía, estaba claro que el foco de su enfado era ella. ¿Pero por qué?

Se estremeció al pensar en el futuro. Se encontraba en el corazón de piedra de una zona apartada del mundo. ¿Y si no conseguían localizarla? Moriría allí sola y abandonada a su suerte. ¿Estaría Umay herida de gravedad? ¿Moriría ella también? ¿Perdería Emir a sus dos esposas en el mismo día? ¿Lo castigaría el destino de un modo tan cruel?

«No, no me daré por vencida. Aparte de ser ingenua, yo no he hecho nada malo y, por lo tanto, no me merezco tener esta suerte».

Esa nueva ola de energía positiva le infundió los ánimos necesarios para armarse de valor y buscar la salida. No escuchaba nada aparte del ruido del viento que se estrellaba con fuerza contra las rocas, pero su intensidad la ayudó a caminar en la dirección correcta. No obstante, antes de poder encontrar la salida, se golpeó la cabeza contra una piedra puntiaguda. Notó un fuerte dolor en la sien y fue perdiendo el sentido, para terminar desmayada en el suelo.

## Capítulo 24

Emir salió de la carpa portando a Umay en brazos y pidiendo desesperado ayuda. Unos invitados con iniciativa improvisaron una camilla, hecha con tableros de madera y manteles de mesa, sobre la que colocaron a la mujer herida. Había un médico en la boda porque en cada ocasión importante los organizadores preveían peleas, heridas o posibles reyertas. Le habían avisado que debía atender una herida de bala por lo que el sanitario había ido a traer su maletín. La distancia entre el valle donde habían aparcado los coches y la pendiente donde estaba la carpa era considerable y el hombre tardaba en regresar más de lo deseado.

Umay perdió el conocimiento y, por mucho que Emir intentaba despertarla con suaves toques en la cara, no lo conseguía. La bala le había perforado el vientre y una cantidad exagerada de sangre borbotaba sin descanso de la herida. Lágrimas de rabia y de impotencia se apoderaron de Emir al presenciar impotente cómo la vida de Umay se escurría entre sus manos. Desesperado, juntó sus manos sobre la herida en un intento de sellar la salida de sangre.

En ese instante, llegó junto a él el hermano de Eva. No formuló ninguna pregunta, limitándose a evaluar la situación, hecho que Emir agradeció. Le causaba impotencia que la gente esperaba de él que fuera un súper hombre, suponiendo que, por el hecho de ser agá, debía saber cómo proceder ante cualquier situación. Hubiese querido estabilizar a Umay, aunque, aparte de presionarle la lesión para detener la hemorragia, no se le ocurría ninguna otra cosa para ayudarla. Cuando notó que la sangre traspasaba la presión de sus dedos, buscando un hueco para salir al exterior, Emir llegó al borde de la desesperación. Totalmente sobrepasado por la situación, presenció cómo Daniel se rompía la camisa blanca impoluta que llevaba puesta en diferentes jirones, con los que se puso a improvisar algunas vendas. A continuación, sacó un estilete del bolsillo interior de su elegante chaqueta y se dispuso a calentarle la punta con un mechero.

—Hay que cicatrizar y tatar, ya —exclamó con voz autoritaria el policía, al intuir que la situación de Umay estaba siendo crítica—. Le quedan pocos minutos, si no lo hacemos de forma inmediata, morirá.

El cerebro de Emir parecía entumecido y no fue capaz de reaccionar con la rapidez que pedía la situación. No pudo abandonar la herida abierta de Umay y no despegó las manos de su vientre. Levantó la vista en búsqueda del médico, pero, aparte de un camino solitario y muchas miradas curiosas, no se divisaba nada más.

—Prométeme que la salvarás —pidió en voz baja y apagada, apartando las manos del cuerpo de la mujer, contemplando hipnotizado cómo la mancha enrojecida de sangre tomaba mayores proporciones sobre la tela del vestido.

—Lo intentaré —le prometió Daniel, disponiéndose a cortar la parte ensangrentada del vestido para situar la zona perforada. Una vez localizada, la roció con una buena cantidad de *whisky* y, cuando la sangre fue eliminada, cicatrizó la herida con la punta del puñal, previamente esterilizado y calentado con la llama del mechero. Se escuchó un extraño ruido de carne chamuscada y los labios de Umay se abrieron un poco para dejar escapar un leve quejido. Daniel se apresuró a aplicarle un vendaje y, en menos de un minuto, logró parar la hemorragia.

A continuación, la subieron entre los dos a la camilla improvisada y descendieron la pendiente hasta llegar a un terreno llano, donde habían quedado estacionados los vehículos. La metieron en el interior de un coche y la mandaron rumbo al hospital en compañía de Hazan, Mavi, dos agentes de seguridad y el médico. El profesional quedó impresionado por el trabajo de Daniel y lo elogió diciendo que, dadas las circunstancias, era lo mejor que podían haber hecho para detener la hemorragia. Una vez que la mujer herida fue enviada a hospital, los ánimos se tranquilizaron y la tensión comenzó a bajar en intensidad. Emir volvió a respirar con normalidad y su cerebro retomó sus funciones vitales.

—Y Eva, ¿dónde está? —preguntó al percatarse de que no la veía por ninguna parte. Debido al incidente, la fiesta había sido dada por terminada y todos los invitados estaban apilados en la parte baja de la colina.

Daniel comprobó los alrededores y le bastó un simple vistazo para darse cuenta de que su hermana no se encontraba entre la gente, puesto que su vestido de novia hubiera destacado entre la multitud. Preocupado, pensó ir a buscarla a la carpa, por si no se hubiera atrevido a salir del escondite, pero cambió de parecer al localizar a sus padres. Su madre estaba sentada sobre una roca y daba largas caladas a un cigarrillo delgado que sostenía entre los dedos. A su lado se hallaba su marido, callado, pensativo, analizándolo todo con gesto asustado. Daniel agitó la mano para llamar su atención y dirigió sus pasos hacia ellos.

—Mamá, papá, ¿estáis bien? ¿Habéis visto a Eva? —preguntó, intentando sonar despreocupado, aun cuando su instinto de policía le enviaba claras señales de alerta. Encendió el cigarrillo de su madre, que se le había apagado, y sonrió comprensivo ante su gesto agradecido.

—¿No está con vosotros? —se extrañó su padre, de pronto alterado—. Con todo el jaleo de los disparos la perdimos de vista. ¿De qué va todo esto, Daniel? ¿Quiénes son los atracadores? Lo que vivimos parece una escena sacada de una película.

—No lo sé, papá —respondió Daniel con sinceridad. Llevaba un buen rato en compañía de Emir, pero seguía desconociendo el alcance de lo ocurrido. Su mente se había mantenido concentrada en salvar a Umay y no había preguntado por el incidente en sí—. Por favor, no os quedéis apartados de la multitud, id con el resto de los invitados a la casa de Emir. Ahí estaréis a salvo. Yo buscaré a Eva, seguro que está escondida en alguna parte.

Dicho eso se giró hacia su cuñado, le hizo una señal de advertencia poniéndolo al corriente de la ausencia de Eva. Emir se apresuró a hablar con los agentes de seguridad y, tras buscarla en la carpa y en la zona limítrofe, quedaron convencidos de que la novia había desaparecido.

—¿Qué coño está pasando, Emir? ¿Qué sois vosotros, unos mafiosos o algo por el estilo? —El policía cogió a su recién estrenado cuñado por las solapas de su americana y lo zarandó con energía, enviándole chispas con la mirada.

Emir le respondió con el mismo gesto enfadado y, tras soltarse del agarre, le propinó un sonoro puñetazo en la mandíbula.

Daniel fue sorprendido por su gesto y no tuvo tiempo de defenderse; sin embargo, su preparación de policía lo hizo despertar con rapidez de la sorpresa, y le devolvió el puñetazo.

Los dos hombres tenían los labios ensangrentados y los ánimos exaltados. El primero en ceder fue Emir. Se alejó unos pasos, levantando las manos en alto, señal de que no seguiría peleando. Daniel imitó su ejemplo y se apoyó en una roca, expectante.

—Si no quieres que siga golpeándote hasta partirte la cara, cuéntame que es lo que está pasando y dime por dónde comenzaremos la búsqueda de mi hermana —pidió en tono sereno al tiempo que lo miraba con determinación a los ojos—. Más vale que la encontremos a tiempo y que no le haya pasado nada.

Emir asintió y, tras enderezar un poco su aspecto, le hizo una señal para que lo acompañase. Buscaron en la carpa una linterna y una botella de agua. A continuación, caminaron colina arriba, iluminando el camino y buscando en cada cueva que encontraban por el camino.

Mientras revisaban el terreno palmo a palmo, Emir se dispuso a contarle a su cuñado su historia.

—Umay no es alguien de mi familia, es mi exmujer, estuvimos casados cinco años. No, no me mires así, no soy un perverso bígamo que tiene dos esposas.

—Pues cualquiera diría que sí. Es una evidencia mayor que esta maldita montaña rocosa —estalló Daniel, enfurecido—. Tu primera mujer sigue viviendo en tu casa, donde pretendes llevar a la segunda. Si a eso no se le llama bigamia, que me parta un rayo ahora mismo.

En este momento observaron un fragmento de terreno cubierto por un estrato generoso de nieve, que mantenía la huella de un zapato impreso sobre la superficie. Daniel dejó de propinarle miradas cargadas de veneno a su cuñado bígamo y analizó la huella con detenimiento.

—Parece la pisada de un zapato de tacón, debe ser de Eva, vamos a subir por aquí —indicó tomando la dirección que le señalaba la pista, sin esperar la aprobación de su cuñado.

—Sí, y todo parece indicar que estaba sola, no se aprecian otras pisadas —añadió Emir, al tiempo que seguía de cerca los pasos de Daniel. Tras una corta caminata llegaron a una escalinata, a la que subieron con dificultad.

—Si no se trata de bigamia, ¿de qué diablos estamos hablando? —Daniel continuaba ascendiendo sin mirar al interpelado, aunque sus hombros tensos esperaban con interés una explicación.

—Es demasiado complicado para que tú, o cualquier otra persona que no pertenezca a nuestro mundo, pueda entenderlo. Estoy separado de Umay desde hace tres años. Nos vimos obligados a poner punto final a nuestro matrimonio porque es estéril y, debido a la responsabilidad que tengo por mi posición de agá de esta región, necesito un heredero.

—¡Pero qué listo eres, tío! —exclamó de nuevo Daniel, rabioso. Detuvo sus pasos y, posando la vista en su cuñado, movió la cabeza con incredulidad—. Mantienes a la mujer que amas bajo tu techo y traes a una extranjera ingenua para parir a tus hijos.

—No es así, Daniel. Lo mío con Eva fue algo que, simplemente, ocurrió. Sin más. Me quedé mudo de asombro cuando me dijo lo del embarazo tras haber estado juntos una sola vez. No hay nada premeditado por el medio ni soy un cabrón sin escrúpulos que ha utilizado a tu hermana. Estoy intentando que lo mío con ella funcione. No te voy a mentir, no nos casamos por amor, pero existe entre nosotros atracción y química, estoy seguro de que, si lo deseamos de verdad, podemos llegar a tener un buen matrimonio. Toda mi atención e interés están puestos en ella, no tiene nada que temer de Umay. El motivo por el cual vive todavía bajo mi techo es para protegerla de su propia familia. Y siento decirte, querido cuñado, que Umay casi pierde la vida por tu culpa. Toda la desgracia de hoy la provocaste tú.

—¿Yo? —Daniel paró su ascenso y miró desde su posición elevada a su cuñado con sorpresa—. No me metas en tus líos de faldas para descargar responsabilidades. ¿Qué pude haber hecho yo si acabo de llegar, como quien dice?

—Escúchame, Daniel, y préstame atención porque, si el Todopoderoso quiere, seguiremos siendo familia para siempre y, en el futuro, deberás ser más cuidadoso con algunas cosas. Los hombres que dispararon a Umay son su padre y sus dos hermanos.

—¿Qué?! —exclamó asombrado, el policía—. ¿Y por qué coño no llamaste a la policía para denunciarlos? Además, ¿qué motivos tienen para hacerle daño si son familia? Esto parece una película americana, pero de las malas, de esas que reciben el limón en vez del Oscar.

—La familia de Umay es una muy cerrada. Ella es la única mujer entre cuatro hermanos y, si regresase a casa en calidad de divorciada, sería una ofensa para todos ellos. Antes la matarían que permitirle volver al seno familiar. Y has sido testigo de que lo que digo es la verdad.

—Son unos bárbaros que viven en la edad medieval —farfulló Daniel, cada vez más entristecido por la historia de la dulce Umay.

—Tal vez, pero ellos no lo ven de ese modo. Saben que me he divorciado de Umay y lo aceptan, en tanto siga bajo mi protección y yo no la expulse de la familia. Hoy han presenciado cómo un hombre distinto a mí ha tocado a Umay, sacándola a bailar delante de los habitantes de Kays. Y ese hombre fuiste tú, Daniel.

—¿Quieres decir que dispararon a Umay por mi culpa? ¿He arruinado la boda de mi hermana y he puesto su vida en peligro por una simple invitación a un *blues*? Ay, no, las películas americanas malas se quedan muy atrás en comparación con vuestras historias.

—Por desgracia, sí, lo hiciste. Nada más percatarme del peligro, he intentado quitarle

importancia y esa fue la razón de que me acercara con Eva en cuanto os vimos bailar. Me he cambiado por ti con la esperanza de que los hermanos de Umay no hubiesen notado la ofensa, pero, al parecer, sí lo hicieron. Por lo tanto, sus hermanos se sintieron ofendidos y en su derecho de sacar las pistolas y limpiar el nombre de su familia.

Esa amarga confesión denotaba, claramente, la repulsa que le provocaba a Emir ese tipo de mentalidades. Daniel comprendió parte de la gravedad del problema y las garras de la culpa comenzaron a removerse en su interior. Puso una mano en el hombro de su cuñado en actitud consoladora.

—Lo siento mucho. Ojalá Umay se recupere pronto. La he tratado un poco y es una pena que una persona tan especial como ella tenga un destino así de trágico.

—Yo lo siento más. Espero poder protegerla y encontrar una salida para ella.

Los hombres reanudaron la marcha permaneciendo callados, cada uno preso de sus propios pensamientos. De pronto, la voz de Daniel rompió el silencio:

—¿Qué crees que le pasó a Eva? Si los hermanos de Umay son gente tan peligrosa, de mentalidad estrecha, puede que hayan encontrado en ella un chivo expiatorio. Me da pavor pensar que esos brutos se la pudieron haber llevado. Si han disparado a su propia hermana con tanta facilidad, ¿qué no le harán a la mía?

—Mi matrimonio con Eva no ha infringido ninguna norma ni tradición, así que no deberían de tener motivos para hacerle nada. Son sangrientos y duros, pero sus acciones se rigen bajo un código de honor bastante claro. Además, hubiera sido imposible que actuaran sin que nos hubiesen percatado.

Daniel se detuvo en seco, reconcomido por la culpa y la impresión.

—Entonces, ¿dónde está Eva?

El grito agudo de una mujer les hizo girar las cabezas. Siguieron el sonido, adentrándose en el interior de una cueva oscura y húmeda.

## Capítulo 25

Emir apuntó la luz de la linterna en posición horizontal y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, observó un bulto de color claro. Esperanzado, siguió caminando en esa dirección y, a tan solo un par de metros de distancia, encontró el cuerpo encogido de Eva, tumbado sobre el suelo húmedo de la cueva.

—¡Daniel! —gritó asustado al advertir que el bulto no se movía ni reaccionaba ante su presencia—. Eva está aquí.

Escuchó las pisadas de su cuñado a su espalda y, sin perder más tiempo, se arrodilló junto a ella. Le enfocó el rostro con la linterna y le zarandó los hombros, llamándola por su nombre. La desesperación volvió a apoderarse de sus nervios, aunque logró dominarlos y no cesó en su empeño de despertarla hasta que no la vio abrir los ojos. Su pequeña alegría duró solo un instante, puesto que los párpados de Eva volvieron a cerrarse. Parecía inmersa en un estado de trance, del cual por el momento no lograba salir. Emir se puso de rodillas y le tomó las manos entre las suyas. Se estremeció al sentir las inertes y muy frías. Las friccionó con rapidez, dejándole algo de espacio a Daniel, quien se había arrodillado junto a él y le daba ligeros toques en el rostro a su hermana.

—¿Eva, cariño? Soy yo, Daniel. ¿Qué mierda haces aquí el día de tu boda? Vamos, respóndeme, soy tu hermano mayor y te estoy pidiendo explicaciones, muchacha —intentó bromear para hacerla reaccionar.

Su método no funcionó, el rostro de su hermana permaneció rígido y no ofrecía ninguna señal de haberlo oído.

—En cuestión de reanimación eres mejor que yo —reconoció Emir, al recordar el modo eficiente de tratar a Umay—, pero Eva no responde a tus estímulos. Vamos a sacarla de aquí lo antes posible.

Daniel asintió con un gesto y, entre los dos, envolvieron su cuerpo en el abrigo de pieles. No la movieron del sitio, puesto que Daniel seguía intentando hacerla reaccionar. El camino hasta el valle era demasiado largo y accidentado, y no quería arriesgarse.

—No logro imaginarme qué es lo que pasó. ¿Por qué está aquí?

Daniel levantó los hombros, confundido. De pronto, recordó la botella de *whisky* que había empleado para desinfectarle la herida a Umay y rezó para que estuviera todavía en su bolsillo. Se

animó al advertir que la tenía cuando se palpó la chaqueta con la mano. La sacó y bebió un trago largo, después se la tendió a Emir.

—Bebe un poco para reponer fuerzas, con el resto le friccione la piel, está en estado de *shock* y debemos despertarla, Emir.

El empresario aceptó la botella, agradeciéndole el gesto con la mirada. Tomó un trago y después, entre los dos, aflojaron los lazos del vestido de Eva. Vertieron una buena cantidad de alcohol sobre su piel y se la friccione con energía. También le rociaron la cara, la frente, y se pusieron locos de contentos al advertir que Eva daba señales de recobrar la conciencia. Siguieron reanimándola hasta que abrió los ojos con lentitud y los miró confundida. La ayudaron a incorporarse y ella, alargando las manos hacia Daniel, recibió aliviada su abrazo y se sintió a salvo. Levantó la vista hacia su marido, quien se quedó parado ante el brillo frío y acusador que encontró en sus ojos. Intentó acercarse a ella para mostrarle lo feliz que estaba de haberla encontrado, pero Eva no se lo permitió. Se levantó del suelo con la ayuda de Daniel y rehusó la mano tendida de su marido.

Emir se sintió confundido ante su actitud crispada. Hubiese deseado recibir una explicación de por qué se encontraba sola e inconsciente en una cueva alejada de la carpa, pero decidió ser paciente y esperar a que ella misma le aclarase las incógnitas. Bajaron en silencio la escalinata, caminando con dificultad por el sendero estrecho. Había oscurecido y la luz de la luna era bastante difusa.

Cuando llegaron al valle se encontraron con algunos aldeanos e invitados que todavía no se habían marchado. Se interesaron por el estado de Umay y un agente de seguridad les informó que se encontraba ingresada en el hospital de Kaisery, la ciudad más próxima, situada a unos treinta kilómetros del pueblo Kays.

—Debemos ir al hospital cuanto antes para que los médicos puedan reconocer a Eva e interesarnos del estado de Umay. Ha perdido mucha sangre y es posible que tengamos que donar, por lo regular, en los hospitales turcos no suele haber mucha disponible. —Emir se giró hacia ella y le tomó las manos entre las suyas, mirándola con preocupación—. Eva, ¿tú cómo te encuentras?

—Estoy bien —respondió con frialdad, herida en su amor propio al advertir que la principal preocupación de su marido eran las necesidades de su exmujer y la dejaba a ella en un segundo plano. Sabía que estaba siendo un tanto injusta porque Umay estaba herida de gravedad, pero no pudo evitar sentir angustia y rencor—. No es necesario que te inquietes por mi salud.

Ese último comentario hizo que Emir tomase consciencia de su enfado. Todo el cansancio vivido en las últimas horas y la tensión acumulada se podían apreciar en su rostro contraído. No había tenido un buen día y el cambio de actitud de Eva no lo mejoraba precisamente. Posó las manos en sus hombros y la miró con detenimiento a los ojos, buscando encontrar respuestas en ellos.

—Eva, no sé qué te pasa, pareces un erizo amenazado. No hace falta ser un experto para saber que yo soy el foco de tu enfado. Lo único que sé es que tras nuestro primer baile de casados nos

separamos en la pista. Después ocurrió lo de Umay y se desató el infierno. Entiendo que estés enfadada por que se haya detenido la fiesta...

—No estoy enfadada por la fiesta.

—Cuéntame que te pasa, entonces.

—Ahora no, hablaremos después. Quiero irme a casa para darme un baño caliente y descansar.

—Tu baño caliente tendrá que esperar. Debemos ir primero al hospital para que te hagan una revisión. Te encontramos inconsciente en la cueva y tardamos un buen rato en reanimarte. No me quedaré tranquilo hasta que no te reconozca un médico.

Su voz sonó distante, autoritaria y podía que un poco alarmada, por lo que a Eva no le quedó más remedio que acceder. En su fuero interno sabía que era lo más sensato, pero le fastidiaba tener que obedecerlo.

Llegaron al hospital media hora más tarde. Los médicos la atendieron enseguida al advertir que se trataba de una mujer embarazada con síntomas leves de hipotermia y agotamiento. Necesitaban tenerla en observación, así que la ingresaron, a pesar de sus protestas.

—Señora Dogan. —Era la primera vez que alguien la nombraba con ese apellido y Eva se estremeció al pensar en las consecuencias. Ante la ley turca se había convertido en la esposa legítima de Emir, las noches de cuento y fantasía habían terminado. A partir de ahora debía enfrentarse a las secuelas de su ingenuidad—. Es por su seguridad. Si las constantes vitales se mantienen invariables, mañana mismo le daremos el alta.

No tuvo más remedio que acatar la recomendación de los médicos, en parte porque no le quedaba otra, y en parte porque sabía que tenían razón. Los últimos días habían sido agotadores y los angustiosos momentos de la cueva le producían escalofríos.

Con la ayuda de una enfermera amable se quitó el impresionante vestido de novia y las horquillas que sujetaban su peinado sofisticado y, tras darse una ducha rápida que la reconfortó bastante, se puso una bata sencilla de hospital, color verde claro. Una vez que las revisiones pertinentes fueron dadas por terminadas, la dejaron descansar en una habitación confortable. Eva se sentó en el borde de la cama, preguntándose si las ostentaciones de su habitación eran limitadas a la gente con dinero, ya que no parecía muy probable que un hospital pudiera permitirse ese tipo de lujos con todos los pacientes. Reguló el respaldo de la cama articulada y se quedó medio sentada, cubierta hasta la altura de los senos por una sabana almidonada que olía a limpio. Al lado de la cama se hallaba una mesita de noche. Sobre esta le habían dejado una bandeja con un jarro de agua, un vaso y un mando. Encendió el televisor, colocado en la pared de enfrente, y se distrajo con un programa de entretenimiento del que no llegó a entender ni una sola palabra. Terminó apagando la televisión con la mirada puesta en el sillón de cuero que, supuso, estaba destinado a los acompañantes de los enfermos. Se preguntó con amargura si alguien lo ocuparía esa noche.

Lágrimas de impotencia, angustia y soledad se agolpaban en sus ojos, pero Eva se negó a ceder ante las intensas ganas de llorar que se apoderaron de ella. Necesitaba mantenerse fuerte para salir del hondo agujero negro donde estaba metida.

Instantes después, escuchó unos golpes suaves en la puerta. No contestó, intuyendo que debía tratarse de Emir. No se sentía preparada para enfrentarse a él y a sus «verdades», al menos, no todavía. A pesar de su silencio, la puerta se abrió y en el marco apareció su marido. Al ver que estaba instalada en la cama, se acercó y se sentó en el borde, estudiándola con atención. Se miraron con gesto serio y Eva fue la primera en romper el contacto visual apartando los ojos. Emir le tocó con suavidad la mejilla y le volvió la cara hacia él.

—Eva, ¿qué tienes? ¿Por qué te portas así conmigo? Me miras como si fuera tu mayor enemigo. ¿Estás enfadada por lo que ha pasado en la boda? Siento mucho que se haya terminado de un modo tan feo, puedo explicártelo o, al menos, intentarlo.

—No es necesario que me expliques mucho —se sinceró, dolida—. He sacado algunas conclusiones por mi cuenta. La verdad es que no fue difícil, tus actos me ayudaron a comprender lo importante.

—¿Mis actos? ¿De qué hablas?

—Hablo del hecho de que Umay no es, precisamente, una familiar. ¡Es tu exmujer!

Al dar voz a sus resentimientos, la voz le tembló indignada y, ante eso, Emir bajó la mirada arrepentido.

—Siento no habértelo contado antes.

—Fue una pequeña omisión por tu parte. ¿Cuándo pensabas informarme del insignificante detalle, sin importancia de nada, de que yo sería tu segunda mujer?

—No, eso no es así —se defendió Emir, un tanto desesperado, pasándose las manos por su pelo—. Umay y yo estamos divorciados, entre nosotros todo terminó hace mucho tiempo. Solo la estoy protegiendo, nada más.

—No pienso escucharte. Fue muy ingenuo por mi parte pensar en ti como en una oportunidad romántica cuando fue totalmente al revés. Yo fui la tuya y no precisamente romántica que digamos. Has traído a tu casa a la americana ingenua de turno que no sabía ni dónde quedaba Capadocia en el mapa. Has hecho que se sintiera una pequeña princesa para que estuviera prendada de ti y no mirase más allá de su hombro para enterarse de la realidad. De vez en cuando le has dado un besito, pero no la tocaste demasiado, para eso tenías a tu primera esposa, ¡cabrón!

Emir trató de defenderse, pero Eva lo detuvo con un gesto, haciéndole saber que todavía no había terminado.

—En cuanto reciba el alta, me iré de aquí y no quiero volver a verte nunca más. Si me hubieras contado la verdad, puede que hubiera accedido a tener el niño por ti, pero al haber actuado de un modo tan mezquino me has perdido para siempre. Considera nuestros tratos rotos para siempre y arregla los papeles del divorcio.

Emir abrió los ojos, alarmado, como si no estuviera entendiendo su tormenta.

—¿Por qué haces esto? No lo entiendo. ¿Qué es lo que te molesta tanto? ¿El hecho de que me preocupe por la vida de Umay? ¿Hubieras preferido que la dejase morir? ¿Tendrías una opinión mejor de mí si la hubiese dejado a su suerte?

Eva se mordió el labio inferior en un intento de retener el torrente de lágrimas que amenazaba con derramarse sobre su cara. Y lo peor de todo era que Umay le caía bien y su situación la apenaba.

—Me parece honesto y justo que te preocupes por ella, Emir. Lo que me provoca taquicardias es el hecho de que todavía la sigas queriendo. He visto enfado en tus ojos, he sido testigo de tus gestos de posesión con ella al verla bailar con Daniel, he observado cómo la mirabas y le reclamabas. Mis propios ojos han presenciado lo mucho que la amas.

—No se trata de esto, de verdad —le aseguró Emir al tiempo que le tomaba las manos entre las suyas, buscando conectar con ella—. Nunca hubo esa clase de amor entre Umay y yo, ni siquiera en los inicios de nuestro matrimonio. Le tengo mucho cariño porque nos conocemos desde que éramos niños y me apena el drama que está viviendo. Los hombres que la dispararon son sus hermanos. Actué del modo que lo hice al verla con Daniel porque sabía que se desataría el infierno en cuanto se enterasen los suyos. Umay sabía a lo que se exponía, conoce las reglas, pero desde hace tiempo sufre depresión y me temo que la boda ha acentuado su desesperación. El aceptar la mano de Daniel fue sinónimo de firmar su sentencia de muerte. Y yo simplemente traté de impedirlo.

Los labios de Eva se entreabrieron por la sorpresa. Durante unos instantes no fue capaz de decir nada. De pronto, todo lo que creía que era blanco se había convertido en negro, y lo que a ella le parecía oscuro ya no lo era tanto. La sensación de estar inmersa en un carrusel se apoderó de ella, la dejó desorientada.

—Su propia familia... ¿Por qué?

—Es largo de contar, básicamente, se trata de honor. En las familias turcas tradicionales no se admiten los fracasos y menos por parte de las mujeres. Mientras Umay se encuentre bajo mi protección, los suyos no la tocarán. Si dejo de hacerlo, la matarán.

Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas, todas las tensiones vividas hicieron mella en ella. Se abrazó al cuello de su marido, demasiado cansada y angustiada para pretender entender algo que no tenía cabida en su mente. No podía ni imaginarse el sufrimiento de la pobre Umay en esos momentos: sola, abandonada, herida y perseguida por los suyos.

—Lo siento mucho, Emir. Si me lo hubieras contado, me habrías ahorrado mucho dolor. Me fui a las cuevas imaginando que me había casado con un bígamo y mi mente conjeturó cosas espantosas. Me sentí como una presa en manos de expertos cazadores, creí que os estabais riendo de mí y de mis ilusiones.

—Tienes razón en sentirte dolida, debí habértelo contado. En mi defensa te diré que fue todo precipitado: la boda, la pedida, la llegada de tus padres, los preparativos, el viaje a Capadocia. Sabes que prácticamente no tuvimos tiempo para estar a solas. En relación con Umay, pensaba tomar una decisión tras la boda. Créeme, esta situación me pesa mucho, aunque desconozco qué solución encontrar para ella. Todas y cada una de las ideas que me pasan por la mente me llevan al mismo punto de partida.

Apretó el cuerpo de Eva contra al suyo y se fundieron en un abrazo afectuoso. Inclino la cabeza y le besó la sien, al tiempo que su mano le acariciaba con ternura la espalda.

—Me he asustado mucho al ver que habías desaparecido —le confesó en voz baja, apenas audible—. Debido a las circunstancias, a los disparos, he pensado lo peor. Por favor, nunca más actúes por impulso, puede ser peligroso. Por muy negras que seas tus visiones, compártelas conmigo. Acuérdate de que este mundo es distinto al tuyo, no juzgues nunca sin saber.

Se apartó un poco de ella y la miró con intención a los ojos y, cuando obtuvo su completa atención, añadió:

—Prométeme que lo harás. Tú y el niño sois muy importantes para mí. No solo porque necesite un heredero ni porque el pueblo de Kays me lo exija, lo sois porque habéis conseguido ilusionarme. No estoy jugando un papel, me siento feliz de verdad por que hayas entrado en mi vida, señora Eva Dogan.

Ella vio mucha angustia y dolor reprimido en la mirada de su marido y comprendió su posición y el hecho de estar en medio de la tormenta, intentando contentar a todo el mundo.

—Te lo prometo. —La joven esboza una sonrisa generosa, con lo que le insufló tranquilidad a su atormentado marido, que ofrecía un aspecto lamentable con su ropa manchada de sangre y de tierra cálcica, con las mejillas sucias y el pelo alborotado—. Ahora deberías irte a casa para darte un baño y descansar. Mañana será otro día, ya verás cómo será un buen día.

—He mandado a que me traigan ropa limpia, me daré una ducha aquí y me quedaré a dormir contigo. Me han dicho que el sillón de invitados es realmente confortable. No pienso perder la oportunidad de comprobarlo.

—No es necesario, Emir, de verdad. Mis padres estarán a punto de llegar, me han llamado para decirme que venían de camino y Daniel...

—No pienso moverme de aquí por nada en el mundo. La noche de bodas la pasaremos juntos. No es el mejor plan que se me haya ocurrido, pero tengo que admitir que original sí que es un rato. Soy tu marido y donde tú estés, yo estaré contigo —sentenció, al tiempo que besaba con fervor los labios de su recién estrenada mujer.

## Capítulo 26

Daniel llevaba un buen rato apoyado en la pared con la vista puesta en Umay. La joven permanecía bajo los efectos de los sedantes que le habían administrado los médicos antes de extraerle la bala. El vendaje fabricado por Daniel unido a la burda pero efectiva esterilización impidió que la herida se infectase. Por suerte, la bala no había perforado ningún órgano importante. Los médicos dijeron que la paciente podría abandonar el hospital en un par de semanas, por lo tanto, su vida no corría peligro.

Daniel no podía dejar de contemplarla, sintiendo mucha tristeza ante el drama de su vida, drama que él había acentuado, sin querer. Aquella joven hermosa, de carácter dulce y enigmáticos ojos color bronce, podría haber muerto simplemente por el hecho de que él, un extranjero, la había invitado a bailar un *blues*. Era de locos. Ni en las películas malas de Hollywood se encontraban unos escenarios tan rocambolescos.

«Bueno, Daniel, hoy participaste en una gran escena de acción, ¿eh, muchacho? Como puedes ver, Umay está dormida, puede que no despierte hasta mañana, así que deberías marcharte a descansar, menudas pintas llevas», se dijo a sí mismo, con cansancio.

Clavó los ojos en su chaqueta de gala que le había costado cuatrocientos dólares, sintiendo pena por los bolsillos desgarrados, las mangas medio rotas y los botones que colgaban de un hilo, a punto de caerse. Solo conservaba parte de la impoluta camisa blanca que había utilizado para fabricar los vendajes para la herida de Umay. La mancha grande y seca de color rojo impresa en la tela le recordó la angustia que había sentido al advertir que la vida de ella pendía de un hilo.

Era preciso reconocer que Emir había tenido su buena dosis de valentía, no cualquier persona era capaz de presionar con la mano una herida abierta, aunque la situación final lo había sobrepasado. Fue entonces cuando Daniel se esforzó en acordarse de todos los cursos de primeros auxilios a los que había asistido en sus años de formación en la academia de policía. La vida de Umay había estado en sus manos y, aun cuando no disponía de medios ni de material sanitario, había logrado pararle la hemorragia en las mejores condiciones.

En su día a día, Daniel era un joven despreocupado de veintiséis años, que cumplía con su labor de policía destinado en un área de investigación ciudadana de la ciudad de Houston. Tenía su propio apartamento, que medía menos de sesenta metros cuadrados, y una novia bonita, Sarah, con la que llevaba saliendo cinco meses. Hasta su viaje a Turquía había considerado su vida llena

y trepidante, aunque las experiencias vividas en Capadocia le enseñaron el verdadero significado de estos adjetivos. Aun le costaba hacerse a la idea de que su única hermana, Eva, se había casado con un Al Capone turco que presidía una de las empresas más grandes del país. Al mismo tiempo, su recién estrenado cuñado poseía un palacete en Estambul y era el flamante jefe de un pueblo montañoso, patrimonio de la humanidad, formado por unas cuatrocientas personas. Y por si la situación no fuese bastante trepidante, se había enterado de que Al Capone ya disfrutaba de una primera esposa, a la que llamaba de forma más que conveniente «familiar».

Todos esos aspectos habían contribuido al fracaso y el posterior derrumbe de Emir. A Umay le habían disparado sus propios hermanos y Eva había huido a las montañas al haberse visto relegada al estatus de segunda esposa.

Daniel sabía que lo más sensato sería coger a su hermana de la mano para sacarla de aquel infierno. Era difícil creer que Eva, la muchacha más seria, estudiosa y responsable del mundo, fuese capaz de involucrarse con alguien como Al Capone. Pero lo había hecho y la prueba más irrefutable era que llevaba su apellido y estaba esperando un hijo suyo.

No, no sería fácil sacarla de Turquía. Y Daniel tenía que reconocer que, a pesar de las circunstancias, su cuñado le caía bien. No le había convencido del todo su explicación, aunque pensaba darle el beneficio de la duda hasta que el malentendido de las esposas quedase aclarado.

Un suave quejido lo sacó de sus reflexiones. Enderezó su cuerpo y se acercó a la cama de la paciente. Umay abrió los ojos y lo observó con el ceño fruncido, como si no se acordase de él. De forma instintiva, Daniel se pasó la mano por su pelo sucio y revuelto y, al advertir que ella sonreía, preguntó intrigado:

—Tengo un aspecto lamentable, ¿verdad? Tanto que te ha costado asociarme con el hombre seductor que te ha invitado esta tarde a bailar un *blues*.

La sonrisa de Umay se tornó, al instante, triste, melancólica, y él se reprendió por su maldito humor, que ni era gracioso ni venía al caso. Preocupado, le tomó la mano que no llevaba vía puesta y, llevándosela a los labios, la besó con afecto.

—Lo siento mucho, Umay. Yo... no sabía nada de... vuestras tradiciones.

—No —articuló ella, con dificultad—. No quiero que lo sientas. Ha sido hermoso bailar contigo, aun cuando no me dejaron disfrutar de tus dotes de bailarín. Qué pena que nos hayan interrumpido.

El humor de ella, tan parecido al suyo, provocó un sentimiento de cercanía entre ambos. Intercambiaron un gesto de entendimiento, como si, a partir de ese instante, sus puntos céntricos, sus *chakras*, se hubieran conectado.

—Esto tiene fácil arreglo, mejora un poco tus ánimos y volveremos a bailar cuando tú quieras. En el mismo hospital, si fuese necesario; he comprobado, tiene *wifi*, así que los límites los pondremos Youtube y nosotros.

—Seguro que sí. —Umay intentó seguirle la corriente a su broma, pero la abrumadora realidad se impuso y devolvió la tristeza en sus hermosos ojos—. Daniel, tras la operación he hablado un

poco con Emir. Me ha contado lo que hiciste por mí, nunca lo olvidaré. Si sigo en este mundo, es gracias a ti.

—La peor parte se la ha llevado él, ha mantenido la herida controlada hasta mi llegada. Yo me limité a prestarte parte de mi camisa, que, por cierto, espero que me devuelvas algún día, me ha costado la friolera de ¡setenta dólares! Y, para más inri, era mi única camisa de bodas.

Una preciosa sonrisa hizo acto de presencia en el rostro pálido de Umay, una de esas que le corta la respiración a quien la contempla.

—Algún día te la devolveré. —La intensidad de su mirada era tanta que Daniel quedó desarmado—. Ahora, deberías marcharte. Mi familia tiene antenas por todas partes y la tradición se impone hasta en los hospitales.

—¿Está mal visto que un héroe visite a la joven a la que le prestó su mejor camisa? No me lo creo. Vuestras tradiciones necesitan un buen lavado de cara.

A pesar de seguir bromeando, Daniel experimentó la sensación de que su corazón había dado un vuelco. No quería acobardarse ante unas anticuadas tradiciones, ni romper la bonita conexión que había surgido de la nada con la dulce Umay. Entonces, un pensamiento nuevo le hizo fruncir el entrecejo.

—¿Por qué lo hiciese?

—¿Hacer el qué?

—Aceptar mi invitación. Yo no podía conocer las consecuencias de un baile, pero tú sí. Soy un tipo que me quiero bastante, ya sabes, si me hubieras rechazado, no hubiese insistido. Ahora que lo pienso, recuerdo que titubeaste un poco, y después sonreíste y me dijiste: «estaría encantada de bailar contigo». Y yo me pregunto: ¿cómo podrías haberlo estado, sabiendo a lo que te exponías?

Bajando la vista, Umay contempló pensativa sus manos. Parecía, de pronto, muy cansada y toda la exuberante alegría de segundos atrás se había esfumado.

Su rendición fue respuesta suficiente. Daniel, que en materia de sentimientos vivía en la superficie del mar y nunca buceaba en exceso, comprendió el infierno de Umay. Sintió las llamas del fuego acariciarle las plantas de los pies y un sentimiento de conmoción se apoderó de él.

—Lo hiciste de forma consciente. Sabías que sería el final. Fue como firmar tu propia sentencia de muerte.

Daniel le acarició la mejilla con delicadeza, perdiéndose en la profundidad del dolor que mostraban sus ojos.

—¿Por qué? Te he salvado la vida, destruyendo por ello mi mejor camisa. Merezco saber la verdad. Confía en mí, en unos días me habré marchado, así que tu secreto estará a salvo.

—Porque quería vivir el cuento. Nunca nadie me había invitado antes a bailar. Nunca he tenido la oportunidad de saber lo que se siente al dejarte llevar por el ritmo de la canción, al estar abrazada al cuerpo de un hombre tan arrebatador como tú. Fue una sensación muy hermosa, efusiva, apasionante y no quise perdérmela.

—Umay, un baile no vale una vida, sigo sin entenderlo.

—A veces, un momento feliz puede valer una vida; más en el caso de una chica sin suerte como yo. Mi familia me prometió en matrimonio cuando tenía siete años. Me enseñaron una foto de Emir, que, para aquel entonces, era un adolescente de diecisiete años, y me dijeron: «Este chico será tu marido. Cuando llegue el momento, os casaréis». Siendo la hermana pequeña de cuatro hermanos conservadores, tuve una vida muy solitaria y complicada. Crecí prácticamente encerrada en casa y, cuando cumplí la mayoría de edad, me convertí en la esposa de Emir. No hemos tenido sentimientos, ni tampoco bailes, nos limitamos a cumplir con nuestras obligaciones. Supongo que, a estas alturas, sabes que no pude cumplir las mías: por desgracia, soy estéril.

—Sí, Emir me ha contado vuestra historia. Lamentablemente, mi hermana también se ha enterado de toda la verdad. Y, como es lógico y comprensible, se siente dolida, engañada.

—Siento haberle estropeado la boda a Eva, le pediré perdón e intentaré hacer que lo entienda. Desapareceré de su vida, ella no tiene la culpa de mi desgracia.

—Y tú tampoco, Umay. ¿Sabes lo que es peor de todo? Que, de algún modo, te consideras culpable. Y no lo eres, maldita sea —exclamó Daniel, desolado—. No eres culpable de haber nacido en una familia rígida y anticuada, no eres culpable de no poder tener hijos, no eres culpable de los disparos de los descerebrados de tus hermanos. No eres culpable de querer bailar un *blues*. Pero de una cosa sí eres culpable: de no luchar por ti.

Y dicho eso, Daniel abandonó la estancia, y dejó a Umay con una expresión confusa en el rostro. Por primera vez desde que tenía uso de razón, había visualizado su propia situación desde un ángulo diferente.

## Capítulo 27

Mientras Emir se daba una ducha, Eva salió en búsqueda de la habitación de Umay. Profundamente impresionada por su historia, comprendió que, al menos de momento, su seguridad dependía de ella. A esa hora tardía, los pasillos del hospital estaban desiertos y no se demoró demasiado en dar con su habitación. Emir le había contado que la habían operado de urgencia, su vida no corría peligro, aunque necesitaba al menos un par de semanas para recuperarse. El desenlace de lo ocurrido podría haber resultado diferente de no haber sido por la rápida intervención de Daniel, que logró detener la hemorragia a tiempo.

A unos pocos metros de distancia de la puerta de Umay, Eva chocó con su hermano. Daniel ofrecía un aspecto deplorable, con la ropa desgarrada y manchada de sangre, y el rostro cansado hasta rozar un cierto ánimo de tristeza y melancolía. Nada más percatarse de la presencia de su hermana, se apresuró a interesarse por su estado de salud, preocupado por encontrarla deambulando por los pasillos poco iluminados.

—Eva, justo iba a ir a verte. ¿Qué pasa, necesitas más aventuras? ¿No has tenido suficiente por hoy? —De pronto, reparó en la bata de hospital que llevaba puesta y el gesto de su cara se tornó preocupado—. Observo que no te han dado el alta, ¿todo en regla?

—Estoy bien; de hecho, es una tontería que me quede ingresada, los médicos han insistido, así que... haré caso. ¿Y tú? Me pareció ver que salías de la habitación de Umay. Déjala en paz, Daniel, no le causes más problemas.

—Quería asegurarme de que mi pequeña intervención quirúrgica de hoy ha dado resultados. He sacrificado mi mejor camisa por ella. —Daniel señaló los girones de tela que colgaban por debajo de su chaqueta y Eva sonrió comprensiva, acostumbrada al peculiar sentido de su humor de su hermano—. Ha merecido la pena mi esfuerzo, se encuentra fuera de peligro.

—Pobre Umay —se lamentó Eva, pensativa, al recordar su cuerpo inerte en los brazos de Emir y su vestido ensangrentado—. ¿Crees que ahora es un buen momento para que hable con ella?

Daniel le rodeó los hombros con el brazo, y le dio un afectuoso beso en la frente.

—Vamos, te invito un café. Umay necesita descansar, déjala que se recupere, hablarás con ella mañana.

Le ofreció el brazo y recorrieron los pasillos hasta llegar a la zona comercial, donde había una pequeña cafetería. Pidieron bocadillos calientes y una ensalada de tomates, pepino, nueces y

queso, aderezada con una salsa oriental de lo más apetitosa.

—¿Qué piensas hacer a partir de ahora? —preguntó Daniel, mientras pinchaba una hoja de lechuga y se la llevaba a la boca—. ¿Le darás una oportunidad a tu marido bígamo? No sé si es un buen manipulador o posee el arte de convertir las adversidades a su favor, pero a mí, sinceramente, me ha convencido. He hablado un poco con Umay del tema, no he encontrado incoherencias entre las dos versiones y, aun cuando se trata de una situación de lo más extraña, para mí, dicen la verdad.

Eva tomó un sorbo de zumo de piña y, tras dejar el vaso sobre una bandeja de plástico, soltó un suspiro.

—Me queda una espina clavada porque no me contó la verdad desde un principio; además, mi relación con Emir no es precisamente una relación... ya sabes, nos casamos de forma apresurada por el bebé. No sé si alguna vez podré encajar aquí, en medio de tantas normas, tradiciones y restricciones, pero una parte de mí quiere intentarlo.

—¿Estás segura? En un par de días, nosotros regresaremos a Estados Unidos y te quedarás aquí sola. Tu marido es un hombre muy poderoso; si decides quedarte, sus derechos sobre ti y el niño no harán más que crecer. Piénsalo. Hoy tienes una pequeña oportunidad de abandonar el cuento de *Las mil y una noches*, podemos ir a la embajada para pedir la anulación del matrimonio, pero mañana no la tendrás.

—Lo sé. —Eva alargó las manos y enlazó los dedos con los de su hermano, un gesto que compartían cuando necesitaban consuelo el uno del otro—. Mi instinto me dice que Emir es un buen hombre. No me acobardo ante las consecuencias de haberme convertido en su esposa, lo único que me inquieta es este mundo, tan diferente al que yo conozco.

Daniel le infundió ánimos con la mirada tratando de no influir en sus decisiones.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Desde el primer día que lo vi —contestó ella, sin vacilar—. Al principio no lo comprendí, y es más que probable que nunca hubiese pasado nada entre nosotros si no fuera porque el destino se ha empeñado en unirnos. Nuestros mundos son impares, desiguales y distintos, pero la perfección de la vida reside justamente en eso, en lo diferente, en los polos opuestos que se atraen. O, al menos, mi parte romántica e idealista lo cree así.

—¿Y él? Es un hombre indescifrable, me tiene más que intrigado. He observado que te trata con delicadeza y educación, pero, claro, llevas en tu vientre algo que es muy valioso para él. No quiero decir con esto que no le importes. —Daniel trató de suavizar el tono al ver que los ánimos de su hermana decaían por momentos—. Lo único que deseo es asegurarme de que te quedas en buenas manos, Eva.

—Es difícil responderte a esto... Emir no me ama, apenas nos conocemos, aunque tratamos de acercarnos, de formar un vínculo. Algo en mi interior me dice que está ilusionado y feliz con que yo esté aquí... Se ha casado conmigo confiando plenamente en mi historia. Sabes que antes de que mi embarazo no alcance siete meses no podrá hacerse la prueba de paternidad, así que, para mí,

esa muestra de confianza es bastante relevante.

—¿Y qué pasará con tus planes? ¿Qué harás con la jovencita valiente que soñaba con convertirse en una temida inspectora de Hacienda?

—Supongo que la vida nunca le da a nadie la felicidad completa. Para alcanzar unas metas, hay que sacrificar otras. Soy economista, dentro de poco terminaré el posgrado, se me ocurrirá alguna alternativa para la temida inspectora de mis sueños.

—Admito que tienes razón. Podrás dedicar tu tiempo libre a inspeccionar las cuentas de los súbditos de tu marido. —Daniel estalló en una risa sincera y Eva le propinó un empujón en las costillas, fingiendo estar molesta, pero sin poder aguantarse la risa—. Cuatrocientas personas darán bastante juego a tu pobre vida de esposa de millonetas.

—Sabes que eso no es así, Daniel. Si existe en el mundo una persona más desinteresada y poco apegada al dinero, esa soy yo. Emir posee... mucha personalidad, fuerza, atracción, tiene todo lo que yo admiro y deseo en un hombre. Nuestra vida en común sería mil veces más fácil si no fuera quien es, ni tuviera tanto dinero y poder. No quiero pensar por ahora en los cuatrocientos súbditos. ¿Sabes que este verano debemos pasar diez días con ellos? Se trata de una especie de convivencia para estar al tanto de sus problemas, dificultades, alegrías. Vamos, como un Gran Hermano a gran escala.

—Que Dios te encuentre confesada, hermanita; y, de paso, que ilumine tu cerebro para aprender algo de turco, si no, no veo cómo podrás escuchar a tu pueblo ni desenvolverte con éxito en el *reallity*.

Eva le propinó otro empujón entre las costillas y los dos rompieron a reír. Daniel había escogido el humor para tratar los problemas de su hermana y ella le agradecía el gesto.

—Contigo no se puede hablar. —Eva se hizo la ofendida—. Me voy, se ha hecho tarde.

—Adiós, sultana. —Daniel dibujó un amplio círculo con la mano, simulando una reverencia exagerada. Eva movió la cabeza con incredulidad y se marchó sonriendo.

—Adiós, héroe, vete a descansar al hotel y no se te ocurra invitar a ninguna doncella a bailar —le aconsejó desde la distancia, sacándole la lengua con picardía.

## Capítulo 28

De vuelta en su habitación, Eva encontró a su marido instalado en el sillón del acompañante, viendo la tele. Era el primer momento de intimidad que compartían desde que se habían conocido y la joven sintió cómo el corazón le daba un pequeño vuelco en el pecho al descubrir una versión distinta de la que estaba acostumbrada. El lugar del Emir trajeado, sobrio e impecable había sido ocupado por un hombre de aspecto relajado, que vestía un pantalón de chándal color oscuro y una camiseta ceñida de algodón que le ofrecía un aire juvenil y atractivo. Era como si, de pronto, se hubiera quitado diez años de encima. El pelo recién lavado estaba despeinado y olía a un gel de ducha masculino caro. Al percatarse de su presencia, se incorporó en el sillón y le hizo un gesto con la mano para que se acercase a él.

Eva sintió una fuerte emoción recorrerle la columna vertebral, como si esa sencilla invitación fuese algún acto de considerable importancia. Llevaban días de mucho ajeteo, fiestas, reuniones, y ese primer instante de intimidad, tan deseado y temido, podía significar el inicio de su relación. De la química que consiguieran fabricar dependía el éxito de su vida en común.

Emir alargó el brazo y la atrajo con naturalidad hacia él, para abrazarla con afecto.

—Me he preocupado bastante, señora Dogan, cuando he salido de la ducha y no te he encontrado. Por favor, no desaparezcas sin más; con todo el revuelo de los hermanos de Umay, puede ser peligroso. Aparte, me he dado cuenta de que ejerces un efecto extraño en mí: cuando estás cerca, el día me parece más alegre.

—Lo siento —se excusó ella, comprendiendo que había actuado por impulso al haber abandonado la habitación sin decirle nada—. Quería ver a Umay. Hm, hueles muy bien —apreció hundiendo la cabeza en el hueco de su pecho—. Desde que estoy embarazada parece que tengo un detector instalado en la nariz.

Emir la apretó un poco más contra su cuerpo, acariciándole la piel desnuda que dejaba al descubierto su bata de hospital.

—Tomaré nota y me ducharé siempre con el mismo gel —repuso, complacido por su cercanía y el matiz natural que había adquirido la conversación—. ¿Qué te apetece hacer en la noche de bodas? ¿Pido algo de cenar?

—He picado algo con Daniel, el pobre estaba hecho un desastre, me ha costado un mundo convencerlo de que se fuera a descansar y, de paso, que avise a mis padres que no es preciso que

vengan.

—Tu hermano es un gran hombre, valiente, templado, no sé cómo podré agradecerle todo lo que ha hecho hoy.

—Hay una forma de hacerlo: tratando a su hermana de mil maravillas y haciéndola feliz.

—¿Solo eso? ¿Crees que lo lograré? Me refiero a hacerte feliz —preguntó Emir, mirándola directamente a los ojos, como si fuese una cuestión de máxima importancia—. Lamento mucho todos los incidentes de hoy y haberte ocultado la verdad sobre Umay.

Eva le acarició la cara, emocionada al ver que un hombre tan seguro de sí mismo como Emir dudaba de sus posibilidades de éxito y, acercándose, depositó un pequeño beso en su mejilla. Entonces, él le abrazó los hombros y, hundiendo la mano en sus cabellos, buscó su boca. Se dieron un beso largo y necesitado, tratando de conocerse y alinear sus energías en la misma onda cósmica.

—¿Esta es tu forma de perdonar? —preguntó Emir cuando sus labios se separaron un poco. La preocupación se le había borrado del rostro y, en su lugar, había florecido una expresión serena, mezcla del alivio y la ilusión que sentía.

—No lo sé, Emir. —La joven inspiró profundamente y respiró despacio, tratando de poner orden en sus ideas y sus sentimientos, que se habían revolucionado en su interior debido a la íntima cercanía—. Te veo aquí conmigo, vestido con ropa sencilla, recién duchado, con un brillo de deseo en tu mirada y pienso que todo es posible. Pero si te observo con más detenimiento, me acuerdo del hombre poderoso, distante y frío que me ha ocultado que su exmujer vive todavía en su casa, siendo tratada con mucha deferencia, como si fuera su esposa. Ojalá fuera todo tan sencillo como lo es en este instante.

Emir la escuchó con atención, le cogió una mano y se la retuvo entre las suyas, tratando de decir las palabras correctas. Porque las palabras podían ser vacías; los actos, condicionados por las circunstancias; los sentimientos, fingidos, pero la verdad reflejada en los ojos humanos es una de las cosas más certeras que hay en la vida. Los ojos no saben mentir.

—Eva, te propongo que afrontemos los problemas día a día, que vayamos despacio, dándonos la oportunidad de conocernos. Podría prometerte que, a partir de ahora, todo nos irá de mil maravillas, pero no puedo hacerlo. De lo único que estoy seguro es de mi sinceridad y afecto hacia ti. Quiero intentar que lo nuestro funcione. Si tú quieres, podemos avanzar en la misma dirección, hacer las concesiones que sean necesarias para que nuestros mundos encuentren el equilibrio perfecto.

Intercambiaron un gesto de afecto, potenciado por la calidez de sus palabras. La desconfianza fue desapareciendo de forma paulatina y su lugar fue ocupado por un velo fino de cordialidad y entendimiento. Sin necesidad de palabras, el matrimonio Dogan selló un tácito acuerdo de compromiso.

—Hablando de concesiones, ¿qué te parece si cambiamos el canal que está sintonizado ahora mismo en la televisión y buscamos una película en versión original?

Emir se inclinó sobre ella y, hundiendo la mano en sus cabellos, le dio un beso dulce en los labios. Después, separó su boca de la suya y le preguntó en tono divertido:

—Hablando de concesiones, ¿qué te parece si vemos esa película subtitulada abrazados en la magnífica cama de hospital que tenemos justo al lado?

Emir se levantó del sillón y, enlazando los dedos con los de ella, la condujo hacia la cama articulada.

—No se me ocurre un plan mejor para nuestra primera noche de casados —respondió ella y, mientras se acomodaban en el duro colchón y los brazos de Emir la acogían con tanta calidez y afecto, Eva pensó que no podía haber en el mundo una sensación más maravillosa que la que estaba viviendo en aquel instante.

## Capítulo 29

Al día siguiente, a Eva le dieron el alta y la familia al completo tenía prevista la vuelta a Estambul, menos Umay, que debía permanecer en el hospital al menos un par de semanas más.

La mañana fue ajetreada, entre las continuas idas y venidas de los médicos y enfermeros, las visitas prolongadas de Hazan y Mavi, que no cesaban en su empeño de cuidar de la recién llegada a la familia, más todavía al haberse enterado de su estado de buena esperanza.

—Es la noticia más maravillosa que podría recibir tras el disgusto que me ha provocado Umay ayer —clamaba afectada la matriarca de los Dogan, agitando sus manos regordetas cubiertas de multitud de joyas caras—. Eva, cariño, a partir de ahora, te cuidaré y me encargaré en persona de tu bienestar —le aseguró con una expresión contenta en el rostro.

Los ánimos de Eva decayeron de golpe al escuchar la traducción realizada por la sobrina de Emir, Aysel, sobre las aspiraciones de su suegra. Primero, porque no necesitaba los cuidados de nadie, era bastante capaz de hacerlo ella misma, y, en segundo lugar, porque le había molestado el comentario injusto que la madre de Emir había proferido acerca de la que había sido su nuera. La mujer que en su día ella misma se había encargado de elegir como esposa para su hijo adorado. Enderezó su cuerpo, tratando de aparentar seguridad en sí misma, alegrándose de vestir un traje de pantalón elegante, en tono azul marino, que su madre le había llevado aquella mañana para cambiarse, que le ofrecía un aire sobrio y la hacía aparentar más edad de la que tenía en realidad. Se alisó las solapas de la chaqueta y, girándose hacia Aysel, le rogó que tradujera el mensaje que, a continuación, diría a su suegra.

—Señora Hazan, es usted muy amable en ofrecerme su ayuda, pero me temo que debo rechazarla. Me encuentro perfectamente, ya sabe, un embarazo no es sinónimo de enfermedad. No sé si Emir se lo ha comentado, pero tengo intención de regresar a Hamburgo para continuar mis estudios, solo vendré a Estambul algún fin de semana.

—No puedes regresar a Hamburgo estando embarazada —declaró Hazan con gesto agrio tras finalizar la traducción—. El niño que llevas dentro es demasiado valioso para nuestra familia. Además, te acabas de convertir en la esposa de Emir, eres una mujer extremadamente poderosa, ¿para qué querrías seguir estudiando? Nunca se ha visto que una mujer de agá abandone a su marido tras la boda. Tu deber, a partir de ahora, es tu marido, en exclusiva, es lo que nuestro clan y nuestra familia esperamos que hagas.

Los colores subieron a las mejillas de Eva conforme Aysel iba traduciendo. Sus pensamientos volaron de forma inconsciente a Emir, preguntándose si la reciente tregua alcanzada en la noche anterior había sido una simple cortina de humo, aunque tenía la clara impresión de que no podía compartir las aspiraciones de su madre. Habían hablado infinidad de veces sobre el posgrado, acordaron que ella regresaría después de la boda.

—Señora Hazan, no me he casado con su hijo ni para cuidarlo ni para que me cuide.

Eva pronunció aquellas palabras con voz pausada, clara y serena, ocultado con dificultad la tormenta desatada en su interior. Intuía que era de vital importancia parar esa ofensiva en su contra si quería avanzar en el futuro. Su suegra testaba los límites, imponiendo sus reglas y su palabra, como si de una marcación de terreno se tratase. Hazan era la loba guía, la poderosa esposa de un agá retirado, mujer fuerte y autoritaria, acostumbrada a salirse con la suya. En cambio, Eva era la forastera, la recién llegada a la que deseaba intimidar y doblegar a su conveniencia. Conforme su nieta le traducía el mensaje, la matriarca levantó una mano para imponer orden.

—Me ofende que me llames señora Hazan, llámame madre, sería lo más apropiado.

Eva tragó saliva, impresionada por la extraordinaria habilidad de manipular que tenía esa mujer, dejando de lado una conversación que no le agradaba para cambiar de tema con una facilidad sorprendente.

—De acuerdo, *anne*. —Eva utilizó el término madre en turco para el total deleite de Hazan—. Mi marido y yo decidiremos juntos nuestras cosas, espero que no le importe.

Eva cambió el tono ofensivo de su voz y el contexto, reflexionando en su interior si debía hacerle frente a aquel huracán o actuar con astucia y tomarla desprevenida. Se decantó, finalmente, por darle un pequeño respiro a la loba guía, dejándola creerse vencedora y, mientras tanto, solucionar las cosas con Emir.

—Buena chica —la felicitó Hazan, sonriente—. En otras circunstancias me sentiría molesta contigo, pero me darás un nieto y mi deber me obliga a ser comprensiva. Eres una muchacha muy joven, no conoces nuestras tradiciones ni sabes comportarte como es debido. En todo caso, no hay por qué preocuparse; si estoy a tu lado, haré de ti una mujer digna de llevar el apellido de mi hijo.

Eva tuvo que morderse la lengua con dureza para no replicar ante ese comentario prepotente, machista y avasallador.

—Si me disculpa, *anne*, ahora iré a despedirme de Umay. Me imagino que Emir habrá terminado con las formalidades médicas y nos marcharemos pronto.

—Yo que tú no me preocuparía tanto por Umay. Por su culpa estamos ahora en boca de la gente. Ella, junto a su familia, ha vertido basura sobre nosotros.

Aquello fue demasiado y, aunque se le hubiese ido la vida en ello, Eva no fue capaz de permanecer callada.

—*Anne*... —Acentuó la palabra «madre» con toda la dulzura del mundo—. Por lo que me han contado, usted y esos familiares de Umay, de la que ahora tanto se avergüenza y reniega, pactaron unos años atrás un trato para convertirla en su nuera. No me parece ético por su parte que, ahora

que no la necesita, hable de ella con tan poca consideración. Por lo que a mí respecta, Umay puede quedarse a vivir en la casa, bajo la protección de Emir, el tiempo que sea necesario. Una vida humana no es un trapo al que podamos tirar sin más miramientos cuando está usado.

Y dicho esto, Eva salió dando un portazo, sin esperar a ver la cara de su suegra cuando su nieta finalizara la traducción.

En el pasillo se chocó con el cuerpo de Emir, que venía de regreso. No tuvo tiempo de disimular las lágrimas producidas por las aberraciones de su suegra ni pudo ocultar el malestar que sentía en su interior.

Él, nada más percatarse de su estado, la interrogó con la mirada, sumamente preocupado de encontrarla tan alterada. Sacó del bolsillo superior de su moderna chaqueta azul marino un pañuelo de tela y le secó con delicadeza las lágrimas. Después, le rodeó los hombros y la atrajo hacia un sofá afelpado situado al final del pasillo, donde se sentaron. Eva se sintió reconfortada por su cercanía y, aunque la tentación de desquitarse de su suegra era significativa, resolvió no ponerlo en un aprieto y menos en un hospital. Por muy justificadas que fuesen sus lágrimas, Emir quedaría en medio de la trifulca, obligado a limar asperezas entre su madre y su esposa. La joven sonrió, y ante la mirada limpia y justa de su marido, olvidó sus temores y los disgustos producidos. Decidió desviar el tema y alabar su aspecto, ya que Emir había cambiado su traje hecho a medida por un atuendo moderno, de lo más favorecedor. Vestía unos chinos beige conjuntados con una camisa azul marino y una chaqueta moderna del mismo tono que la camisa, con cuadros beige, bolsillos cuadrados y botones marrones.

—Eres muy guapo vestido con ropa informal. ¿Cómo es posible que hasta después de una noche pasada en el hospital tengas un aspecto tan pulcro? ¿Tu ropa no se arruga nunca?

Él reprimió una sonrisa enigmática, visiblemente satisfecho por los halagos de su esposa.

—Anoche mencionaste que la ropa informal me hace más accesible, por lo tanto, he tomado nota. Quedamos en hacer concesiones y las tengo muy presentes para acercar nuestros mundos. Pero no me cambies de tema, he visto que salías de la habitación llorando. ¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Te dijo algo mi madre que te haya molestado?

—Nada importante. Son las hormonas. Dame un abrazo y se me pasará. Ahora no quiero hablar de ello.

Él tuvo la clara impresión de que le ocultaba el verdadero motivo de su disgusto, pero decidió no presionarla. Se guardó las preguntas que le pasaban por la mente fingiendo haberse quedado conforme con la versión que estuvo dispuesta a ofrecerle. La atrajo hacia él y, rodeándole el cuerpo en un caluroso abrazo, depositó un beso consolador en su frente.

## Capítulo 30

El alta de Eva tardaba más de lo previsto y, mientras Daniel esperaba en la cafetería del hospital, le pidió al camarero otro café bien cargado, apartando el plato del desayuno casi sin tocar. Veía a su madre parlotear al otro lado de la mesa, pero hacía un buen rato que no la escuchaba, su mente estaba vagando por unos pantanos muy poco recomendables. Ese día, la familia Turner viajaba de vuelta a Estambul, desde donde al día siguiente emprenderían el larguísimo vuelo hacia Houston. Un tirón en la manga de su camisa lo obligó a abandonar sus reflexiones y centrar la mirada en su madre, que reclamaba su atención.

—¿Qué te parece? —le preguntó con el ceño fruncido.

—¿Qué me parece el que, mamá?

—No me estás haciendo caso, Daniel, desde ayer te comportas de un modo extraño, estás pensativo y poco hablador. Igual has incubando algún virus, a saber qué enfermedades estarán ocultas bajo estos pedruscos que llaman ciudad. Y mi única hija se quiere quedar aquí. Aún no me he recuperado del susto de ayer. Tú eres policía, persuade a tu hermana para que abandone a ese hombre que, a todas luces, es un tipo que no le conviene.

—Eva es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones, mamá. Si ella quiere quedarse, no podemos hacer nada. Dale una oportunidad a Emir, puede que el incidente de la boda no fuera culpa suya. En cuanto a mí, gracias por preocuparte, no es nada, solo he acumulado algo de cansancio. Iré a ver por qué tardan tanto, son más de las doce.

Su padre, que hasta el momento no había intervenido en la discusión, levantó la vista hacia él y repuso un tanto preocupado:

—Daniel, Eva es muy joven y no hay duda de que este hombre la ha deslumbrado con sus riquezas y sus modales, pero habla con ella. Tengo un mal presentimiento dejándola aquí, sola.

Daniel asintió con un gesto y fue en búsqueda de su hermana. Mientras recorría el largo pasillo la vio en compañía de su marido, sentados en un sofá, justo al final de corredor. Aprovechó que no lo habían visto y se ocultó detrás de una columna para observarlos desde la distancia. En ese instante, Emir le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja y le tocaba la nariz en gesto travieso. Eva echó la cabeza hacia atrás, al parecer complacida por algo que su marido le había dicho. Parecían relajados y la buena química y armonía que desprendían eran más que evidentes. Contento con el resultado, Daniel dio marcha atrás para regresar con sus padres y chocó con una

enfermera que salía de la habitación de un enfermo. Se estaba excusando por haberla importunado cuando cayó en la cuenta de que se encontraba delante de la habitación de Umay. No tenía intención de despedirse de ella, ya que esa mujer le producía mucha tristeza y revolucionaba su interior de un modo doloroso; no obstante, al verse tan cerca, cedió a la tentación y, tocando con los nudillos en la puerta, entró.

Umay descansaba medio incorporada, con la espalda apoyada en una almohada. Sostenía un vaso de agua en la mano; por lo visto, se estaba tomando las medicinas. Su rostro se veía apagado y unas pronunciadas ojeras de color oscuro acentuaban su palidez y le conferían un aspecto poco descansado. Sus cabellos sueltos se deshacían en ondas hasta la altura de los senos y, a causa de los tímidos rayos de sol que penetraban por la ventana, adquirían unos suaves tonos cobrizos. En cuanto se percató de su presencia, sus ojos resplandecieron, como si se alegrase enormemente de volver a verlo. Daniel se sintió un poco confundido ante el vuelco que dio su corazón cuando su mirada captó la suya desde la distancia.

—Umay, tienes buen aspecto —apreció con jovialidad, deseando no haber ido.

—Tú también —contestó ella, con dulzura.

—Me marchó, supongo que ha llegado la hora de la despedida. Cuídate mucho y no te olvides de mi camisa, la quiero de vuelta. Espero que, mientras tanto, no se case ningún amigo mío.

Una seductora sonrisa apareció en los labios de ella, una de esas capaces de iluminar un radio de, al menos, cincuenta metros.

—Descuida, algún día te la devolveré.

Daniel se quedó de pie en medio de la habitación, debatiendo en su mente si debía darle un abrazo de despedida o, simplemente, marcharse. De los últimos acontecimientos había aprendido a ser cauteloso con sus gestos. Finalmente, el deseo de tocarla fue más intenso que sus reticencias.

—¿Te puedo dar la mano o un abrazo de despedida? Dime si ese pequeño gesto sería visto con malos ojos por vuestras tradiciones.

Esa vez, la sonrisa de los labios de Umay se ensanchó de un modo encantador. Dejó el vaso en la mesita de noche y alargó los brazos hacia él. Daniel se acercó unos pasos y, al tomar las manos entre las suyas, quedó electrizado ante el suave contacto de su piel. Se sentó en el borde del colchón, permaneciendo cogidos de la mano y callados, como si ese gesto hablase por ellos.

—Daniel, si nos vieran ahora mismo, las tradiciones quedarían mudas de asombro —señaló de buen humor, dando la impresión de que le provocaba un inmenso placer desafiar aquellas temidas costumbres.

—No me extraña, si por un simple *blues* se han revolucionado tanto, ante un abrazo solitario me imagino que hay riesgo de que sufran un infarto. Aunque a estas alturas, ¿qué más da enfrentarlas un poco más?

Daniel le guiñó el ojo, acortó un poco la distancia entre sus cuerpos y, atrayéndola hacia él, le dio un suave abrazo de despedida. Umay lo rodeó de forma tímida, colocando una mano en la parte baja de su espalda. No fue un abrazo propiamente dicho, más bien un acercamiento de dos

cuerpos que se separaron antes de percibir el calor del otro.

—Umay, perdóname por todo lo que te dije ayer. No tenía ningún derecho de hablarte así, ni de opinar sobre cosas que yo no entiendo. No soy nadie para decirte cómo debes enfrentarte a tu vida —se disculpó Daniel, mirándola a los ojos fijamente.

—No, no te disculpes, todo lo que dijiste es cierto, aunque también es cierto que nunca podré escapar de mi destino. Vivo en un círculo cerrado, nunca he soñado romperlo ni que fuera diferente; sin embargo, tus palabras de ayer me han obligado a aceptar que podría haber una fisura en la rueda de mi destino, algo muy pequeño que me permitiría algún día volar. Al menos, a partir de ahora tendré un granito de esperanza, y eso es gracias a ti.

—Todo saldrá bien, apóyate en mi hermana; de algún modo, las dos os necesitáis, y Emir es un tipo que inspira confianza, encontrará el modo de ayudarte.

—Seguro que sí —asintió, aparentando estar animada.

Daniel escuchó su teléfono vibrar y, tras mirar la pantalla, leyó el mensaje de Eva:

«¿Dónde te has metido? El clan está montado en los coches, es hora de irnos. Emir dejó vigilancia para Umay, no te preocupes por ella, estará segura».

Daniel se puso de pie, sintiendo cómo un molesto nudo se instalaba en su garganta. Alto y apuesto, contemplaba con sus profundos ojos verdes a una inmóvil Umay, quien lo miraba fijamente, con los ojos anegados en lágrimas. No fue capaz de hablar, por lo que se dio la vuelta y echó a andar en dirección a la puerta. De pronto, sintió una poderosa fuerza tirar de él. Con la mano colocada sobre el manillar de la puerta, acudió a su mente un pensamiento nuevo que lo hizo fruncir el ceño. Se pasó los dedos por su desordenado cabello y se dio la vuelta.

—Umay, no sé qué acaba de pasar aquí, he sentido una especie de conexión contigo que me hace pensar que somos especiales el uno para el otro. Si alguna vez me necesitas, no tienes más que llamarme. Le diré a Eva que te pase mi teléfono cuando salgas del hospital. Llámame y vendré, nunca lo dudes.

Umay asintió, aunque no fue capaz de decir ninguna palabra. Dudaba de que algún día lo fuera a llamar, pero su promesa se asentó sobre sus hombros como una nube cálida, dispuesta a acompañarla y a protegerla, siempre.

## Capítulo 31

La mañana que Eva abandonó Estambul era fría y oscura. Montañas enormes de nubes bajas de color ceniza colisionaban entre sí y provocaban que unos cuantos rayos luminosos dividieran los horizontes en múltiples fracciones. Los cielos no tardaron mucho en abrirse y comenzó a caer un aguacero para coronarlo todo y empeorar un día, ya de por sí, difícil. Ante ese desolado panorama, Emir insistió en que retrasase su marcha a Hamburgo al menos hasta el día siguiente, pero ella se mantuvo firme en su decisión de volar. No quería ni imaginarse la opinión de Hazan al respecto y sospechaba que a Emir le había caído una buena regañina por parte de su madre, si bien ante ella la suegra había mantenido el tipo, deseándole buen viaje y advirtiéndole que debía cuidarse.

La joven había faltado a los cursos universitarios durante ocho días y había perdido los exámenes más importantes, así que, debido a que no podía seguir saltándose clases, había abandonado la lujosa mansión de los Dogan en compañía del chófer de la familia rumbo al aeropuerto.

El chaparrón fue intenso pero rápido y, tan pronto como llegó, se disipó, lo que permitió el buen funcionamiento de los aviones.

Tras un vuelo plagado de turbulencias, Eva llegó a Hamburgo sobre el mediodía. Cogió el metro, a pesar de haberle prometido a Emir que se movería en taxi. No quería cambiar su estilo de vida únicamente por el hecho de haberse casado con él, ni pensaba tocar el dinero que su marido había puesto a su nombre en una cuenta bancaria. Por el momento, seguiría viviendo del dinero que sus padres le asignaron y, en el futuro, esperaba poder trabajar para costear sus propios gastos.

—Es una tontería que vivas con limitaciones, de verdad. Por el momento, eres estudiante y yo soy tu marido, me sentiré ofendido si tu manutención sigue a cargo de tus padres. Si se enteran los súbditos de Kays, renegarán de mí el resto de sus días. Hemos prometido hacer concesiones y esta es una de las más importantes, Eva. Dentro de dos días vendré a Hamburgo, hoy me es imposible marcharme de aquí, tengo asuntos muy urgentes esperándome en la oficina, pero en cuanto acabe, volaré a Alemania. Alquilaré un apartamento y te mudarás para estar tranquila y cómoda, de ninguna manera seguirás viviendo en el campus.

—¿Qué ha sido de las concesiones recíprocas? —había preguntado ella, un tanto sobrepasada

por las exigencias de su marido, que tomaba decisiones con respecto a ella sin consultarle—. Yo me he adaptado a tu mundo, ¿por qué no puedes hacerlo tú al mío? ¿Qué tiene de malo mi habitación en el campus? Ya sabes, es una de lo más normal, compuesta por cuatro paredes, un techo firme, que no deja paso a la lluvia ni al viento. Ah, y tiene una cama simple, pero, si ponemos de nuestra parte y nos apretujamos un poco, seguro que cabremos.

La cara de Emir se volvió un poema ante la perspectiva de convivir con su recién estrenada mujer en una simple habitación estudiantil y dormir en un colchón de noventa centímetros.

—No lo dices en serio —fue todo lo que puedo decir, demasiado aturdido para contestar a su amable ofrecimiento.

—¿No? Pues, cuando llegues a Hamburgo, lo comprobaras por ti mismo.

Eva acortó la distancia entre ellos y le rodeó el cuello. Acercó sus labios a la comisura de su boca y le dijo en voz baja, seductora:

—Es una de las mejores habitaciones dobles del campus. Se me olvidó mencionar que tiene una ventana bastante amplia que da al parque y tenemos baño propio.

Aquella valoración hizo a Emir reír, a pesar de estar tensionado. La rodeó con un brazo, sellando su boca con un beso tierno y reconciliador.

—La ventana de la que tanto alardeas ha conseguido despertar mi interés. Sería un inmenso honor compartir contigo esa acogedora estancia.

Eva sonrió ante sus recuerdos y esa pequeña concesión de Emir le embelesó el alma. Era más que visible su deseo de estar bien y en armonía con ella, y no dudaba en aflojar sus convicciones cuando chocaban con las suyas.

El resto del día, la joven lo dedicó a solucionar su situación estudiantil, presentando en la secretaria de la universidad el acta de matrimonio traducida al alemán y pidiendo una nueva fecha para los exámenes restantes. Acudió a los cursos de la tarde y, cuando Pierre y Jean la acorralaron con preguntas insistentes sobre su prolongada ausencia, se limitó a contar la verdad, puesto que no le apetecía inventarse mentiras ni tenía por qué ocultar la realidad. El asombro de la pareja francesa fue tan grande que, muy a su pesar, Eva se rio.

—¿Con el profe? ¿Con Dogan? —Jean no salía de su asombro y su cara perpleja acompañaba su desconcierto.

—Con el mismo —respondió, divertida—. No pongáis esa cara que, hasta la fecha, no se ha comido a nadie.

Los dos jóvenes dejaron de atosigarla con preguntas y terminaron por felicitarla, deseándole lo mejor. Sin embargo, aquella tarde, en la cafetería, no se acercaron a ella y Eva sintió que, de algún modo, la estaban evitando. No tardó mucho en comprender que había cometido un error contando la verdad, puesto que muchos de sus compañeros la miraban de un modo raro y evitaban deliberadamente sentarse a su lado. Era como si, de pronto, no fuera como ellos, y los estudiantes así se lo hacían saber. Una alumna casada con un profesor ya no era digna de la confianza de la mayoría y, por lo tanto, Eva quedó marginada en un limbo incomprendido. Suspiró para sus

adentro pensando que era el precio que debía pagar por haberse convertido en una Dogan, consolándose con que su estancia en Hamburgo sería temporal y, en unos meses, ese problema dejaría de incumbirle.

A pesar de tomarse la situación con filosofía regresó a su habitación estudiantil con los ánimos decaídos por la tensión vivida en la cafetería, por el hecho de encontrarse sola y no tener a nadie en quien apoyarse. Para no hablar de las hormonas, que decidieron poner su pequeño granito de arena provocándole un hondo sentimiento de tristeza.

El denso silencio de su cuarto pesaba como el plomo y Eva sintió añoranza del tumulto de voces de los últimos días. Se había acostumbrado a vivir rodeada de personas, disfrutando de su familia y de la presencia de Emir. Y, de pronto, estaba envuelta en silencio y soledad.

Se puso su pijama de franela favorito y se acostó temprano. Intercambió unos mensajes con Emir, a quien aseguró que se encontraba de mil maravillas, y mantuvo una breve videollamada con su madre, que consiguió animarla un poco con su nuevo color de pelo, un azul eléctrico con mechas violetas.

Cuando unas inmensas lágrimas mojaron sus mejillas, ni ella misma supo a causa de qué se había desatado el llanto.

Aquella había sido su vida durante largos meses, nunca se había quejado ni sentido la soledad del modo que la sentía ahora. Le había bastado todo cuanto la rodeaba, ¿por qué, de pronto, su vida tenía tan mal color?

«Te falta él, reconócelo», le pidió una vocecita envenenada en su interior.

«Me falta él, lo reconozco».

## Capítulo 32

Emir recogió su maleta de viaje y, haciendo uso de su pase VIP, salió al exterior del aeropuerto de Hamburgo, deseoso de abandonarlo cuando antes. Había tenido un día ajetreado, de mucho estrés laboral y problemas en la oficina. Un cargamento de tomates con destino a Francia había sido inmovilizado en una zona de servicios por los «chalecos amarillos» —un movimiento de trabajadores franceses que protestaba por sus derechos laborales—. Ese hecho se había traducido en retrasos de entrega y penalizaciones para el grupo Dogan, aun cuando el problema no pertenecía ni de lejos a la empresa otomana.

Emir y su equipo de abogados se negaron a pagar los platos rotos cuando la empresa francesa reclamó la devolución del dinero abonado por adelantado para la compra de la tonelada de tomates, más los intereses pertinentes y, en consecuencia, el cliente lo demandó. Y, para coronar una situación ya de por sí insostenible, el camión turco cargado de mercancía terminó volcado por los manifestantes y los tomates, desparramados en plena carretera. Como resultado de todos esos malos entendidos, el grupo Dogan quedó demandado, el camión averiado, los dos conductores desamparados y la mercancía destruida.

Emir suspiró y dejó de pensar en los problemas al escuchar que alguien lo llamaba. Miró por encima del hombro y sonrió al ver que, en la zona de los taxis, lo esperaba una sonriente Eva, que en ese instante agitaba la mano con energía. No habían quedado, por lo tanto, Emir se sintió gratamente sorprendido ante su presencia en el aeropuerto. Todo el malestar provocado por los asuntos de trabajo se esfumó de su cuerpo por arte de magia y una alegría contenida se apoderó de él. Era el efecto que Eva ejercía en su estado de ánimo cuando la tenía cerca, su humor mejoraba de forma más que evidente.

—¡Hola! —la saludó él, dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué te has molestado en venir?

—¡Hola! —Eva le dio un efusivo abrazo, cerrando los ojos para disfrutar del placer que provocaba la cercanía de Emir—. Las esperas me provocan ansiedad, así que decidí venir a recibirte. Vámonos, hoy invito yo —declaró en tono enigmático, tirando de su manga para que siguiera sus pasos.

—¿Invitas a qué exactamente? —Emir abarcó con la mirada los alrededores del aeropuerto, observado que el tiempo estaba nublado, incluso caía algún que otro chaparrón—. Espera,

primero vamos a coger un taxi.

Eva lo cogió de la mano y, haciéndole un guiño con el ojo, le aclaró la incógnita.

—En Estambul he sido tu invitada y me he acoplado a tus normas. No me he quejado de los altos tacones que tuve que llevar, ni del respeto que exigía un abrigo de cuatro mil euros. He chapurreado turco, me he puesta henna en las manos y he llorado en la fiesta previa a la boda, aun cuando no entendía ni una sola palabra de la balada que las mujeres cantaron para emocionarme. Por todo ello, y en base al trato de las concesiones que tenemos pactado, me toca ser anfitriona. Prepárate para pasar un fin de semana conmigo, bajo mis reglas.

Emir abrió la boca para protestar, pero ella detuvo su intento con un gesto.

—No es negociable, no trates de convencerme. Vámonos, el metro está a diez minutos andando y el número catorce, que nos dejará en el campus, pasará dentro de muy poco.

—No pienso viajar en metro —se negó Emir, parado en medio de la acera. Un conductor de taxi interpreto su gesto como una llamada, pero Eva le aclaró que no necesitaban sus servicios—. Desde mi adolescencia, y esto fue hace muchos años, no viajo en transporte público. No sabría dónde comprar el billete ni en cuál parada bajarme, no me hagas pasar por esos apuros innecesarios. Hoy he tenido un día realmente difícil.

Ante su negativa, la voluntad de Eva se mantuvo firme.

—No te preocupes por los billetes, correrán a mi cargo, tengo cartilla mensual y las paradas las tengo más que controladas. Venga, Emir, por favor, déjate llevar y disfruta siendo mi invitado. Verás las periferias de Hamburgo y sitios que no conoces. Tómalo como una pequeña aventura.

Él movió la cabeza, incapaz de asimilar que la joven se hubiera salido con la suya sin apenas esfuerzo. Cogió su maleta y, soltando con lentitud un largo suspiro, comenzó a andar junto a ella, impresionado en su fuero interno de lo buena negociante que era.

La caminata resultó entretenida puesto que Eva no dejó de hablar de los cursos que había frecuentado durante los días de estancia en el campus y muy pronto el empresario dejó de lado su inconformidad con los planes estudiantiles de su esposa. Cuando pasaron por delante de una churrería ambulante, Eva pidió media docena de buñuelos con azúcar, que resultaron deliciosos.

La estación de metro era realmente acogedora, impresionaba a la vista con sus paradas subterráneas y la verticalidad de los paneles contruidos sobre pasillos anchos, bien delimitados y señalizados. Emir disfrutó del tumulto de la gente y la diversidad cultural que veía a cada paso que daba.

El viaje en sí fue mucho mejor de lo esperado, puesto que se ahorraron todo el tráfico de la hora punta. Se sentaron en una banqueta mullida y conversaron animados hasta llegar a la parada del campus. Una vez allí, Eva siguió con su empeño de ser anfitriona llevando a su marido a su habitación estudiantil.

—Hoy es mi día de suerte —bromeó Emir, mientras avanzaban por la acera adoquinada en dirección al edificio donde vivía ella—. Tendré la inmensa suerte de contemplar la famosa ventana exterior de tu cuarto y descasaré en una enorme cama individual.

Eva rio encantada y se limitó a asentir con la cabeza.

—Vamos, no seas aguafiestas, me he esforzado mucho en preparar el cuarto para nosotros.

Una ráfaga de viento sopló con fuerza y le desordenó el cabello de un modo delicioso. Emir detuvo sus pasos para asimilar aquel «nosotros», que provocó que el corazón le diera un vuelco significativo en su pecho. Acariciándole el pelo, le colocó los mechones rebeldes detrás de la oreja y se sintió invadido por un sentimiento de plena felicidad. Cayó en la cuenta de que no le importaba el lugar adonde iba ni lo incómodo que podría llegar a ser, se sentía igualmente feliz porque estaba con ella.

## Capítulo 33

El largo corredor estudiantil estaba poco iluminado. Emir seguía los pasos de Eva sin llegar a asimilar su regreso a la vida colegial de un campus universitario. Esperó paciente a que abriera la puerta de la habitación e hizo las exclamaciones pertinentes al observar la estrecha ventana con marco de madera, custodiaba por una cortina en tonos pastel, envejecida por el tiempo.

Recorrió la estancia con la mirada y la encontró acorde a lo que era: un cuarto modesto, limpio y casi sin adornos. Las dos camas individuales, que estaban situadas juntas, formaban una cama doble aceptable y, sobre el escritorio, se hallaba una montaña de libros y libretas, lápices y bolígrafos. En la mesita de noche, Eva había colocado una fotografía en la que aparecían ambos vestidos de novios, cogidos de la mano y mirándose con afecto a los ojos. Acercándose a la foto, Emir la contempló de cerca, puesto que no recordaba el momento ni la había visto antes. Le gustó el detalle de encontrar esa fotografía en la mesita de noche de su esposa. Eva se acercó a él y, abrazándole la espalda, aclaró:

—La sacó mi padre en un momento muy emotivo. El otro día me la envió por Whatsapp y la enmarqué. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta que tengamos recuerdos, huellas sobre nuestro paso por la vida. —Se giró hacia ella y, enmarcándole el rostro entre sus manos, la miró a los ojos de un modo íntimo y pasional. Inclino la cabeza y la besó con infinita ternura en los labios. Eva se sintió reconfortada por su cercanía y la calidez del beso le llegó hasta el alma.

—Sabes, estoy muy contenta de tenerte aquí. Estos dos días se me han hecho muy largos y tristes. Me he acostumbrado al ruido y a ti, ¿qué haré a partir de ahora?

Emir la tomó de la mano y se acercaron al ventanal. Se apoyaron en el alféizar y contemplaron las coronas de los árboles que se mecían con el viento. El panorama era un tanto desolador puesto que la nieve se había derretido y solo quedaban algunos montículos ensuciados por la tierra mojada, y los árboles lucían un aspecto solitario, con las ramas secas, desprovistas de hojas y flores.

—Cuando eches de menos el ruido y a mí, solo tienes que mirar por la ventana y observar el aspecto de esos árboles. Con la llegada de la primavera, el panorama gris que vemos ahora se llenará de color, de brillo, de flores y olores entrañables. Entonces, tú te vendrás a vivir conmigo, en mi mundo, donde el ruido y la buena compañía estarán asegurados.

La joven se rio y, sin saber por qué, le entraron ganas de llorar. No fue consciente del enorme nudo formado en su garganta hasta sentir las lágrimas humedecer sus mejillas.

—Podría vivir perfectamente sin llegar a admirar este jardín florecido —señaló ella entre suspiros—, y no finalizar el posgrado.

—Podrías, pero no lo harás. No quiero que dejes de lado tus sueños. A veces, las decisiones del presente pesan sobre nuestro futuro. Cuando se es tan joven como tú, solo importa el futuro inmediato, el mañana, pero cuando se tiene experiencia de vida, uno sabe que lo que se da se recibe, es decir que estamos condicionados por la regla de acción y reacción. Tu deseo de cursar el posgrado lejos de tu casa para convertirte en una temida inspectora de Hacienda forma parte de tu acción. Quiero que seas fiel a ti misma y cumplas tus metas. Prefiero que te pese ahora a que lo lamente más tarde. Para mí, sería mucho más fácil persuadirte para que renuncies a Hamburgo. No te haces una idea de la presión que mi familia ejerce sobre mí para que dejes Alemania y regreses a Estambul. Eres la primera esposa de un agá que tras la boda abandona el marido, la casa y el país.

—Me lo puedo imaginar. —Eva se secó las lágrimas con las yemas de los dedos al tiempo que trataba de serenarse.

Si Emir le hubiese regalado la luna, no habría estado más agradecida y llena de dulces mariposas en la boca del estómago que en aquel instante. Sin proponérselo, había puesto en su camino una prueba de amor, prueba que él superó con éxito. Hasta una chica sin experiencia como ella sabía que solo había una razón para que un hombre antepusiera sus intereses ante los sueños de una mujer. Emir malinterpretó su melancolía y trató de animarla.

—Vendré cada fin de semana y me quedaré contigo los días que pueda. En cuanto termines los cursos, viajarás a Estambul.

Ella asintió, intentando borrar de su rostro las señas de tristeza. Su marido le acarició la mejilla, abrazándola con afecto. A continuación, cambió de tema, centrandó la atención en la cama.

—¿Qué fue de la famosa cama individual de la que tanto alardeabas? ¿Y esas sábanas impresas con copos de nieve?

Al momento, la joven abandonó su estado melancólico y en su rostro hizo acto de presencia una hermosa sonrisa:

—He juntado las dos camas y, como puedes apreciar, he conseguido un confortable lugar para dormir en condiciones. He comprado sábanas nuevas; en cuanto vi los impresos invernales en la tela, me vino a la cabeza nuestra noche en la nieve...

Su voz se quebró ante los recuerdos de aquella noche mágica que se encargó de unir sus destinos.

—Es un detalle muy bonito, Eva —alabó Emir sus esfuerzos, con el corazón encogido por sus gestos de cariño y afecto—. Eres una chica muy pero que muy especial y estoy loco de contento de haberte encontrado.

Siguió un beso húmedo y tierno que selló, sin necesidad de palabras, el inicio de una bonita historia de amor. Emir sonrió con intención y ella le devolvió la sonrisa. Se miraron con intensidad, poseídos de un hermoso sentimiento de felicidad. Desde la noche de Mercury no habían vuelto a hacer el amor, esperando el momento adecuado, el instante en el cual sus cuerpos y sus almas estuviesen listos para encontrarse.

Eva no fue consciente de que Emir le desataba la coleta hasta sentir sus dedos enrollarse en sus mechones sueltos. Tampoco se percató de que estaba desabrochando los botones de su chaqueta hasta que se la quitó, para abandonarla de cualquier modo en el suelo.

La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor y su mundo se redujo a las dulces sanaciones que le provocaban las manos de su marido en su piel. Dejó de lado cualquier otro pensamiento que no fueran ellos dos y disfrutar del deleite producido por los labios cálidos de Emir sobre los suyos. Sintió cómo su cuerpo vigoroso la empujaba y retrocedió hasta apoyar la espalda en la pared. Dejó escapar un suspiro de placer cuando su camiseta quedó abandonada en el suelo, junto a la chaqueta de Emir.

Entonces, él comenzó a explorar su cuerpo desnudo con las manos, al tiempo que, introduciéndole la lengua en la boca, le acariciaba el interior. El resto de las prendas fueron dejadas en el suelo una a una y, cuando se encontraron completamente desnudos, Emir la tomó en brazos y la tumbó en el medio del colchón, donde hicieron el amor sin prisas, tratando de familiarizarse el uno con el otro.

## Capítulo 34

Eva apoyó los codos en el alfeizar de la ventana, luciendo una expresión aburrida en el rostro. Su barriga de ocho meses la pesaba ese día más de lo normal y los tobillos hinchados representaban la prueba más concluyente de que el tramo final de su embarazo no sería un camino de rosas. Acarició la finísima tela de su vestido premamá de color rosa cuarzo y, quitándose los zapatos planos, disfrutó del frescor que el suelo de porcelana le proporcionaba bajo sus pies. La puerta de su dormitorio se abrió y una chica joven, que entró con paso firme, la sacó de su ensimismando.

—Señora, ¿desea que la traiga una limonada o algo? Hoy hace mucho calor, así que, si tiene intención de salir a pasear, debería hacerlo ahora. La señora Hazan está preocupada porque todavía no ha bajado a desayunar.

Eva negó con la cabeza, puesto que ni le apetecía beber nada ni quería salir a pasear. Aquella mañana de finales de agosto, experimentaba un cansancio acentuado, percibiendo una invasión de tristeza y melancolía. No tenía motivos para quejarse, había disfrutado de un embarazo envidiable que le había permitido hacer una vida completamente normal. Conforme lo acordado al inicio del matrimonio, había permanecido tres meses en Hamburgo y finalizando con éxito el posgrado.

Emir trató de acompañarla el máximo tiempo posible, viajando a Alemania de forma semanal. A finales de abril Eva se trasladó a Estambul e instaló su residencia en la mansión de los Dogan. Las primeras semanas se sintió un tanto agobiada por las atenciones de su suegra, que no la dejaba ni respirar apareciendo en cada rincón de la casa donde ella se encontrase.

Con el paso del tiempo, Eva estableció una rutina apoyándose en Umay, quien, tras recuperarse del disparo, había regresado a vivir a la casa. En torno a esto, la familia Dogan estaba dividida; de un lado, se hallaban Eva y Emir, que opinaban que, hasta encontrar una alternativa válida para ella, Umay debía seguir en la casa. Del otro lado, se posicionaba el resto de la familia, que no veía con buenos ojos que la exmujer de Emir y la actual conviviesen bajo el mismo techo. No era personal, se negaban porque las tradiciones que regían en su familia no lo admitían.

Eva y Umay se unieron ante la adversidad, ayudándose la una a la otra. Cada mañana daban largos paseos, hablando en turco para que la actual señora Dogan se familiarizase con el idioma. Eva sabía que, tras el nacimiento del bebé, debía ir a Kasay para realizar la convivencia anual con el pueblo de su marido, y su principal deber como esposa de agá era relacionarse con las

mujeres de la zona. Hazan le había informado que tenía la obligación de estar al tanto de los problemas femeninos de la zona.

La mayoría de las tardes, Eva las dedicaba a preparar sus oposiciones, ya que a finales de otoño tenía intención de viajar a Houston para pasar el examen. En el caso de aprobarlo, pediría una excedencia indefinida que le dejara la posibilidad de ejercer si en algún momento de su vida lo deseaba. Para recompensar los esfuerzos de Umay en la enseñanza del idioma, Eva la convenció de retomar sus estudios universitarios y, en base a eso, las dos mujeres dedicaban su tiempo en estudiar, pasear, charlar y sentarse a cenar con la familia en torno a mesas repletas de platos típicos y postres deliciosos.

De tanto en tanto, ambas salían a comprar en compañía de Hazan y Mavi, no porque lo desearan, sino porque se trataba de una rutina establecida. Eva no dejaba de sorprenderse ante las cantidades indecente de dinero que aquellas mujeres gastaban en ropa, bolsos, complementos y joyas. Emir le había entregado una tarjeta vinculada a una cuenta bancaria que había abierto a su nombre nada más casarse, pero Eva gastaba con moderación; en parte, por no estar acostumbrada a hacer compras extravagantes y, en parte, por sentir que aquel dinero no era suyo. Su educación junto a sus convencimientos la hacían sentirse un tanto culpable al disfrutar un dinero que ella no había ganado. Intentó hablar con Emir del tema, y quedaron en que, tras el nacimiento del bebé, buscarían un lugar apropiado para ella en la empresa Dogan, si ese era su deseo. No se permitía en las familias turcas adineradas que las mujeres trabajasen para otra empresa que no fuera la de su familia. Era un tema cerrado que no admitía discusión ni negociación alguna.

Los fines de semana Eva los pasaba en compañía de Emir, visitando los lugares más hermosos de Estambul y disfrutando de su compañía. Dormían fuera de casa, en magníficos hoteles de lujo, apartados del ruido y el incesante vaivén de la residencia Dogan, compartiendo momentos de complicidad, afecto y pasión como cualquier otra pareja recién casada.

Eva perdió la noción del tiempo, pegada a la ventana, con la mente perdida en las redes del pasado. Los rayos del sol le calentaban la cara y cerró los ojos, presa de una placentera sensación de paz y bienestar. La voz de Umay la despertó de sus reflexiones un tiempo después.

—Eva, ¿estás bien? Hoy no bajaste a desayunar y Hazan está muy preocupada. ¿Qué te parece si damos un paseo por la playa?

La americana asintió, tratando de ser cortés con Umay, que parecía realmente inquieta por su estado.

Ambas mujeres bajaron al jardín. Desde allí caminaron en dirección al bosque que definía los límites de la extensa propiedad a través de un sendero que discurría en paralelo a la casa. El aire salado, entremezclado con olores de pino, formaba una delicia en los sentidos y la suave brisa marina acariciaba sus caras, sonrojadas por el esfuerzo.

El último tramo del terreno se volvió accidentado. Eva andaba con precaución, atenta a cada paso que daba. Había hecho el mismo recorrido una infinidad de veces y sabía con qué facilidad podía resbalarse. Umay la tomó por el brazo, ayudándola a recorrer los últimos ramales.

—Todavía no puedo creer que bajemos a la playa cada vez que nos dé la gana —declaró Umay, satisfecha, tras llegar a la parte arenosa del litoral.

La joven se quitó las sandalias planas y hundió sus pies en la arena caliente, que brillaba como el mismo sol. Eva imitó su gesto, exhalando un suspiro de placer.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? —preguntó sorprendida ante la reflexión de Umay.

—Porque a la señora Hazan le parece vulgar que las mujeres vagueen por la orilla. A mí, desde luego, nunca me lo permitía. No quiero ni imaginar lo que le debe caer a Emir porque te deja hacer lo que quieras.

—Umay, somos mujeres adultas y libres. Podemos hacer lo que nos venga en gana. ¡Siempre! —declaró la actual señora Dogan, un tanto indignada por la prepotencia y despotismo de su suegra. Cogió las manos a Umay entre las suyas y, mirándola fijamente a los ojos, añadió—: Nunca lo olvides.

## Capítulo 35

Desde lo alto de su ventana, Hazan contemplaba los alrededores con gesto serio. Enfocó la vista y pegó la cara contra el cristal al advertir que la actual esposa de su hijo y la ex habían bajado al jardín. Soltó un suspiro resignado, sobre todo porque no le parecía lo más sensato que Eva, en su estado avanzado de gestación, pasease por aquellos terrenos. Se lo había advertido en alguna ocasión, dejándole caer con sutileza que no debía acercarse a la playa atravesando los senderos del bosque, pero su nuera había hecho oídos sordos a sus recomendaciones.

Hazan había tratado el tema con su hijo, exigiéndole que le marcara normas a su esposa extranjera, pero Emir había cambiado con habilidad de tema, dándole a entender que no deseaba consejos relacionados con su matrimonio.

La mujer escuchó pasos a su espalda y, al girarse, se encontró a su hija. Mavi, al advertir que se encontraba sola, se acercó a ella con paso apresurado.

—Mamá, me tengo que ir a la peluquería. Desde hace un par de días me notó el pelo demasiado seco, esta humedad me está destrozando el cabello. Le comenté mi problema a la señora Selme y me ha tranquilizado bastante, dice que un buen tratamiento hidratante arreglará el problema.

—Vale, puedes marcharte, pero no tardes —le advirtió su madre con el dedo índice tras dar su permiso, como si fuera una cría de once años.

—Tranquila, estaré de vuelta a la hora de la comida.

Hazan le hizo una seña con la mano, pidiéndole que mirara por la ventana. Su hija obedeció y, pegando la vista en el cristal, observó cómo las dos esposas de su hermano caminaban cogidas por el brazo en dirección a la playa.

—Mira a esas dos. Se han vuelto inseparables. La americana parece una cabra de monte, le gusta patear el bosque a pesar de la voluminosa barriga que tiene. El otro día le dije a tu hermano: «no te extrañes nada si tu mujer alumbra el niño entre los árboles». Es una joven muy extraña, va a la peluquería más obligada que otra cosa, apenas se compra ropa y la mayor parte del tiempo se queda encerrada en su cuarto, estudiando. ¿Para qué le hace falta estudiar? ¡Menudo misterio!

Mavi frunció los labios, disgustada, moviendo la cabeza en señal de preocupación.

—No quería decirte nada, pero ya que sacaste el tema, tienes que saberlo —repuso, tras unos segundos de silencio.

Hazan dejó de mirar por la ventana y centró la atención en su hija.

—¿Qué pasa?

—Mesut ha pasado varias semanas en Kays por la campaña de recogida de la granada. Dice que han comenzado las habladurías porque Emir convive bajo el mismo techo con dos esposas. Sabes que él, en su calidad de agá, debe dar ejemplo a los demás. Nuestras tradiciones no permiten que nadie se tome la libertad de tener más de una esposa.

Hazan se tocó la cara con las manos emitiendo varios sonidos agudos de exclamación. Su mirada se agrandó y, en el marrón desteñido de su iris, se podía observar el pánico.

—Es que se venía venir. No paro de recordarle a Emir que debe sacar a Umay de esta casa, pero no me hace caso. Además, la otra la tiene bajo su protección, hecho totalmente incomprensible. ¿Qué mujer sensata con dos dedos de frente querría vivir bajo el mismo techo con la exmujer de su marido? ¿No tendrá celos?

—Pues es muy raro que Eva la acepte, la verdad. Me imagino que por eso Emir no toma ninguna decisión al respecto.

—¿Y si le metemos celos a Eva? Le dejamos caer que Umay y Emir... —conjeturó Hazan con ojos chispeantes.

—Podríamos hacerlo, pero no será suficiente. Umay es una mujer lista, se comporta de modo correcto cuando Eva está presente. Además, míralas, todo el día juntas, se tienen afecto. Debemos de pensar en algo más... ofensivo para que Umay se vaya de esta casa. De lo contrario, el escándalo lo salpicará a Emir y, de paso, a toda la familia.

—En eso tienes razón —admitió Hazan, con la mente puesta en las dos mujeres de su hijo—. Mavi, tú eres una mujer inteligente, debes encontrar una solución —sentenció su madre, de pronto indispueta—. Yo ya soy mayor, mi cerebro no brilla como antes.

Mavi sonrió, complacida ante el cumplido de su madre. Le tomó la mano entre las suyas y le besó la piel con afecto.

—Déjalo en mis manos, *anne*. Haré que la americana odie a nuestra Umay, es lo más sencillo y lo más eficaz.

—¿En qué has pensado? —preguntó con interés su madre.

—Últimamente, Umay se ve muy saludable, acude a las clases y se mantiene activa. A todas luces, parece que ha superado la depresión. Antes era mucho más descuidada, triste, manejable, no se tomaba las medicinas a tiempo; sin embargo, la presencia de Eva en esta casa ha hecho que cambie. Se ha vuelto fuerte y segura de sí misma. Y una Umay animada va en contra de nuestros intereses. Podríamos hacer que recaiga, que regrese a sus estados depresivos, que, tarde o temprano, la llevarán a la perdición.

—Tienes más razón que una santa —exclamó Hazan, animada por los avances de Mavi—. Debemos hacer que Umay sienta celos de la otra y que retome el bebé de porcelana. Pero ¿cómo?

—Muy fácil, *anne*. Le reemplazaremos las pastillas para la depresión con simples aspirinas. Conozco a una mujer que trabaja como farmacéutica, hablaré con ella. Estoy segura de que, a

cambio de un buen fajo de billetes y la medida exacta de las pastillas, nos ayudará. Y, en base a eso, Umay tomará aspirinas en vez de antidepresivos y sus crisis reaparecerán.

Hazan aplaudió satisfecha, encantada de haber encontrado una solución ante ese espinoso problema que la tenía amargada desde hacía mucho tiempo. No podía permitir que los ciudadanos de Kays dudasen del liderazgo de Emir. Significaría el fin de su familia. Las reglas y las tradiciones no podían ser contestadas ni desatendidas. Emir dio un paso en falso al casarse con una extranjera, paso perdonado por el pueblo de Kays al saberse del embarazo de Eva. No obstante, un nuevo escándalo lo pondría en el punto de mira y le quitaría autoridad. Las masas podrían revelarse porque no había nada más frágil que el desorden y la desconfianza. Hazan sintió una pequeña punzada de lástima ante el daño que le provocarían a Umay. Le tenía afecto por los años que había convivido con ellos bajo el mismo techo, aunque, por el bien de su familia, no le quedaba otra alternativa que sacrificarla.

Con esos pensamientos positivos en la cabeza, la matriarca tomó a su hija por el brazo, rumbo al dormitorio de Umay para localizar el frasco de los medicamentos. El tiempo apremiaba y no podían perder ni un segundo. A veces, en la vida era preciso que algunos proyectos muriesen para que nacieran otros nuevos. Y ese dicho no lo había inventado Hazan, sino uno de los sabios más grandes de la historia otomana.

## Capítulo 36

Dos empleadas uniformadas depositaron en el centro de la mesa varias bandejas con asado, que desprendían olores apetecibles, acompañadas por distintas salsas de mostaza, tomate, especias, miel y orégano. A continuación, sirvieron las bebidas y comprobaron que cada comensal tuviera los cubiertos necesarios para cenar. En cuanto se retiraron, Hazan se puso de pie, animada, intercalando palabras en turco e inglés.

—Hoy mi nuera cumple veinticinco años y he pensado ofrecer, en su honor, una cena típica americana con carne a la barbacoa. —Captó la mirada de la homenajeadada y añadió con entusiasmo—. Espero que te guste, Eva. ¡Felicidades, cariño! Ahora, enseguida, te daré mi regalo de cumpleaños.

—¡Felicidades, Eva! —se escuchó un grito generalizado, acompañado de sonrisas y gestos afectuosos hacia la cumpleañera. Al parecer, ella no había esperado esa muestra de cariño y se quedó callada, visiblemente afectada. Emir le tomó la mano y se la apretó, infundiéndole ánimos.

Eva sonrió agradecida y, aun cuando puso todo el empeño del que fue capaz para dominar sus emociones, no logró vencer las intensas ganas de llorar que le produjeron sus hormonas desbocadas. Se trataba de lágrimas de alegría, agradecimiento y felicidad ante su familia política, que se había esforzado en hacerla sentir parte de ellos.

Emir acudió en su ayuda y, tras darle un beso afectuoso en los labios, le entregó su regalo de cumpleaños con los aplausos de los comensales de fondo.

Eva se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y aceptó la cajita de terciopelo que su marido le entregó. Una enorme sonrisa hizo acto de presencia en su rostro al advertir que se trataba del collar de plata al que Emir le tenía mucho aprecio.

—Es la joya más antigua y sagrada que tenemos en nuestra familia. Pasa de padre a hijo, de generación en generación. Tú eres la elegida de mi corazón, la mujer que el destino ha traído a mi vida y te lo entrego a ti para que, llegado el momento oportuno, se lo entregues a nuestro hijo.

Dicho esto, Emir se acercó a ella y le colocó la cadena alrededor del cuello. Esa noche Eva llevaba puesto un precioso vestido negro, ajustado en la zona de los pechos, previsto de un generoso escote, por lo que el colgante lucía glorioso y quedaba evidenciado por el contraste que ofrecía su piel y la seda oscura del vestido.

La joven agradeció el regalo entre lágrimas y risas, ya que la exuberante emoción que sentía

burbujeaba bajo su piel. Se dejó mimar y abrazar por el resto de los familiares, que se mostraron de lo más generosos y afectuosos con la nueva integrante, que dentro de muy poco traería el muy deseado heredero a la casa.

Una sola persona no fue cómplice de aquella felicidad compartida. No sonrió ni felicitó a la cumpleañera. Pegada a la silla, intentaba pasar desapercibida, luciendo una expresión fría en el rostro. Umay trataba de dominar su ira en contra de la mujer que le había robado su vida, incapaz de frenar el fuerte instinto de romperle el colgante de plata que colgaba de su cuello.

Emir le había regalado la alhaja sagrada antes siquiera de tener el niño. Era un gesto de confianza plena, de amor, un gesto que nunca había tenido con Umay.

«Todo lo mejor para Eva, el respeto, los elogios, los regalos».

¿A Umay qué le quedaba? El desprecio, el olvido, la mortificación. La consideraban un estorbo del que no sabían cómo librarse.

Por un instante, su mirada se cruzó con la de Eva. Se sintió invadida por oleadas de tristeza al ver plenitud y felicidad en sus ojos. Aquella mujer tenía todo lo que ella deseaba de la vida: era independiente, fuerte y respetada. Emir mostraba afecto y cariño hacia ella en público, cosa que jamás había hecho con Umay en los años que estuvieron casados. Eva tenía el colgante de la familia y un bebé de verdad en su vientre.

«Te odio», gritó una vocecita envenenada en su cabeza. El grito fue tan violento que Umay temió que los demás lo hubieran escuchado. Se levantó de su silla, sobrecogida, deseando la protección que le proporcionaban las paredes de su dormitorio. Quería estar sola para poder lamer sus heridas.

De pronto, recordó haber comprado un regalo para la homenajead.

—Eva, felicidades. Yo también tengo un regalo para ti. ¿Quieres verlo?

La aludida le sonrió con sinceridad, levantándose de buena gana de la silla para darle un caluroso abrazo. Aquel gesto sorprendió a Umay, le recordó que, en el fondo, Eva no era tan mala como su mente la dibujaba y se había mostrado siempre cariñosa y afectuosa con ella. No sabía ni ella misma por qué, de pronto, la odiaba tanto.

—Claro, me encantaría —respondió, intrigada al advertir que Umay se alejaba hacia una sala contigua al salón.

—Venid todos, ¡por favor! —los animó Umay, impaciente para que el resto de los comensales viesen su regalo.

Hazan frunció los labios puesto que aquella interrupción no estaba prevista y el asado que tanto se había esforzado en preparar se estaba enfriando en las bandejas. Además, con Umay nunca se sabía. Empujó la silla de ruedas de su marido, quien mantenía los ojos cerrados, ajeno a todo el ajetreo de la casa. Con el movimiento de la silla despertó, ligeramente intrigado ante los movimientos bruscos que realizaba su esposa. Su hija Mavi, acompañada de Aysel y Mesut, seguía los pasos de Emir, quien caminaba detrás de ambas mujeres.

Umay abrió con gesto teatral la puerta de la habitación y, echándose a un lado, dejó su regalo a

la vista. Eva fue la primera en sorprenderse, seguida muy de cerca del resto de los familiares. Se trataba de dos cochecitos de bebés, iguales, colocados uno al lado del otro. Cada ejemplar ofrecía un diseño moderno, actual, previsto de una amplia y cómoda capota revestida en terciopelo de color morado. El lateral estaba pintado en color azul y el manillar, amarillo.

Eva se acercó y miró uno de los carritos de cerca, desconcertada ante el hecho de que se tratara de dos iguales. Agradeció el regalo, pensando que podría tratarse de alguna tradición que ella desconocía. Su boca se abrió por la impresión cuando escuchó la explicación a aquello.

—Opté por un diseño neutro, como no sabemos el sexo de tu bebé... me decanté por esos colores. Elegí dos iguales para que no se aprecien diferencias entre los niños.

Emir dio un paso al frente, con la mirada alarmada puesta en Umay.

—¿Cuáles niños? —preguntó alertado.

—El de Eva y el mío, por supuesto. Estoy deseando que salgamos a pasear con ellos al jardín.

Hazan intercambió un gesto con Mavi y, dejándola a cargo de su padre, la matriarca tomó por el brazo a Umay y la instó andar en dirección hacia su dormitorio.

—Vamos, querida, necesitas descansar.

Instantes más tardes, retomaron la cena, pero la buena sintonía previa al inicio de la cena los había abandonado. No podían obviar la pregunta que flotaba en el aire: ¿qué iban a hacer con Umay?

Mientras tanto, la joven se encontraba en su cuarto llorando. Se dejó caer de rodillas con la vista perdida. De pronto, notó cómo unos ojos azules la miraban con gesto atento. Limpiándose las lágrimas, se aclaró la vista y se topó con el bebé de cerámica que la observaba desde lo alto de una estantería.

Animada, se levantó y, cogiéndolo, fue invadida por una repentina sensación de felicidad. Lo abrazó con fuerza, pegándolo contra su pecho.

—Mi querido bebé, ¡cuánto tiempo sin verte! ¿Sabes? Muy pronto tendrás un hermano. Ven aquí conmigo y te contaré todos los detalles.

## Capítulo 37

Emir trataba de llegar temprano a casa todas las tardes. Eva se encontraba en el tramo final de su embarazo, faltando pocos días para salir de cuentas. Tanto él como ella se habían negado a conocer el sexo del bebé y, aun cuando un niño hubiese contentado el pueblo de Kays en mayor medida, Emir deseaba con todas sus fuerzas que fuese una niña. Los futuros papás estaban expectantes e impacientes por verle la carita y lo único que deseaban era que naciera sano y bien.

—Emir, ¿tienes un minuto? —La voz de Umay lo sacó de sus reflexiones y detuvo sus pasos. Le sonrió con cordialidad, sintiendo cómo su corazón se encogía al advertir que la joven portaba en sus brazos el muñeco de porcelana. El estado de Umay en las últimas semanas era un motivo real de preocupación entre los Dogan, puesto que había comenzado a comportarse de un modo muy extraño. Se quedaba encerrada en su cuarto y se rehusaba hablar con nadie. Si en un principio la relación entre ella y Eva había sido muy estrecha, últimamente, las dos mujeres se habían distanciado. Eva hizo algunos intentos para ayudarla, pero fue imposible atravesar el muro de hielo que Umay había levantado entre ambas.

—Claro, Umay. ¿Quieres dar un paseo? —le preguntó Emir, solícito, contento de pasar un rato en su compañía, ya que llevaba varios días sin verla y sabía que no atravesaba su mejor momento.

La joven escrutó el horizonte con gesto tenso y, tras mirar hacia los dos lados, apreció colmada de preocupación:

—Vale, pero no nos alejemos mucho. Parece que va a llover y no quiero que... el bebé se resfríe.

Emir trató de pasar por alto su comentario relacionado con el muñeco, pero fue superior a sus fuerzas no fijar su mirada en las manos cuidadosas de Umay, quien lo arropaba apretándolo con infinita ternura contra su pecho.

—No te preocupes, será un paseo corto. Dime, ¿qué tal va todo? Hace días que no sales de tu cuarto. Pensé que estarías enferma.

—No, estoy bien, solo que el bebé ha estado un tanto indispuerto. Y cuando eso pasa, prefiero acompañarlo porque sé que me necesita.

Emir detuvo sus pasos y posó sus manos en los hombros de su exmujer. La miró con dolor, deseando que la situación no fuese tan grave.

—Umay, te estás obsesionando de nuevo con esto... Sabes que solo es un muñeco. Estoy

realmente preocupado por tu estado de salud. Mañana te llevaré a una clínica para que te cambien el tratamiento, puede que el actual no sea el idóneo.

—No. No me eches de aquí, ¡por favor! —imploró con lágrimas en los ojos, presa de un pánico indisimulado—. No molestaré a nadie, te lo prometo.

Emir la abrazó, convencido de la severa recaída de Umay. A pesar de sus temores, tomó nota mental de ocuparse de ella lo antes posible.

—Debo ayudarte, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras tu vida se desmorona de nuevo.

—Por favor, no lo hagas. —La joven rompió en llanto y sus dedos se agarraron a la camisa de su exmarido como si fuese un náufrago en el medio del mar—. ¡Por favor!

Él le acarició la espalda con afecto y calmó su llanto.

—Tranquila, todo irá bien.

Cuando Umay recobró el sosiego, se alejó de su exmarido sin mostrar ningún gesto o palabra de despedida.

Instantes después, lo alarmaron los gritos de su madre y se apresuró a entrar en la casa.

—Emir, ¡rápido! Eva ha roto aguas, hay que llevarla al hospital. Tu hijo está en camino.

Al escuchar aquello, Emir tuvo la clara impresión de que las rodillas se le habían convertido en gelatina. Se apoyó en el marco de la puerta, incapaz de avanzar. Una inmensa ola de felicidad comenzó a burbujear en su interior ante la perspectiva de convertirse en padre.

—¡Emir, vamos, muévete! —lo regañó su madre—. ¿Se puede saber qué haces allí parado?

Catorce horas más tarde daba la bienvenida al mundo a una rolliza niña a la que llamaron Elia Dogan. Una hermosa niña de pelo oscuro y brillantes ojos verdes, que tenían el don de enamorar a todo aquel que la miraba. Por insistencia de Eva, Emir se había hecho la prueba de paternidad y dejaron zanjada para siempre cualquier sombra de duda o incertidumbre.

—Nunca he dudado de que el bebé fuera mío —declaró Emir, mirando embelesado a Elia, quien le había cogido un dedo entre los suyos y se agarraba a él con afecto—. Qué sentimiento más hermoso, la miro y siento que tengo el mundo a mis pies.

—Un niño hace que el mundo sea muy pequeño comparando con lo que uno siente por dentro. Sé que no tenías dudas con respeto a la paternidad de Elia, pero es mejor tener la certeza de las pruebas. Aún no puedo creer que me haya convertido en madre.

Emir se inclinó sobre Eva y le dio un beso en los labios. Todavía cogido de la mano de su pequeña, dejó la cabeza descansar sobre el pecho de su mujer y repuso, emocionado:

—Estoy viviendo el momento más feliz de toda mi vida. Nunca pensé que una aspirante a temible inspectora sería la mujer que llevaba buscado toda la vida. Todavía recuerdo la sudadera que llevabas puesta y lo abochornada que te sentiste cuando todos los ojos de la sala se posaron en ti.

—Y yo recuerdo tu voz. Profunda, intensa, atrayente. Una perdición.

La niña abandonó el dedo de su padre y comenzó a removerse inquieta, frunciendo los labios a

punto de echarse a llorar.

Los recién estrenados papás dejaron de lado sus recuerdos y se afanaron en atenderla.

## Capítulo 38

Hacía un día precioso de principios octubre y, tras abrir la ventana y sentir la suave brisa otoñal en la piel, Eva decidió salir a dar un paseo con su pequeña Elia. El sol no se había retirado por lo que estaba a tiempo de admirar su gloriosa puesta sobre la superficie lisa del mar del Bósforo. Enfundó a la pequeña en un cómodo conjunto infantil, la tapó con una manta suave y la colocó en el carrito, hablándole con voz dulce y cálida. A pesar del malestar provocado por el carro regalado por Umay, Eva se empeñó en aceptarlo, considerando que era feo desairarla. Emir tenía previsto llevarla a una clínica psiquiátrica para evaluar su estado, pero el nacimiento de Elia lo había pospuesto.

Eva empujaba el carrito animada y, al llegar al patio, tomó el camino principal que llevaba a la playa.

—¿Eva? ¿Puedo acompañarte?

La joven giró la cabeza y observó a una sonriente Umay agitar una mano, mientras tenía la otra en su propio carrito de bebé, al que empujaba con ganas.

—Umay, ¡qué sorpresa! Llevas días encerrada en tu cuarto. ¿Te encuentras bien?

—Claro. Mi bebé ha estado un poco indispuerto, pero hoy tiene mejor color en la cara y por eso quiero sacarlo a pasear. De lo contrario, por la noche no hay quién lo acueste, ya sabes cómo son los niños.

Aquellas afirmaciones le parecieron a Eva violentas e insanas, aunque se abstuvo de desanimarla. Sentía mucha tristeza por Umay y añoraba los tiempos cuando ambas compartieron momentos y confidencias.

Comenzaron a caminar despacio, empujando los cochecitos con atención. Para llegar a la playa, primero debían subir una rampa para llegar a un acantilado. Desde allí, descenderían por una acera, habilitada para el paseo, protegida por su correspondiente barandilla de seguridad. Cuando llegaron a lo alto de la pequeña agrupación rocosa, Umay se detuvo para admirar el incesante baile de las olas del mar, que rompían contra la orilla.

—El sonido del mar me relaja, ¿podemos quedarnos un rato aquí arriba para contemplar la puesta de sol?

Eva sintió cómo un mal presentimiento atravesaba su columna vertebral. Se subió la cremallera de su sudadera en un gesto reflejo y abrigó un poco más con la manta el cuerpo dormido de Elia.

—Hace mucho aire aquí arriba, nos quedaremos un par de minutos y bajaremos a la playa —decidió, con la vista puesta en el hermoso combinado de colores dorados que la gran estrella pintaba en el cielo.

De pronto, la apacible cara de Umay se transformó y lució una expresión enfadada. Dejó su propio carrito de lado y, tomando a Eva por sorpresa, le arrebató el control del suyo, donde dormía plácidamente la pequeña Elia.

—Tienes que regresar a tu país cuanto antes —dijo de imprevisto—. Tu misión aquí ha terminado. —Mientras Umay daba aquella orden con voz cortante, se arrimó con las ruedas del carrito al borde del acantilado.

Eva sintió cómo el terreno rocoso se movía bajo sus pies y una inmensa sensación de pánico se apoderó de ella. Levantó las manos en señal de rendición, tratando de calmar la ira de Umay y recuperar el carrito de su bebé, que en ese instante recorría el delgado filo del borde del acantilado.

—Umay, devuélveme el carrito, por favor. Roza el borde y es muy peligroso. Puedes resbalar sin querer.

Las lágrimas comenzaron a humedecer sus mejillas y una ráfaga de viento le desató su coleta.

—¡No has entendido nada! —gritó exaltada Umay—. No resbalaré sin querer, sino queriendo. Si no abandonas a Emir y a este país, tiraré a tu hija al mar.

—No, ¡por favor! —chilló, desesperada—. Tranquila, si quieres que me vaya, me iré. Pero antes, devuélveme a la niña.

—Emir y yo fuimos muy felices, pero todo se truncó porque no podía concebir. *Anne* me prometió que pondría en mis brazos un bebé, pero se olvidó de mí y de su promesa. Me he convertido en un estorbo, puedo ver en vuestras miradas el deseo que tenéis de que desaparezca de vuestras vidas perfectas. Si tú te marchas, el orden se restablecerá.

Eva se aproximó un poco más y sintió que el corazón le daba un vuelco al observar cómo una rueda resbalaba un poco y desequilibraba el carro.

El pánico se apoderó ella al vislumbrar una ola enorme, enfurecida, perfilándose antes sus ojos. Sabía que lo que estaba viendo no era real, sino más bien el reflejo del miedo. Dejó de razonar e hizo el ademán de coger el carrito, aunque Umay se encontraba tan fuera de sí que, nada más advertir que perdía el control, renovó su poderío, empujándolo un poco más hacia el precipicio. Eva aprovechó ese pequeño instante de descuido y pulsó la tecla de llamada de Emir y silenció el aparato para que Umay no lo supiera. Luego se esforzó en dar todos los detalles posibles para que adivinase el lugar donde se encontraba y el peligro que estaba pasando.

—Umay, tranquila, ya te lo dije. Me marcharé de aquí, hoy mismo si tú quieres, pero cuida bien de Elia, no la dejes caer. Si al bebé le pasase algo aquí, en lo alto del acantilado, Emir se enfadará contigo. Sabes mejor que nadie que necesita descendencia para contentar a la gente de Kays. Elia es muy importante para todos nosotros.

Aquella observación caló hondo en Umay y la hizo dudar un poco. Enderezando el carrito, lo

puso recto, aunque no lo alejó del peligro.

Una racha de viento le alborotó los cabellos y dejó un segundo el manillar de lado para apartarse los molestos mechones de la cara. Eva aprovechó ese instante y, arrancándole el carro, lo alejó del borde. Trató de huir, pero fue golpeada con dureza con una piedra en la cabeza. Sintió una fuerte conmoción y cayó de rodillas. Con las últimas fuerzas trató de no dejar que el carrito se alejara de ella, aunque fue superior a sus fuerzas dominar la enorme flojera que se apoderaba de sus manos. Finalmente, cayó desplomada al suelo y, mientras sus párpados se cerraban, observó cómo Umay sujetaba con obstinación los dos carritos.

## Capítulo 39

Emir revisaba un contrato, sentado en la parte trasera de su BMW, cuando escuchó su teléfono vibrar. Se apresuró en contestar al advertir que se trataba de Eva. Se quedó mudo de asombro al escuchar su voz aterrada y, comprendiendo la gravedad de la situación, le pidió al chófer que lo llevara al acantilado con la mayor premura posible.

«Umay, no me puedes estar haciendo esto», le imploraba él en su mente, incapaz de frenar el raudal de lágrimas que surcaban sus mejillas. «Siempre te he protegido, por favor, no destruyas mi vida. No les hagas daño».

Se tranquilizó un poco al observar que el tráfico era fluido y la distancia entre su coche y el fatídico lugar donde se hallaban Eva y su hija se acortaba por momentos. Escuchó cómo su mujer trataba de tranquilizar a Umay y eso le hizo albergar esperanza de llegar a tiempo. Encendió el GPS para calcular los minutos restantes. Exhaló el aire despacio, tratando de no sufrir un infarto durante los angustiosos seis minutos que lo separaban del infierno. Nunca antes había experimentado con mayor claridad la sensación de caer al vacío. Sabía con dolorosa certeza que, si Eva o la niña sufrían algún daño, nunca se perdonaría no haberlas protegido, ni haberse ocupado antes del serio problema que padecía Umay.

Cuando el GPS anunciaba los últimos dos minutos de trayecto, escuchó un potente ruido y el teléfono de Eva dejó de emitir la señal. Emir se quedó mirando el terminal con los ojos desorbitados y la respiración cortada, dejando escapar de su garganta un rugido tan intenso que lo sobresaltó.

El chófer pisó a fondo el acelerador y, a pesar de derrapar un par de veces contra la gravilla, llegaron en menos de un minuto al pie del acantilado. Desesperado, Emir abandonó el coche y comenzó a subir por la abrupta agrupación rocosa, siendo este el camino más rápido para llegar a ellas.

Cuando había recorrido una parte del camino, Umay se percató de su presencia.

—¡No subas! —le ordenó al advertir que se acercaba—. De lo contrario, tiraré a tu hija al mar.

Emir sintió el miedo paralizarle los pies y se paró en seco, tratando de pensar cómo tranquilizar a Umay. El cuerpo tendido de Eva sobre las rocas hizo que se le nublase la poca cordura que le quedaba en el cerebro.

—Umay, no es necesario que hagas esto. Eva se marchará y nos quedaremos tú y yo. Juntos, con

los bebés —expresó con suavidad, avanzando unos pocos pasos más.

—Prométemelo —gritó ella, sin apartarse del borde.

—Te lo prometo —respondió, decidido.

De pronto, una potente ráfaga de viento hizo que la joven se desequilibrase y perdiese el control de los dos carritos, que se alejaron de ella mecidos por el aire. Uno de ellos se precipitó hacia un lado y, enganchándose en las ramas de una planta leñosa, quedó suspendido, aunque sin llegar a caerse. El otro se movía despacio, aunque con firmeza, en dirección al canto de las rocas. Emir comenzó a correr, aterrado ante lo que veían sus ojos. Umay se quedó mirando impasible cómo uno de los carros estaba a punto de caer al precipicio. Parecía sumida en algún trance y, por mucho que Emir le imploró y rogó, no hizo ningún esfuerzo para detener el descenso del carro que se dirigía al abismo.

Emir echó un vistazo rápido a la posición de los dos carros, indeciso por cuál decantarse primero, ya que al llevar las capotas levantadas no se apreciaba en cuál de ellos se hallaba la pequeña Elia. Finalmente, el segundo carrito volcó y comenzó a descender por las rocas en una aparatosa caída. Emir no lo pensó más y fue corriendo detrás de ese. No llegó a alcanzarlo y presenció impotente cómo daba varias vueltas para quedarse estancado entre las rocas. Con el corazón en un puño consiguió llegar hasta él y, tras varios intentos fallidos, logró ponerlo derecho. Apartó con manos febriles la cortina de la capota y sacó de su interior el bebé de porcelana que, debido al fuerte impacto, se había partido en tres partes que colgaban las unas de las otras de un modo espeluznante. Emir lo tiró con furia al suelo sin saber si debía sentirse aliviado o angustiado ante el hecho de que había perseguido el carro equivocado. Levantó la vista, mirando impotente cómo el otro seguía colgando en una posición inclinada, a punto de caer al vacío.

Ante ese desalentador panorama, sintió cómo el dolor le arañaba el interior y la impotencia recorría sus venas. Comenzó a ascender lo más rápido que podía, sin despegar la vista de la planta leñosa que retenía las ruedas del carro.

—Resiste, pequeña, ya voy a salvarte. ¡Por favor! —imploraba desesperado, arañándose las manos en los picos afiladas de las rocas.

A lo lejos, observó cómo una silueta de mujer se levantaba del suelo. No pudo distinguir en la distancia y la sangre se le heló en las venas al advertir que la mujer se dirigía hacia el lugar donde se hallaba la pequeña Elia. Dejó el aire abandonar sus pulmones cuando reconoció a Eva y presenció cómo agarraba el carrito y lo alejaba del peligro.

Mientras recorría los últimos tramos de aquel abrupto acantilado, Emir tuvo la fuerte impresión de haber vivido los últimos quince minutos en lo más profundo de los infiernos.

## Capítulo 40

El avión despegó con suavidad de la pista y pronto alineó sus alas, planeando con finura sobre el alboroto que ofrecía la ciudad de Estambul en hora punta. Emir sujetaba a Elia en sus brazos, embobado ante la sonrisa que ella le dedicaba.

—En realidad, la niña no te sonrío a ti, deja de pavonearte tanto —rio Eva, ante las muecas que Emir le brindaba a su hija—. Ya escuchaste al pediatra, nos explicó que se trata de la sonrisa social. La niña lo hace de forma intuitiva, no porque sepa que se encuentra abrazada por su amadísimo padre.

—No trates de desanimarme ni sientas celos ante la profunda conexión padre-hija —declaró él con seguridad—. Elia me sonrío a mí porque al menos durante los próximos quince años seré su amor.

—Eso es cierto —convino ella—. Le será imposible dejar de querer a un padre tan entregado como tú.

—Elia, muy pronto, cruzaremos el océano para visitar el mundo de tu madre. Quiero que sepas que eres la bella y poderosa primogénita de un agá de Capadocia y la hija de una valiente americana. Una un tanto peculiar y persuasiva, que no tardó nada en convencerme de que un encuentro en Navidad se llamaba oportunidad. ¿Qué te parece todo esto? —preguntó Emir en tono divertido y la pequeña emitió unos sonidos graciosos, que fueron interpretados como una respuesta escandalizada.

—No puedes contarle esto. —Eva se hizo la ofendida, dándole un suave empujón en las costillas.

—Tranquila, es demasiado pequeña para escandalizarse —le aseguró Emir al tiempo que le daba un beso consolador en los labios.

La pequeña dio señales de inconformidad y su cuidadoso padre le dio el biberón, admirando embobado cómo succionaba la tetina de silicona hasta quedarse dormida.

—Sabes, este viaje me hace sentir intranquila y ansiosa. Llevo sin ver a mi familia desde el día de nuestra boda y el hecho de que conocerán a Elia me provoca un vacío en la boca del estómago.

—Se enamorarán de ella —afirmó Emir, con la vista puesta en los tejanos desgastados que Eva lo había obligado a ponerse para la ocasión—. Para no hablar de la conmoción que sentirán cuando me vean a mí convertido en un galán de telenovela con estos vaqueros y esa moderna

chupa de cuero, que me queda de fábula.

—Un trato es un trato. Yo me visto con abrigos pijos y me pongo tacones de diez centímetros cuando debo convertirme en la respetable señora Dogan, tú también puedes adaptarte a mi «yo» americano.

—¿Qué tienen de malo mis trajes hechos a medida? —La cara circunspecta de Eva lo hizo reír y rebajó un tanto sus pretensiones—. ¿Y mis pantalones chinos de color beige combinados con camisas de lo más casuales?

—Cuando veas cómo visten mis amigas y mis conocidos me darás la razón.

—Siento mucha emoción ante ese viaje. Deseo conocer la calle donde jugaste de niña, quiero que me enseñes tus muñecas, tus álbumes de colección de sellos filatélicos y el colegio donde estudiaste. Y, por supuesto, quiero dormir en tu cama.

—Será una estupenda oportunidad de algo porque es muy estrecha. Mide noventa de ancho.

Emir puso los ojos en blanco, divertido.

—¿Crees que aprobaré la plaza de inspectora? —preguntó ella, de pronto preocupada—. Quizás deba ponerme a estudiar un poco mientras la niña esté dormida.

Emir le tomó la mano y se la estrechó, infundiéndole ánimos.

—Disfruta del viaje, no pienses en nada más. Te has esforzado mucho durante todo el verano, espero que no hayas contagiado a la niña con tus aspiraciones de trabajar para Hacienda, ya sabes que al ser hija de agá será contraproducente.

—Eso es cierto. —Eva sonrió ante su ocurrencia. A continuación, sacó de su bolso una botella de agua y bebió un poco. Después le colocó el tapón y la volvió a guardar—. Sabes, se me pasó comentarte, ayer le pedí al chófer que me llevara a la clínica de Umay. La he visto mucho mejor, hasta conversamos un poco. Nunca menciona el pasado, los médicos dicen que se trata de un mecanismo de autodefensa para no sufrir. Me pregunto si recuerda la locura que estuvo a punto de cometer.

El cuerpo de Emir se crispó visiblemente, como cada vez que Umay se colaba en las conversaciones. Tras el incidente del acantilado, la llevó a una clínica psiquiátrica donde quedó ingresada de urgencia. Los médicos le diagnosticaron un cuadro severo de depresión que había derivado en paranoia y trastornos de personalidad. Fueron necesarias varias semanas antes de permitirle abandonar su habitación para convivir con otros enfermos. Le cambiaron el tratamiento, hecho que se tradujo en una visible mejoría, aunque no se hablaba de darle el alta, al menos, no en breve.

—Eva, prefiero no volver a hablar de Umay. Por su culpa nos han sucedido muchas cosas malas, la he defendido siempre, pero lo que estuvo a punto de hacer con Elia no tiene nombre. La mantendré toda su vida, pero no quiero volver a verla. Nunca.

—¿Qué pasará con ella cuando se recupere? —insistió Eva, ya que por alguna razón o unidad femenina sentía mucha lástima y preocupación.

—En mi tierra hay un dicho que, traducido al inglés, sería algo así: «cuando llegues a ese

puede, lo cruzarás».

Eva asintió, dejando de lado sus inquietudes, y disfrutaron del resto del viaje en buena sintonía. Catorce horas más tarde, el avión tomaba pista y la familia Dogan pisaba tierra americana.

Mientras hacían la cola para recoger las maletas, Eva tomó en brazos a su hija y le dijo orgullosa:

—Bienvenida al mundo de mamá, pequeña.

Después, se giró hacia el hombre que el destino había traído a su vida y comentó, visiblemente emocionada:

—¡Bienvenido a mi mundo!

Emir selló sus labios con un beso pasional, sintiendo la felicidad burbujear dentro de su pecho. Experimentaba el fuerte presentimiento de estar viviendo uno de los días más felices de su vida.

—Tu mundo quedará deslumbrado ante nuestro amor —declaró efusivo, plenamente convencido de sus sentimientos.

—¿Amor? —preguntó ella, entre confundida y sorprendida.

—Amor —respondió él con rotundidad—. Querida Eva Dogan, he esperado con paciencia pisar tu mundo para darte las gracias por haber entrado en mi vida y decirte lo profundamente enamorado que estoy de ti.

Eva trató de hablar para responder a esa inesperada declaración de Emir cuando fue sorprendida por los brazos fuertes de Daniel, que la rodearon con afecto. Acto seguido, una mata de rizos verdes con mechas violetas apareció en su campo visual, seguida del andar tímido y algo retraído de su padre. La joven se dejó abrazar por su familia, pensando que su propia declaración de amor podría esperar.

A fin de cuentas, no había que ser adivino para saber que había aceptado vivir en el otro lado del mundo, lejos de su casa y los suyos, por amor.

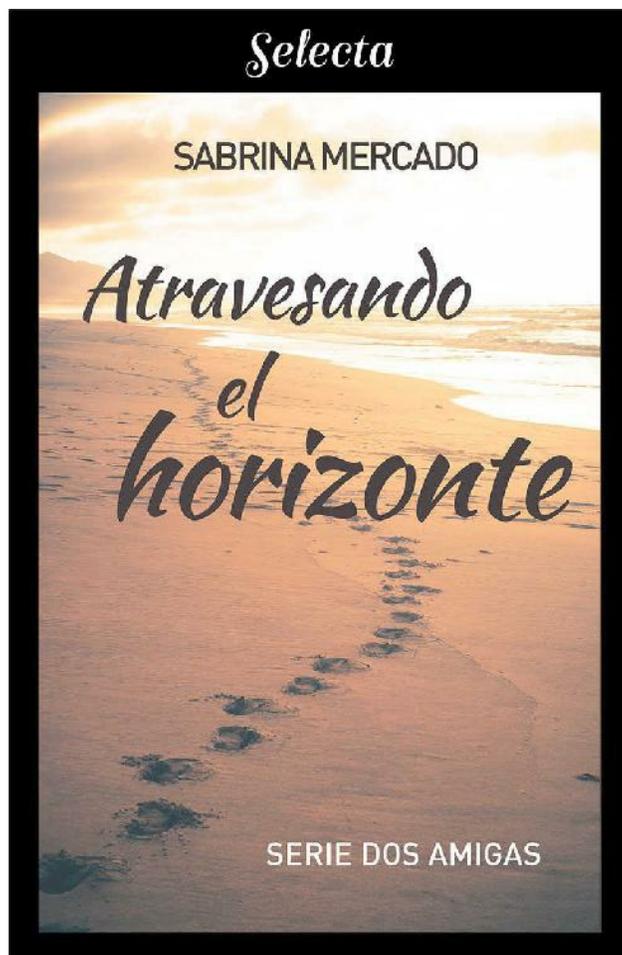
FIN

## Nota de la autora

La región de Capadocia, donde se desarrolla parte de la historia, es una zona que fue declarada en 1985 patrimonio de la humanidad por la UNESCO, por tener una formación geológica única en el mundo y por su patrimonio histórico y cultural. Se cree que el nombre «Capadocia» significa «Tierra de bellos caballos» porque a lo largo de la historia los caballos de la región cobraron fama por ser ofrecidos como regalo a los reyes.

Admiro profundamente este país y sus costumbres por lo que he tratado de describirlo lo más fielmente posible, tanto los paisajes como las tradiciones de los lugareños, aunque algunas partes son ficción.

Si te ha gustado  
*En tu mundo*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Atravesando el horizonte*  
de Sabrina Mercado



Prólogo

—Mami, ¿cómo sería atravesar el horizonte? —preguntó Joaquín mientras admiraban el amanecer desde la ventana del hotel.

—Eso no se puede hacer. El horizonte siempre está adelante nuestro. Es imposible atravesarlo.

—Pero si vas muy rápido, ¿no podrías alcanzarlo y traspasarlo como cuando se gana una carrera?

—El horizonte no es una meta, hijo. Es algo que está más allá, inalcanzable.

—¡Apuesto a que los ángeles pueden atravesarlo!

Se habían levantado bien temprano para poder admirar el espectáculo. Amanda aún recordaba cuando de pequeña su madre lo hizo con ella. Aquella primera visión del gigante dorado apareciendo en la línea divisoria entre el cielo y el mar era algo que recordaría por siempre. Y quería que su hijo experimentara la misma impresión. Pero el comentario de Joaquín la había descolocado. Atravesar el horizonte, ¿qué ocurrencia!

Habían viajado a la costa solo por el fin de semana. Hacía un frío de locos, pero Amanda necesitaba esos días de paz a solas con su hijo, luego de los sucesos vertiginosos vividos junto a su amiga Lola.

Un mes había transcurrido desde que Lola dejó Buenos Aires.

Y lo peor de todo era que no tenía fecha de regreso.

Pero Amanda, a pesar de la angustia que la embargaba por ese alejamiento, estaba feliz por su amiga. Porque después de tantos avatares, el amor le había sonreído.

Así que no debía amargarse. La vida continuaba. Tal vez era tiempo de que le tocaría a ella, tal vez...

## PRIMERA PARTE

### Un horizonte lejano

*Nada hay en el mundo, ni hombre ni diablo ni cosa alguna, que sea para mí tan sospechoso como el amor, pues este penetra en el alma más que cualquier otra cosa. Nada hay que ocupe y ate más al corazón que el amor. Por eso, cuando no dispone de armas para gobernarse, el alma se hunde,*

*por el amor, en la más honda de las ruinas.*

Umberto Eco

*Si me ves por alguno de tus pensamientos,  
abrázame que te extraño.*

Julio Cortázar

1

Juan Pablo la había alcanzado al trabajo y la mente de Amanda iba a mil por hora. Claro, con esa lluvia torrencial cómo no se iba a ofrecer. Ella tenía el auto en el taller y andaba de a pie. Además, le quedaba de paso camino a su negocio, una casa de fotografía en Barrancas de Belgrano. Él era fotógrafo, uno de verdad, de los que hacen fotos de paisajes en revistas de viajes y turismo. Aunque también sacaba fotos de novias y quinceañeras, había que admitirlo, pero bueno, eso también era parte de su trabajo.

Amanda lo conocía desde hacía dos años y medio, cuando su hijo Joaquín empezó salita de tres con Bruno, el hijo de Juan Pablo y Noelia. Nunca habían cruzado más que alguna frase típica de padres del jardín de infantes. Hasta que a principios de año todos se enteraron de que los padres de Bruno se habían separado. Se comentaba que había sucedido en Navidad. ¿Por qué tanta gente se separaba en la víspera del Año Nuevo? ¡Qué triste! La cosa fue que al iniciar el año lectivo, con Juan Pablo en plena separación, él empezó a sociabilizar más con las mamás del colegio, y sumado el hecho de que Bruno y Joaquín eran mejores amigos, resultó que Amanda lo veía bastante seguido. Iba a buscar a su hijo a la casa de Amanda después de una tarde de juegos, llevaba a los nenes a fútbol o Amanda le alcanzaba a Bruno a la salida de un cumpleaños.

Un día, ya entrada la noche, Juan Pablo llegó apurado a buscar a su hijo a lo de Amanda.

—¡Perdón! Se me hizo recontra tarde. Es que tuve sesión fotográfica con una novia, y era bastante insufrible la pobre.

—No te preocupes, ya íbamos a cenar y lo invitamos a Bruno. ¿Querés quedarte también?

—No, por favor, qué vergüenza.

—¡Pero qué decís! Dale, pasá. Que los chicos se van a desilusionar si te llevás a Bruno ahora.

—Bueno...

Y ese día fue el comienzo de algo así como una amistad. Aunque siempre asociada a los chicos. Se encontraban en la plaza, iban al cine o a los videojuegos del *shopping*. Siempre los cuatro. Así que cuando Juan Pablo se ofreció a llevarla al trabajo, Amanda estaba sorprendida. Por más increíble que pareciera, era la primera vez que estarían ellos dos, solos.

La situación había sido algo forzada. Amanda bajo la lluvia torrencial, con un paraguas desvencijado, muerta de frío. Solo un crápula no la hubiera invitado a subir al auto.

—Me parece que tu próxima compra debería ser un paraguas —le dijo Juan Pablo al bajar la ventanilla del coche, y tratando en vano de que la lluvia no lo salpique.

—No. Voy a seguir con este. Si uso un paraguas nuevo, indefectiblemente lo dejo olvidado en algún lugar. Ya perdí la cuenta de cuántos paraguas llevo extraviados. En cambio, este pobrecito me acompaña a todas partes y nunca lo pierdo. Mirá que no tiene ningún valor sentimental, ¡eh! Pero bueno, es así la cosa.

—Vamos, subí que te alcanzo a tu trabajo.

—Ay, gracias. La verdad es que llegaría hecha sopa. Y hoy hay reunión de gerencia.

El trayecto transcurrió con una charla amena, distendida, que giró principalmente en torno a sus hijos.

Faltando solo unas calles, y mientras Amanda le indicaba en dónde le convenía doblar, Juan Pablo soltó:

—Un día de estos podríamos salir a cenar... solos.

A Amanda se le hizo un nudo en la garganta, y no pudo contestar.

—Digo, si a vos te parece... Nada del otro mundo. Porque la verdad es que siempre nos vemos con los chicos y no podemos hablar de temas de adultos. Mirá —e hizo un gesto con las manos—, ni siquiera sospechaba que tu trabajo quedaba tan cerca de mi negocio.

—Sí, dale, me parece bien. Y tenés razón, yo tampoco tenía idea de que trabajabas acá nomás.

—¿Cómo venís el viernes? Bruno va a estar con su mamá.

De repente a Amanda se le trabó la lengua. «Su mamá», es decir, la mamá de Bruno, era una mamá del colegio, la veía en reuniones de padres y actos escolares, incluso con motivo de la amistad de sus hijos, se veían más seguido que con otras. Aunque a decir verdad, hacía bastante que el único que se ocupaba de las actividades del nene era Juan Pablo. Pero así y todo le daba comezón.

—Holaaaaaa... llamando a Tierra...

—Sí, ¡perdón! Es que estaba revisando mentalmente la agenda. Si le dejo a Joaquín a mi mamá no habría problemas.

—Buenísimo. Entonces te llamo mañana y arreglamos bien.

—Dale.

Llegaron al edificio donde ella trabajaba. Se dieron un rápido beso en la mejilla, y volvió a la

lluvia con su estropeado paraguas. Amanda no tenía un régimen de visitas pautado con Juan, el papá de Joaquín. Como era músico y a veces salía de gira, visitaba a su hijo cuando podía. Ella se valía de su madre, Ana, que colaboraba mucho en el cuidado de Joaquín. Ambas vivían en dos viviendas, una al frente y otra detrás, separadas por un amplio patio. Eso le facilitaba las cosas a Amanda, ya que a veces regresaba tarde de la oficina por alguna reunión de última hora, y era su mamá quien se ocupaba del niño. Y, por cierto, también la cubría cuando se trataba de citas. Ana le decía a su hija que era joven y se merecía divertirse y pasarla bien, que tener un hijo no era impedimento para disfrutar de otras cosas de la vida. Eso le quitaba muchos remordimientos, y el sentimiento de culpa que a veces la abordaba se disipaba gracias a su madre.

## En tu mundo



Eva Turner es una joven americana que se desplaza a Alemania para cursar un postgrado. Emir Dogan es uno de los hombres más influyentes de Turquía, profesor de Economía Aplicada, administrador de un grupo empresarial y agá de un pueblo de Capadocia.

Eva y Emir quedan atrapados en el aeropuerto de Hamburgo por culpa del temporal y pasan la Nochebuena en el mismo hotel. Se encuentran por casualidad y tienen una aventura de una noche. Ninguno de los dos imagina que esa noche los

unirá para siempre.

Sus destinos se vuelven a cruzar un mes más tarde y acuerdan un trato. Eva se muda a Estambul donde tendrá que adaptarse a un mundo completamente nuevo, plagado de costumbres antiguas y tradiciones.

¿Bastará la atracción que, sienten el uno por el otro, para que ella deje de lado sus sueños, a su familia y su país?

¿Podrá perdonar secretos y engaños en el nombre del amor?

**Nadia Noor** (1977). Es originaria del Europa de Este, pero desde hace más de veinte años vive en Valencia. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Tiene tres novelas publicadas con varias editoriales.

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Nadia Noor

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-69-4

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

En tu mundo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela  
Sobre este libro  
Sobre Nadia Noor  
Créditos